

~~1079~~

ESTUDIOS PSICOLÓGICOS

## OBRAS DE D. U. GONZÁLEZ SERRANO

---

*Estudios de Moral y Filosofía.*—Madrid, 1875.—  
Un tomo en 8.º

*Gæthe. Ensayos críticos.*—Madrid, 1879.—Un tomo en 4.º

*La Psicología contemporánea.*—Madrid, 1880.—Un folleto.

*Psicología, Lógica y Ética.*—Manual para el estudio de esta asignatura en los Institutos de segunda enseñanza.—Madrid, 1880, 1883 y 1887.

*Ensayos de Crítica y de Filosofía.*—Madrid, 1881.  
Un tomo en 8.º

*Preocupaciones sociales.*—Plasencia, 1882.—Un folleto.

*Cuestiones contemporáneas.*—Madrid, 1883.—Un tomo en 8.º

*La Sociología científica.*—Madrid, 1884.—Un folleto.

*La Sabiduría popular.*—Madrid, 1886.—Un folleto.

*La Psicología fisiológica.*—Madrid, 1886.—Un tomo en 8.º

*La Psicología del Amor.*—Madrid, 1888.—Un tomo en 8.º

*Crítica y Filosofía.*—Tomo XLI de la Biblioteca Económica Filosófica.

*La Asociación como ley general de la educación.*—Un tomo de la “Biblioteca del Maestro.”—Barcelona, 1888.

*Estudios Psicológicos.*—Madrid, 1892.—Un tomo en 8.º

---

EN PRENSA

*Estudios críticos.*

~~6956~~

XIV  
51

ESTUDIOS

# PSICOLÓGICOS

POR

U. González Serrano.

P. 5766



MADRID

Sáenz de Jubera, Hermanos, Editores.

10—CAMPOMANES—10

1892



---

Es propiedad.—Derechos reservados.—Queda hecho el depósito que marca la Ley.

---

---

Tipografía Franco-Española, 26—Bailén—26.



# INTRODUCCIÓN

---

La filosofía (ciencia de las ideas) como obra humana vive en el tiempo y en él se transforma. Las ideas (que constituyen su objeto) son, sin una base experimental cierta, abortos que, como los niños muertos al nacer, salen á luz un instante para desaparecer en seguida.

En las construcciones especulativas (dynamismo de Heráclito, idealismo de Platón, intelectualismo de Aristóteles, etc.) existe algo de la *perennis philosophia* de Leibniz. En ellas muere el formalismo sistemático y subsiste el fondo eterno de los problemas que suscitan. Y para concebirlos y aun preparar su solución, es necesario contemplarlos, no en la muerta rigidez de las formas en que cristalizaron, sino en lo que es signo de su vida, en el movimiento á través de la sucesión de doctrinas diversas. Porque si tuviéramos averiguado todo lo que hay que saber (hipótesis inconcebible, dada la forma unilineal ó sucesiva del pensa-

miento), aún supondría empresa inacabable enriquecer las ideas con los nuevos datos que la experiencia suministra á cada momento; ya dijo Schopenhauer que “la noción de gato, por ejemplo, es más rica en el cerebro de Cuvier que en el de su criado.” Así, la obra del conocimiento, aun suponiéndola perfecta, no deja de ser perfectible y admite ampliación indefinida.

¿Cómo se amplía? Merced á la experiencia y á la reflexión; con el auxilio de ambos factores, sin excluir ninguno de los dos.

Si Pitágoras reconocía “que se debe revisar „por la noche, antes de dormirse, lo que se ha „hecho durante el día„, Montaigne recomendaba „en vez de amueblar ó adornar el cerebro (el pensamiento) la necesidad de forjarlo.”

Quien aprehende y retiene lo hecho en la obra del pensamiento, sin el factor personal, personalísimo é insustituible de la reflexión, se expone á degenerar en *erudito á la violeta*, sabiendo lo que todos los demás han pensado é ignorando lo que debe pensar por sí mismo (1).

El factor personalísimo de la reflexión es lo que dá vida al pensamiento y nada es más duradero que la vida, dice Zola (2). Un idioma desaparece, una estatua se transforma, un ideal es sustituido por otro, mientras que el grito humano, la verdad

---

(1) «Nada vale tu propio saber, si sólo se refiere á lo que los demás saben.»

(2) *Estudio sobre Alfredo de Musset.*

de la alegría y del dolor son eternos. No sentimos ya la perfección plástica de los versos de Homero y de Virgilio; lo que les hace vivir á través de siglos y generaciones es el soplo de vida con que los poetas supieron animarlos; lo humano que pusieron en ellos.

El prurito (casi de moda, que también impera en las corrientes científicas) de lo denominado *filosofía inductiva* ha llevado á enaltecer la observación, deprimiendo la reflexión propia que la completa. Se ha convertido de este modo el pensamiento en recipiente mecánico de lo que ofrece por sí la experiencia, cuando el lente y la perspectiva descubren en la experiencia misma luz y claridad, apenas presentidas. ¿Quién vé más y más claro ante el espectáculo del cielo estrellado, el astrónomo ó el hombre inculto?

Mucha reflexión y poca experiencia parece ediciones con dos líneas de texto y cuarenta de comentarios. Inversamente mucha experiencia y poca reflexión recuerda las ediciones sin notas, donde resultan incomprensibles párrafos enteros del texto.

La educación intelectual, como todo hecho vivo, debe obedecer al equilibrio inestable que la distingue de las obras muertas, ponderando justamente la experiencia con la reflexión.

La lectura por la lectura, sin meditar lo que se lee, ó sin leer entre líneas, haciendo que la acompañe la reflexión, es *fuga vacui*, huir del vacío propio. Se amuebla ó rellena el cerebro con el pen-

samiento ajeno, no se elabora el propio. Se adorna con flores del jardín vecino, no se trabaja el que cada cual posee y se obtiene un saber superficial que cae en el vicio censurado por Shakespeare á los que en su tiempo padecían la manía *tourista*, vendiendo sus propias tierras para visitar las ajenas.

Cuando el saber positivo se añade á un pensamiento forjado, se convierte en armadura invulnerable para el hombre robusto; pero si se acumula, sin la reflexión propia, llega á ser fardo pesado para hombre débil, que concluye por sucumbir á la carga.

Bacón recuerda la fábula de Esopo de la mujer, que daba á su gallina doble ración de comida para que pusiese diariamente dos huevos. Y, en efecto, la gallina engordó y dejó de poner.

Tan imprudente es llenar el cerebro de hechos sin la adecuada interpretación para asimilárselos, cuanto puede serlo llenar el estómago de alimentos que no se pueden digerir.

Lo mismo que el avaro, el erudito olvida el fin por los medios, supedita el primero á los últimos. Cae en la contradicción ó negación de lo que aparenta, pues su criterio tomará el color y aspecto del ajeno que mecánicamente repite.

En tanto, la obra propiamente personal que á todos corresponde en la interpretación reflexiva de los datos que la experiencia ofrece, queda por completo olvidada y, lejos de contribuir á su desarrollo, ó por lo menos á su precisión y claridad,

se limita á la repetición mecánica de lo ya pensado por otros. En vez de órgano vivo para el progreso de las ideas, se limita la función del Intellecto á instrumento de repetición ó registro mecánico de lo ya pensado.

No aumenta la cantidad ni la calidad de su trigo el acaparador, y lo transforma y acrecienta el que de nuevo lo siembra. De igual modo el que recolecta hechos y hechos sin la reflexión propia que les ha de prestar la vida necesaria para sacar de ellos el jugo de la enseñanza que llevan implícita, acapara pero no fecundiza el saber ya obtenido.

Para el progreso del pensamiento no es lícito prescindir de la erudición, pues nadie nace enseñado ni con dotes para adivinar lo que antes que él otros averiguaron (1). Pero si es necesaria la erudición, no basta, sin embargo. Podrá servir de texto; exigirá siempre su comentario, que es donde reside la obra personal, personalísima, que compete al científico y al pensador. La *cualidad* re-reflexiva de la interpretación hace revivir el pensamiento muerto, ya concebido por los demás. Porque concretado en la forma de la representación, *deviene representado*, según dice Schopenhauer. Es en cierto modo un producto muerto. Y si en todo se vive de la muerte, de lo ya representado hemos de nutrir nuestras representaciones, pero á

---

(1) Esta necesidad previa del saber positivo, ya formado, autoriza la afirmación de que «la ciencia se halla en su propia historia.»

condición de asimilárnoslo para que vuelva á entrar en las corrientes inestables de lo que vive y progresa.

Con la experiencia obtenemos la *mitad del saber* que se completa mediante su interpretación reflexiva. Y al interpretarla, tengamos presente que el fondo complejo de las cosas ó *substratum*, presente en todas partes del mundo, no admite soluciones cerradas ni dogmáticas. Cristalización de la creencia, el dogma ó aparece producto híbrido ó se muestra cual si fuera un *compuesto inestable*, siempre susceptible de nuevas interpretaciones. Si acontece lo último, un rayo de luz que cae sobre él (como en ciertos cristales complejos) puede romperlo ó reducirlo á polvo.

Todas las cuestiones, según Siciliani, deben quedar *abiertas* á nueva indagación para el amante sincero de la verdad, ya que ésta es el único fin del pensamiento filosófico, pues la filosofía no es (así lo declara Fouillée) como la política, no tiene bandera, no es de ninguna religión. Quedaría desconocido en el caso contrario el carácter impersonal de la verdad. Más perjudica que favorece al fin primordial de la filosofía supeditarla á pensamiento preconcebido, al punto que lo inconciliable de las ideas depende de lo que hay, en ellas y detrás de ellas, de los hombres.

Atención preferente de nuestro pensamiento ha sido dejar los problemas que examinamos abiertos á nuevas y más amplias interpretaciones.

Tratando (siempre con el criterio indicado, in-

terpretar la experiencia según los datos que de ella misma brotan) del *ideal de la vida*, cuyo carácter más acentuado (el del dinamismo) se opone á una definición cerrada, tomamos como problema que surge del anterior el de *la voluntad*, energía la más compleja y sintética que se manifiesta en la vida. Pero si la voluntad sólo alcanza todo su desarrollo en la forma superior de la vida individual, en *la personalidad*, á examinar este nuevo factor hemos de reconocer lógicamente obligado al pensamiento, que aspira á determinarse reflexiva y ordenadamente. Y por último (aunque pudiendo ser el término aquí señalado comienzo de nuevas cuestiones), haremos objeto de nuestra atención estudiar los *vínculos sociales del amor y la amistad* como las manifestaciones más concretas de la personalidad y que tan eficazmente influyen en su manera de ser, en el carácter.

Sirvan tales problemas por lo menos para que se formule, ante la mente del que sienta por ellos el interés serio de la verdad, el más grave aún, el del *medio*, nexo obligado entre la Psicología y la Cosmología y punto de arranque de una reconstrucción metafísica, en parte ya presentida (1).

Si, efecto de la complejión de lo pensado, resulta á veces ó en ocasiones aparece solo (sin resultar) el pensamiento paradógico y contradictorio, aun entonces, como la contradicción no subsiste, ni la paradoja prospera, habrán de contri-

---

(1) Entre otros por LOTZE. V. *Métaphisique*.

buir al esclarecimiento de la inteligencia lo mismo que el error coopera al progreso de la verdad. *Errando, errando, deponitur error.*

Quien por temor á caer no se suelta á andar, no aprende á moverse. Quien ante el peligro del error huya de la fatal manía de pensar, de pensamiento prestado habrá de vivir, ya que el pensamiento es condición necesaria para la vida.

Desde luego ofrece explicación cumplida de la tendencia paradógica la complexión de la realidad que requiere perspectivas diferentes, puntos de vista diversos y aspectos variados, si ha de ser concebida en la múltiple é indefinida serie de sus fenómenos.

Ante el cambiante de luz, que se presenta á la mente, ganosa de cojer hilo central para concebir la realidad, frecuentemente precipita labor que debiera ser lenta y reflexiva. Impotente entonces para determinar vistas en conjunto de la diversidad de elementos percibidos, declara su estado y proclama la *lex inversa* de la paradoja, nota sólo en la apariencia desacorde y que equivale al *humorismo* en el arte.

Detenido en la mitad del camino el proceso de la reflexión, se desconfía de todo intento explicativo (duda especulativa) y de término á término recíprocamente contradictorios (el *pro* y el *contra*, anverso y reverso), aparece en un equilibrio inestable, síntoma de vida, siquiera posteriormente se esterilice, expresando en dilema inflexible ó la carcajada mefistofélica del excepticismo su-

perficial ó el llanto jeremiaco del excepticismo dogmático (1).

Risa y llanto, manifestaciones extremas y negativas del equilibrio de la sensibilidad, válvulas de expansiones momentaneas dejan que escape el fondo y núcleo de la realidad, que ávidamente se anhela percibir. Pero aún tales disequilibrios parciales de la sensibilidad, engendrando la melancolía, sirven de condición precisa para el progreso del pensamiento.

Toda experiencia prolongada lleva en efecto consigo cierta melancolía, especie de vista á distancia que presiente el misterio de lo infinito. Somos en general todos melancólicos, viejos prematuros, porque propia ó prestada poseemos mucha experiencia.

Rara vez ofrece la experiencia regla sin excepción. Es siempre susceptible de comentarios distintos, claro-oscuro, que engendra la melancolía. *Sunt lacrymæ rerum.*

El espectáculo, que ofrecen las cosas, es serio y el hombre actor y espectador á la vez, rodeado del océano en que lo insondable descansa, rie y medita (*In hilaritate tristis, in tristitia hilaris*) con risa

---

(1) Contra todo dogmatismo, que implica orgullo científico, y frente al excepticismo, que equivale á una falsa humildad, cuando no á un expediente cómodo para favorecer la nativa pereza de la inteligencia, hay que reconocer y aceptar *la posición crítica del pensamiento* como recurso eficaz para educir, según dice Spencer, el alma de verdad, que existe en las ideas falsas.

seria y reflexiva. (1) Siente el melancólico la presencia de algo que excede de su propia iniciativa y advierte que el desarrollo de la existencia humana no es exclusivamente obra suya. Ya lo dijo Goethe: "la vida es un compuesto de necesidad y libertad. Es el producto de dos factores, que se cruzan y modifican recíprocamente. Ni podemos predecir por mucho tiempo nuestras resoluciones, ni menos prever los sucesos. Nos dirigimos á ellos por aproximaciones y mediante un cálculo de probabilidades." Como decía Terencio: "la vida humana es un juego de dados; si no nos corresponde el que necesitamos, es preciso saber sacar partido del que nos ha tocado en suerte." Esperamos y dudamos. Duda especulativa y esperanza moral son los caracteres propios de la melancolía. Es un *placer-dolor* del cual se puede decir lo que la leyenda árabe del tabaco: "que tiene en su sabor toda la dulzura de la saliva sagrada del profeta (la esperanza moral) y el veneno de la picadura de la víbora," (acicate de la duda especulativa).

Merced al equilibrio de la esperanza con la duda, subsiste y se conserva el *placer-dolor*, que debe librarnos por igual de las satisfacciones vulgares y de los pesimismos desesperados.

Dudamos siempre discretamente de la parte fa-

---

(1) Ya dijo el humorista: «no se sabe en esta vida, si se debe reír ó llorar, pero si la existencia humana es corta, la verdad tiene los brazos largos y la vida duradera; digamos pues la verdad.»

vorable, que pueda tocarnos en el elemento accidental de la vida, que en densa penumbra oculta lo porvenir. Fiamos y debemos abrigar la esperanza de que aprovecharemos (aún en el exceso del mal, de donde á veces procede el remedio) las circunstancias, que se nos impongan, encaminándolas á nuestro fin. Así, una idea clara de lo inevitable y de lo necesario dispone al hombre á hacer valerosamente lo que puede y á sufrir animosamente lo que debe sufrir. Que ni el deber es noción abstracta, ni su límite excede al de los medios para cumplirlo. *Quien puede, debe* y el número é intensidad de los medios determinan el alcance de nuestra obligación.

Es preciso no atenerse sólo al criterio de Mefistófeles que veía únicamente el reverso de las cosas, lo que tienen de negativas, ó al juicio exclusivo de Shakespeare, cuando dice que "es el mundo un cuento, vacío de sentido, narrado por un loco.,"

Si el reverso supone el anverso, si el *contra* implica el *pro* (no hay mal que por bien no venga, de la sabiduría popular), la experiencia es la condición indispensable para la justa apreciación de la inconstancia y de la vicisitud de las cosas. Urge excitar en lo que de momento acontece la imagen de lo contrario: en la fortuna (para que no nos enloquezca) la desgracia, en el amor el odio, en la amistad la enemistad, etc. Y en este equilibrio inestable, el aperitivo de la melancolía, su sabor agridulce huye por ignal del sofisma pe-

rezoso de un fatalismo invencible y de la quietud estéril, que ciegamente confía, en que va atada al carro de la fortuna.

Ni salva la desesperación ni redime el quietismo, porque aunque Goethe afirma que “el presente es una poderosa divinidad,” y Schopenhauer que lo pasado y lo porvenir son *caput mortuum*, es lo cierto que en todas las dimensiones del tiempo lo único real é inmutable es el cambio. “La vida es el movimiento,” ha dicho Aristóteles. La prudencia exige que al movimiento refiera sus previsiones la razón humana. *Si vis pacem para bellum*. El dolor concentrado de la melancolía es el acicate de la duda especulativa. En vez de convertirse en sentimiento deprimente, la esperanza moral que le acompaña sirve como influencia bienhechora, que estimula á lo mejor. El pesimismo, (1) que implica optimismo paradógico (un cierto grado de pesimismo, contrario á la candidez infantil, es la *mostaza* que aviva nuestras energías), la duda que es el dolor de las almas profundas según Verny, y el excepticismo activo que recomienda Goethe para buscar la verdad, son los límites que separan la melancolía de la *ictericia*.

Los venenos son susceptibles de graduación y en cantidad pequeña son remedios, verdaderos recursos terapéuticos. Una cierta dosis de melancolía (como sentimiento mixto, á la vez deprimen-

---

(1) Esperanzado pesimismo le denomina la señora Pardo Banzan que llama también á los melancólicos «enfermos de mal de aureola.»

te y animador), la que resulta de observar el reverso de las cosas y aspirar á ver su anverso, es un remedio positivo contra la rutina de la vida que engendra el fastidio.

El espíritu movible del sentido crítico y el sentimiento melancólico hallan su centro en los impulsos que comienzan las cosas y en los actos, que constituyen su término, en algo que es incierto, en las penumbras del crepúsculo naciente, pues el vespertino y más aún la noche presta á todos los objetos y á todos los pensamientos un tinte excesivamente sombrío. En ese punto ya, la melancolía se confunde con la ictericia moral, pierde el hálito animador de la esperanza para dejarse dominar por la desesperación y el hastío. *Nulla est redemptio*. La melancolía se opone á los castillos en el aire ó soñadas Arcadias de la juventud, la edad de las ilusiones, é igualmente al horizonte sombrío y gris del que prematuramente considera Paraíso perdido todo lo que no concierda con sus sueños de grandeza.

Las almas sanas, ni afirman ni niegan, en un generoso descontento de lo actual que combate la pereza. Condensan sus esfuerzos en trabajar por lo mejor. *Difficilis in otio quies*. Espectadores y actores en la vida, vale notar sus faltas é imperfecciones con el mismo brío que debe gastarse en reformarlas.

Si como dice madame Stâel, "conocer todo es perdonarlo todo,,", al melancólico no le es lícito ignorar, ni por ello debe caer en el desaliento,

que navega en un mar de hielo, dadas las tendencias de la condición humana á cristalizar de modo definitivo en la rutina. Víctima el hombre de la ley natural, la de economizar fuerza, degrada á veces su propia condición y como el animal reduce su horizonte sólo á lo que vé, vive únicamente en el presente y odia todo lo nuevo. Se observa, en efecto, que los perros ladran, cuando pasa el ferrocarril, cuando oyen la música ó ven el alumbrado del gas; que el vulgo ridiculiza ó se asusta de toda innovación de las antiguas costumbres; que los judíos detestan á todo aquél que se opone al rito de la circuncisión; que la mujer, esclava de la moda, se muestra adversaria tenaz de toda reforma social, política ó religiosa; que los doctos y académicos protejen á los que encuentran verdades fútiles (erudición), que no cambian el *statu quo*, que encumbra sus propias medianías y persiguen á los innovadores...

Pero á ese reverso se debe oponer el anverso, el amor á lo nuevo, la esperanza moral en lo mejor, fustigando la sensibilidad constante ó cenesesia, para que no cristalice y pierda el carácter de todo lo vivo, que es el equilibrio inestable. Encontrará, si no desalienta, apoyo eficaz en la ley misma de la sensibilidad que es el cambio, sin el cual se atrofia toda emoción y dormita, cuando no muere, toda energía.

Un cierto grado de descontento se siente dominado por la inquietud cuando inicia la obra, y de su aspiración á lo mejor cuando la ve termina-

da. El trabajo humano, que es la actividad y la fuerza (conscientes), realidades positivas del mundo, se compone de comienzos y términos constantemente relativos y que se engendran en una serie sucesiva. El melancólico no puede ni debe dudar por completo. Ha de esperar que le suceda lo que al poeta hebreo en su última época que recolectó alegremente la cosecha antes sembrada con lágrimas.

De la comparación de lo relativo de comienzos y términos ó resultados correspondientes con el *Excelsior* perdurable del sentimiento surge el acicate de toda perfección. Pero la obra humana es de una bondad relativa, no es perfecta, sino perfectible. En vez de cristalizar en ella toda energía, se debe aspirar á *más y mejor* en el pensamiento y en la vida, exclamando "que lo mejor es enemigo de lo bueno."

Lo relativo del pensamiento (que se siente como una especie de desencanto) hace que aparezca la paradoja. Pero mientras subsiste en el orden intelectual ó especulativo sirve de *stímulus* y acicate para percibir más aspectos de la realidad.

Al conjuro de los nuevos aspectos ofrecidos por la realidad, se parece la paradoja al gran arte, que consiste, según V. Hugo, en poner en una gota de agua todo un mundo, y en exclamar contra la superficialidad de lo simple, inmensidades, inmensidades. Así excita cada vez más la paradoja los progresivos adelantos del arte como vi-

da concentrada y condensada y de la ciencia como la realidad unificada en síntesis y explicada en su complejidad. Lo demuestra la historia de la ciencia y del arte, señalando ambos sus puntos relativos de avance al reconocer la sin razón de una teoría ó de una escuela en la razón de la opuesta y recíprocamente, es decir, vida y realidad que exceden de los límites en que la ciencia concreta el pensamiento y el arte sus símbolos.

Las síntesis parciales, las explicaciones relativas (que las completas constituyen el *ideal dinámico* de ciencia y arte) son puntos de descanso ó frutos obtenidos por la labor del pensamiento como condición para percibir nuevos pliegues de la realidad, ante los cuales surjan en proceso indefinido sus correspondientes términos de oposición y de contraste. ¿Con qué medios? Con el insaciable instinto de curiosidad, que da origen á la ciencia y con el poder sugestivo del arte. El arte es una sugestión, una excitación perpetua, es la mirada dirigida al fondo brumoso, movible é infinito de las cosas. Nuestros sabios, mineros de lo ideal, allá en la profundidad de los pozos y galerías sólo ven claramente lo que les rodea; por encima de ese límite todo es obscuridad, lo desconocido.

Atenerse al estrecho círculo luminoso, en el cual nos movemos, querer limitar nuestra vista, sin acordarnos de la inmensidad que se nos escapa, equivaldría á apagar nosotros mismos la luz del minero, cuando debe servirnos de guía y

tomar como punto de partida el límite donde llega el intersticio del rayo de luz.

Fecunda la paradoja en el orden intelectual, en cuanto sirve de anuncio de *nuevos aspectos y términos* de todo problema ó cuestión y en cuanto requiere, por lo mismo, síntesis más comprensivas que las anteriormente concebidas; utilizable además para el arte que halla en la oposición y contraste gérmenes inagotables de belleza (1), es, sin embargo, *estado transitorio*, nunca definitivo, pues indica manifestación siempre nueva del *por qué* inherente á la naturaleza de la realidad y á la índole de nuestro destino dentro de ella.

Considera Mr. Lolliéé en su precioso libro (2) acerca de la paradoja que la de hoy es la verdad de mañana.

Se halla la cultura humana plagada de conjeturas audaces, tenidas al aparecer por paradojas y excentricidades de espíritus ganosos de originalidad. El transcurso del tiempo ha convertido las hipótesis que excitaban la risa de los cautos y descreídos en verdades positivas y comprobadas. No equivale lo que decimos á proclamar que se viole á toda hora la *lex parcimonice* ó de la circunspección científica; antes bien debe evitarse la paradoja y no es lícito caer en ella por prurito

---

(1) «La conciencia de nuestra ignorancia será siempre uno de los sentimientos inspiradores de la poesía.» V. GUYAU. *L'art au point de vue sociologique.*

(2) *Le Paradoxe. Etude sur les excentricités de l'esprit humain dans tous les siècles.*

y merced á pensamiento preconcebido (licencia poética que no han de usar el pensador ni el científico.) La ciencia no obtiene sus triunfos, oponiéndose sin más á la opinión pública y al buen sentido; pero ni aquella ni éste son criterios de verdad, y si los más grandes talentos han caído en las mayores paradojas, no deben ni el pensador ni el científico perder la sustantividad y libertad de su pensamiento por temor á la paradoja ó por miedo á contradecir la opinión pública y el buen sentido; que en tal caso norma sería de la ciencia lo vulgar, autoridad en ella el número y ley de la práctica la rutina, imposibilitando de tal suerte todo progreso del pensamiento y de la conducta.

Implica, por tanto, la paradoja, problema que exige una solución para señalar el tránsito del orden especulativo al práctico. La solución (cuando no puede ser total, parcial) del problema hace desaparecer (aun cuando reaparezca de nuevo en otro aspecto) la paradoja. Sin tal requisito quedará el pensamiento constantemente divorciado de la práctica, dualismo que esteriliza los esfuerzos del primero é impulsa á la segunda por derroteros desconocidos. La racionalidad del pensamiento y de la conducta se acentúa por grados sucesivos, que ponen de relieve la desaparición constante de las paradojas, sustituidas por síntesis cada vez más comprensivas. Pero si no existe signo más preciso de la madurez del pensamiento que el revelado en su aplicación á la práctica, haciéndose

viabile, resulta evidente que la paradoja es *fruto en agraz*, que no ha madurado aún, que debe seguir elaborándose según las leyes propias de la inteligencia para adquirir aquella complexión, que requiere la índole de la realidad, si ha de convertirse en *fruto maduro*, que sirva de guía en la conducta. Lo paradójico es pensamiento en elaboración, formable, pero no elaborado ni formado; podrá, por tanto, subsistir en el orden especulativo como condición de su progreso, pero no traducirse á la práctica, ínterin no cese la contradicción que le caracteriza. Cuantos dualismos atestigua la observación propia, entre lo que concebimos idealmente y lo que practicamos, son otros tantos testimonios, cual argumentos de carne, de las perturbaciones engendradas por la falta de elaboración del pensamiento, que no fructifica, sólo por ser conocido, sino en cuanto es vivido y practicado. Si ya se acepta como aforismo vulgar que *sobran inteligencias y faltan caracteres*, es porque de modo implícito se reconoce lo que venimos indicando.

La educación intelectual no queda cumplida, ínterin el pensamiento no fructifica y madura, formando el carácter y estableciendo la racionalidad del pensamiento mismo con la conducta. La erudición, el saber, la cultura, la ilustración (condiciones que no riñen con el excepticismo) serán elementos utilizables, pero no son suficientes por sí para educar individuos y pueblos. El sentido general de toda educación teórico-prác-

tica requiere el tránsito del orden especulativo al práctico (desaparición de la paradoja).

No basta, pues, cultivar la inteligencia, sino que es preciso formar el carácter, haciendo que el pensamiento sea vivo y viable, y que la vida se produzca racionalmente y según lo pensado. La paradoja es síntoma de un nuevo progreso en lo especulativo á condición de concebir síntesis parciales, que la hagan desaparecer, estableciendo la corriente central, en que se unan y concierten conducta y pensamiento. No ha de quedar satisfecha la misión de la inteligencia, mostrando que una cosa es verdadera, sino que necesita dirigir el impulso y esfuerzos de las energías interiores para que sea practicado y vivido lo verdadero.

Complemento de la instrucción y cultura (función primordial y condición indispensable de la educación) que en su progreso incesante tienden á que desaparezca la paradoja del pensamiento, es el *arte educativo*. Requiere, con la conciencia de la verdad de un principio, el conocimiento de todos los medios adecuados para hacerlo viable y la apropiación, dentro del límite de nuestra naturaleza, de tales medios. Si subsiste el dualismo que divorcia la teoría de la práctica, si por un lado va el pensamiento y por otro marcha la conducta, no existe paradoja, sino falta de parte del que conoce, no en su inteligencia (que por esto se dice que sobran), sino en su carácter (que por lo mismo se afirma que faltan).

Puede subsistir y de hecho subsiste la paradoja como signo de renovación del pensamiento, y debe en tal caso la práctica iniciar un *compás de espera* en todo lo que se refiere á lo tenido por paradógico, ínterin se resuelve en una síntesis comprensiva, que se convierta en máxima de conducta; pero no puede subsistir (aunque en la apariencia de hecho subsista) la paradoja en el orden práctico, sino un dualismo entre lo que se piensa y lo que se vive que acusa una gran falta moral. La paradoja del orden intelectual es ó puede ser el *error*, nunca pecaminoso, siempre explicable y á veces condición para el progreso de la verdad; la paradoja del orden práctico es siempre la *mentira*, germen de todas las imperfecciones del carácter. Para el primero la ley y la costumbre imponen la tolerancia y recomiendan los medios de la convicción y de la persuasión, si se aspira á corregirlo; para la segunda el buen sentido de las gentes y la razón prescriben acerbias censuras.

Como consecuencia de la *libertad del pensamiento*, la inteligencia no peca, cuando yerra ó se equivoca; quien peca es quien intencionadamente miente, quien falta á sabiendas á la verdad. El error es de la inteligencia, la mentira procede de las faltas de carácter.

Si nos equivocamos (pues no nos tenemos por infalibles, ya que sabemos que nadie lo es en este mundo sublunar), habremos presentado en este trabajo (donde la intención por entero nos abona)

*stimulus* para el pensamiento y ocasión para esclarecer la verdad.

Indicios de que acertamos sólo tenemos los que nos ofrece como garantía la naturaleza misma del pensamiento (ya que la verdad es impersonal) siempre necesitada de que se interprete la experiencia mediante las ideas, que en ella laten, pues, como afirma un pensador moderno, la ciencia sin filosofía es una fisonomía sin ojos.

La filosofía científica, la hija y heredera de las gloriosas tradiciones del criticismo Kantiano, toma su punto de partida de la representación primera (en el orden cronológico), de la *intuición*, para llegar á la secundaria, *al concepto*. Si la primera es el numerario, el segundo es el billete de banco y la filosofía, sin los datos de la ciencia, es el billete forzoso que no está garantizado por las reservas de numerario.

## I

## El Ideal de la vida.

Contra exageraciones de un empirismo sin límite y contra la afirmación humorista de que "el universo es un mal drama hecho de episodios sueltos," el hombre posee, con la observación, que es un tacto inmediato, la especulación, que es una vista á distancia.

Ve, percibe ó procura por lo menos el hombre ver y percibir intersticios de luz á través de lo que Víctor Hugo llama "la Gran Sombra," y con su vista á distancia, con su especulación, reconstruye cuantos datos le ofrecen los episodios sueltos del mundo para representarse el *ideal de la vida*. Prueba de su necesidad es la universalmente sentida por todo el positivismo imperante de una reconstrucción ideal.

El hombre especula, filosofa (todos somos en algún grado filósofos, dice la sana razón) por una imposición de su propia naturaleza. Si no hubiera

otro indicio para reconocerla, bastaría el significativo y preciso de la *presciencia de la muerte*, que al hombre acompaña desde que tiene uso de razón. Mientras el animal no tiene idea de la muerte, sino en la muerte misma, da su presciencia á la vida humana un tinte de melancólica gravedad, que la convierte en principio de la filosofía, de la religión y del arte.

Y como el hombre no puede convencerse de que *vive sólo para morir*, especula y filosofa, inquiere y busca, recoge hilos sueltos y concibe necesariamente norma y ley de conducta, *ideal para la vida*. Su carácter más acentuado (salvo siempre la transformación de su contenido sustancial) es contrario á la filosofía perezosa (1), basada únicamente en las nociones abstractas; requiere ser investigado y educido del fondo mismo de lo observado, como *dinámico*, de acción y de movimiento. Precisar su dinamismo, poner de relieve su honda raíz en nuestra propia constitución orgánica y su frondosa madurez en las manifestaciones de la razón humana, equivale á justificar la ley de continuidad, según la cual se determinan las relaciones de la ciencia y del arte mediante la imaginación, y á la vez á mostrar que la vida mística y religiosa revierte al fondo constitutivo de nuestra naturaleza orgánica. Así podrá aparecer á nues-

---

(1) El sofisma perezoso (un fatalismo al cual se adapta el que va á gusto) produce en Moral el mismo efecto de intoxicación que el *curare* en la vida fisiológica.

tra vista (siempre á distancia) sinobia y aglutinante de las aparentes inconexiones de todas estas energías y unidad entre los episodios, que el humorista considera sueltos, cuando son en realidad escenas del drama de la vida, drama que á veces toma aspecto de tragedia y en ocasiones de *vis cómica*.

Atendiendo á condiciones y circunstancias (según se dice usualmente) de tiempo y lugar, aparecen contradicciones y aun luchas momentaneas entre las energías, que elaboran el ideal de la vida, señaladamente entre la ciencia y el arte. Merece un detenido examen su aparente contradicción para que resalte cómo cooperan impulsadas por corriente secreta á puntos de concierto, que si no son resultados definitivos, señalan siempre nuevos y más amplios derroteros á la concepción del ideal humano. Se forma y depura el sentido culto de todos los tiempos según el relativo predominio que se concede á las energías que de momento alcanzan más boga en el espíritu colectivo como consecuencia de sus éxitos ó de sus esperanzas. De este modo se explica la preponderancia exclusiva que se concede hoy generalmente al fin científico, desdeñando el arte y la poesía, que, efecto de causas muy complejas, atraviesan al presente una vida muy enteca, nutridos sólo de insulsas reminiscencias de lo pasado ó inspirados en las brumas indecisas de idealismos inconsistentes y sin concreción ninguna que hiera hondamente la fibra de los humanos afectos.

Lejos de precipitar el juicio, estableciendo enemigas irreconciliables entre la ciencia y el arte, conviene observar que precisamente la ciencia se halla fecundada en todos sus vastos dominios por el naturalismo que presintiera el arte en la época del Renacimiento.

En tanto, el arte, agotados los ideales que concibiera, tomando por norma el ritmo de la belleza clásica, sólo vive del recuerdo de sus propias glorias. Inicia, con el naturalismo y con los nuevos alientos de la novela contemporánea (especie de Enciclopedia moderna), empeños á veces sincréticos, contradichos por propósitos de bajo vuelo, que, unidos á un análisis frío é indiferente, le incapacitan para hallar punto de apoyo ni término común, donde colocarse al unísono de los sentimientos colectivos.

La ciencia evoluciona y progresa á nuestra vista; la vida del individuo, efímera comparada con la de la colectividad, puede recoger y anotar casi al minuto los continuos éxitos de su bienhechora labor. Por el contrario, esterilizadas las formas que antes le sirvieran para concretar sus anhelos, el arte tiene que exclamar á cada momento, como si se repitiera la muerte del antiguo paganismo "los dioses se van.,, De la vaguedad de sus anhelos ofrecen ejemplos por demás elocuentes el relativo progreso de la música, arte el más indeterminado y subjetivo de todos, y el florecimiento del pesimismo, inspiración personalísima que rehuye lo general y lo colectivo. Parece que la

ciencia, sustituyendo al encanto del misterio la realidad del análisis, obliga al artista á concentrarse dentro de sí mismo para que se asfixie en una atmósfera viciada. Es evidente que el divorcio entre la ciencia y el arte no puede ser definitivo y que acusa una crisis y transformación, que ha de salvar en bien. Quien pretenda convertir en definitiva tal separación, persigue imposible semejante al de aquél que se propusiera separar en lo físico la luz del calor. Arte y ciencia, energías del espíritu colectivo, viven y se nutren de la realidad, aunque de modo diferente, siendo posible el relativo predominio del uno sobre la otra en determinadas épocas por causas y condiciones complejas. Basta observar que tienen una raíz común, de cuya savia se alimentan, enviándose mutuamente, por conductos secretos y por corrientes opuestas, sus mutuas influencias. Si el presentimiento del artista y el sueño del poeta han servido de penumbra con intersticios de luz para el científico, las verdades positivas y la lógica del pensamiento han sido y seguirán siendo advertencias y enseñanzas para el artista y para el poeta, con el fin de que cambien de materiales y de dirección en sus concepciones.

La raíz y madre común es la realidad, de la cual es un eco el orden ideal expresado en la ciencia por medio de la racionalidad del pensamiento y significado plásticamente en el arte por las personificaciones simbólicas. Mientras la realidad ofrece al científico datos que se representa y ra-

cionalmente explica hasta donde el propio límite lo consiente, educe el arte de las representaciones, convirtiéndolas en términos de presencia (personificaciones y símbolos) su propia inspiración. La realidad, representada en su doble aspecto perceptivo y emocional, tal es el nexo de la ciencia y del arte.

Si el análisis científico desmenuza y pulveriza triamente determinadas personificaciones como símbolos ya muertos, que nada dicen al pensamiento, y por tanto que no pueden conmover los afectos, secando las antiguas fuentes de inspiración artística, se sentirá el genio obligado á seguir los propios linderos de la ciencia. Aun reconocido por el arte que cantar á ninfas y sirenas equivale á ladrar á la luna, resta saber (y tal es el punto crítico que atraviesa el desarrollo del arte) si en la compleción de lo real, donde nada se agota, pues al lado de lo infinitamente grande descubre el análisis lo infinitamente pequeño, se extingue ó se va á extinguir el material artístico.

Se puede anticipar que, aun aquellos que sólo consideran material artístico lo maravilloso, no carecerán de asunto, pues el análisis científico aleja (quizá acerca) pero no suprime el misterio; porque, aparte de que toda verdad nueva se halla preñada de otras, que de momento son misterios, el término primordial y definitivo de toda concepción científica sólo se halla delineado en hipótesis más ó menos racionales y entre la conjetura y la realidad positiva caben posiciones interme-

dias, dentro de las cuales pueden campear el arte y todas sus manifestaciones como en terreno propio.

Las acusaciones dirigidas contra el estancamiento del arte, que vive de la imitación ó copia del ritmo clásico, alcanzan en parte á la ciencia, ariete formidable para destruir y negar, y energía lenta en sus resultados para reconstruir y afirmar. Necesita el arte (así lo enseña al menos su historia) para desarrollarse y progresar estados de cierta generalidad y á la vez de una determinada concreción en ideas, afectos y aspiraciones, notas comunes que interesen y emocionen al *Allgeist* que dicen los alemanes, al espíritu colectivo, disuelto á la hora que corre en un individualismo atómico por efecto del análisis y de la crítica, de que la ciencia ha usado y abusado para depurar la vida social de herrumbres y falsos prestigios. Pero á semejantes condiciones habrán de suceder otras, en las cuales la ciencia misma, siguiendo su propia ley, determine y concrete sus representaciones, restaure y reconstruya perspectivas de conjunto. Lastre y sedimento de tales empeños ha de gravitar sobre el sentido culto de las gentes, transformando la concepción general de la realidad y de la vida, y entonces el arte podrá hallar y de seguro hallará, dentro de un común pensar y sentir, nuevos y más amplios derroteros para todas sus manifestaciones. Del lado de ellas se nota ya coincidencia con las necesidades que siente la indagación científica.

Cuando el arte, en todas sus comenzadas iniciativas, busca hoy lo enérgico, lo vivo y lo real (de lo cual es expresión incompleta el *efectismo*), tiende, lo mismo que el orden racional, á educir la inspiración y la belleza de la fuente perenne é inagotable de la realidad viva, abandonando para los Museos y para la Historia las formas y el fondo ya agotados en otros simbolismos. No parece, sino que se transforma el arte: cuanto más lenta, laboriosa y difícil es su transformación, tanto más firme y estable será su avance progresivo; que, en lo moral como en lo fisiológico, el fruto superior es el más complejo y el que más condiciones requiere para su madurez (1).

---

(1) El arte, flor de la vida, finalidad sin fin, rey sin corona, según le denomina un pensador moderno, es eterno como lo es la necesidad urgentemente sentida por el hombre y por el arte satisfecha, la de interpretar la vida en la medida que le sea dable, según las ideas que predominan de momento ó las que se presienten como mejores y más progresivas. El objeto del arte es la idea, que precede á la confección de la obra como el germen al desarrollo de la planta. La idea es, según dice acertadamente Schopenhauer, reproduciendo el sentido recto que la diera Platón, la unidad que se transforma en pluralidad (concretándose en lo individual). Por el contrario, el concepto abstracto (simbolismo) es la unidad extraída de la pluralidad por medio del procedimiento intelectual de la abstracción. La idea es *unitas ante rem* y el concepto *unitas post rem*. Así es que los conceptos (sin negar su fecunda utilidad para la ciencia) son estériles, dada su abstracción, para el arte. La idea, con su virtual originalidad, existiendo en el seno de la vida y de la naturaleza, es intuitiva (primaria, aunque educida V. *Introducción*), de lo cual procede su energía prolífica y la forma, según la cual la elabora el verdadero genio, que á veces ignora la transcendencia de su propia obra.

Siglos lleva la ciencia, desde que reflexivamente rebasó sus estrechos y antiguos moldes, iniciando nuevos derroteros al pensamiento. Las incertidumbres y paréntesis por donde ha pasado, salvando en bien todas sus crisis, habrá de recorrerlos el arte, obteniendo ambos la determinación de un *ideal dinámico*, susceptible siempre de nuevos progresos, ante los cuales aparecerán perdurables y eternos los altos intereses (y por altos, libres de egoísmo) de la verdad y de la belleza. Como los productos de la verdad y de la belleza quedan concretados, individualizados, según tiempo y espacio, en la imaginación, parece obligado observar si su marcha concurre á esta obra en común y no determina, aun en medio de sus aparentes incoherencias, episodio suelto, sino

---

Los que cultivan el arte por medio del concepto abstracto y sin la intención real y viva de la idea observan lo que agrada y hace efecto (efectismo), lo conciben abstractamente, no lo sienten como una realidad viva y llegan, si acaso, á la imitación. Se nutren del jugo de los demás y aun toman, como los pólipos, el color de los alimentos que se asimilan. En ellos es un molde vacío, un concepto simbólico lo que en el verdadero artista es sentimiento real y vivo. Debieran recordar, contra el efecto del momento ó la imitación servil, el *si vis me flere* de Horacio, y además que, como dice Bacon, «el ojo del entendimiento humano no es un ojo seco, sino humedecido por las pasiones y por la voluntad: el hombre cree siempre lo que prefiere.» Así aparece como característica propia del arte la síntesis de la idea con los afectos y pasiones, individualizada en tiempo y espacio según la ley del material, que usa el artista. *Ars homo additus naturæ*, el hombre añadido á la naturaleza, tal es el arte. Un acento siempre personal y un pensamiento siempre impersonal es lo que constituye la originalidad del verdadero artista.

eslabón concatenado con la tendencia general de aquellas energías, á que sirve. Es desde luego la imaginación un poderoso y eficaz auxiliar para concretar y simbolizar todas las concepciones de la razón humana, prestándoles un relieve, que nunca podría darles ni aun la lengua de fuego del antiguo apostolado. Las representaciones informadas por la imaginación, sobre todo por la creadora, con cierta virtualidad, pueden declinar á veces (cuando obra por sí mismo y sin atender á la racionalidad y contrapeso de las demás facultades), rompiendo la regularidad de la vida, aspecto según el cual fué designada *la loca de la casa*.

Rectamente dirigida la imaginación puede tener una aplicación fecundísima á toda la vida, pues en la ciencia da relieve escultural á sus verdades, en el arte vulgariza la contemplación de la belleza y en moral y religión pone la realidad suprasensible al alcance de todas las inteligencias y de todos los corazones, con la eficacia virtual del ejemplo en las buenas obras y de la contemplación en símbolo sensible de la armonía y orden que rigen el mundo moral y la vida religiosa.

Desde la belleza de Friné, defendiéndose ante sus jueces con la hermosura de sus formas, hasta el trapo rojo y gualdo, símbolo y lábaro de tanto heroísmo, la imaginación ha poblado el mundo de la ciencia y de la superstición, del arte y del artificio, de la moral y de la licencia, todo con símbolos y esquemas, que, á semejanza de la estrella que guiaba á través del desierto al pueblo

elegido, han dado tonos salientes á las más dormidas energías del espíritu humano. Los símbolos han conseguido, con la fácil y rápida comprensión de que son susceptibles, interesar hondamente el corazón humano por las más opuestas causas, quizá poniendo de manifiesto la profunda verdad que encierra la observación del Pesimismo, cuando dice que "nadie se mata por nada claro.,,

Las sangrientas guerras religiosas, los matices imperceptibles de los puntos de honra, todo ha tomado cuerpo en símbolos y esquemas, revestidos de una universalidad, exenta de excepción, cual si la racionalidad humana abrigara el constante empeño de poner en duda su condición á toda hora y momento.

Más creyentes ha catequizado el catolicismo con la riqueza suntuaria del esplendor de las artes, puestas al servicio del dogma, que infieles ha convertido la lógica de sus apologistas ó la unción evangélica de sus oradores. Un Cristo de Velázquez, una Virgen de Murillo es (al menos ha sido) argumento más eficaz para el corazón humano que pláticas, sermones y apologías de un Fenelón.

En otro orden de relaciones, distinto es (quizá media un abismo de distancia) el resultado obtenido por los nuevos métodos pedagógicos del alcanzado por la rutina tradicional del dómine, especie fósil que, con su palmeta en la mano, ágrío de carácter, frío en sus afectos, aún presume que

la letra con sangre entra. Desde que la nueva Pedagogía sigue el método intuitivo y allí donde no puede poner delante la cosa que ha de enseñar, la muestra en copia, imagen ó símbolo, convirtiendo la escuela en Museo de material científico para seguir el sabio precepto clásico, *ludendo pariterque monendo*, ha sustituido la severa y por adusta repulsiva actitud del *magister* con la sonriente y agradable fisonomía del que mueve é interesa por igual todas las energías humanas para que colaboren al hermoso despertar de la conciencia reflexiva.

Precisión, fijeza, claridad, proselitismo y universalización, tales son las condiciones favorables que presta la imaginación á toda empresa, en la cual interviene y apenas si existe obra seria, de interés colectivo, que tome plaza en la existencia sin su auxilio. Que si comienza la madre cariñosa poblando el pensamiento del niño de imágenes sonrientes, no se desdeña la ciencia de recurrir al símbolo para expresar aquellas nociones, que tocan en los linderos de lo que Spencer denomina *Indiscernible*. Lo que se sabe y lo que se presiente, lo conocido y lo desconocido, todo toma cuerpo y existencia en el simbolismo, con que la imaginación circunda la vida.

El coco y el fantasma, las personificaciones y castillos de naipes de todos los ensueños, con que primero la infancia y después la juventud intentan penetrar en las brumas de la vida, creyendo que disipan sus tinieblas, son esfuerzos que se

repiten en otras edades, con propósitos diferentes, cuando representa, por ejemplo, la ciencia lo infinito con el símbolo de la culebra, mordiéndose la cola, y la justicia con el de la balanza mantenida en el fiel por medio de la espada. Pero la realidad, la exterior y la propia, es por demás compleja; ofrece anverso y reverso, y todo en ella (como dice la más cándida observación) tiene sus ventajas y sus inconvenientes. No debe extrañar, por tanto, que al lado del ditirambo que ciencia, arte, religión, todo puede entonar en pro de la imaginación, se destaquen las sombras, bien tupidas á veces que el uso y abuso de la fuerza imaginativa esparce en todas direcciones á través del pensamiento y de la vida. La historia lo enseña por modo elocuente. Tras la imagen está siempre el iconoclasta. Tan pronto como se eleva la estatua, comienza la obra sorda, de mina, persistente, que horada el pedestal. De persistir el símbolo, de perpetuarse la imagen, el ideal cristalizaría de modo estático, quedaría suplantada la realidad por la sombra. La frondosa aparatosidad de la vestidura externa asfixiaría la energía interior que cubre, y el *plus ultra*, ley de vida y de pensamiento, quedaría ante muros de contención, detenido por tiempo, ya que completamente negado no fuera posible.

¿Por qué todo símbolo ha de ir, como ya entendía el carácter práctico de los romanos, al panteón para ser sustituido por otro? Observemos que la representación (germen de todo símbolo é ima-

gen) es dada, existe *en el que* la concibe ó imagina, pero procede ó dimana *de lo* representado, y *según ello* se ofrece para ser concebido. Y como lo representado no se agota, ni acaba; y el que lo concibe coge (siquiera no sea materialmente) de ello sólo fase ó aspecto, no su íntegra constitución ó modo de ser, resulta que, á través del tiempo y efecto de la ley del progreso, el pensamiento, incoercible, sin límite fijo, excede del señalado por el símbolo y no cabe dentro del marcado en la imagen. La imagen es el vestido (que no crece como la túnica del Redentor) del pensamiento. Este crece y la vestidura es estrecha para sus nuevos desarrollos, de suerte que el primero rompe la segunda, y de ahí la necesidad de que tras la imagen aparezca el iconoclasta, el que ha de derribarla, quizá para sustituirla por otra. Sigue así el ideal de la vida, lo mismo en su contenido sustancial que en la vestidura externa que lo simboliza, un dinamismo incesante ó una transformación continua.—Querer encerrarlo en los simbolismos antiguos, equivale á la ridícula pretensión de que un gigante se calce como un enano.

El que recorra un Museo de los que ya se forman con cierto carácter enciclopédico puede comprobar la ley que indicamos y hallarla verificada con señales indelebles dentro de aquel panteón, donde duermen el sueño de todo lo que fué cuantos símbolos é imágenes han representado lo que ha creído y amado la humanidad de otros tiem-

pos. Si queda hueco en aquellas galerías, ya se puede anticipar lo que habrá de llenarle, los símbolos é imágenes que al presente merecen el asentimiento común. En efecto, siguiendo la misma ley, la que reconoce y pone de manifiesto que el ideal humano es *dinámico*, el símbolo, en que se condense uno de sus estados, se verá necesariamente convertido en estatua de sal, porque su estabilidad definitiva contradice lo inestable y vivo de las energías que plásticamente significa. Flor del Lothus, de existencia constante, pero de vida permanentemente móvil, el símbolo no se nutre sino de lo que simboliza. Cuando suplanta lo en él representado, á la religión sustituye el fariseismo, á la ciencia la argucia escolástica, á la realidad y á la vida la sombra y la muerte. *Remember*, acuérdate, puede gritarse constantemente al simbolismo, de lo real y vivo, á que debes tu origen, como elemento *permanente* del ideal, y de la transformación y cambio, que, por ser *dinámico*, requiere en su individualización concreta.

Muéstrase el doble carácter del ideal de la vida, á saber, concepción anticipada de lo real en movimiento y transformación constantes, aun en aquellas manifestaciones, las del misticismo por ejemplo, de cierta apariencia estática, de tal suerte que, en medio de ella, revierten al fondo constitutivo de toda realidad viva (sensación y movimiento). Desde luego el amor á lo divino ó al ideal de perfección, sea la que quiera la forma en que se produzca, es un sentimiento real y

vivo (lo contrario sería hipocresía farisáica) que expresa el contenido propio de la naturaleza de aquellos á quienes afecta. En él concretan su manera de pensar y sentir, específica y propia, en límites de tiempo y espacio, como base del principio de individuación. No admite el misticismo indeterminación alguna y revela una plasticidad movible, tan varia, cuanto que acusa diferencia en su expresión, no sólo ya en relación de una á otra epoca, sino en lo que se refiere á individuos de uno ú otro sexo, á edades, condiciones, circunstancias, etc.

Si á primera vista parece que el místico exaltado se enajena de sí, pierde la conciencia de su propio sér y anula por completo su personalidad ante la sublime explosión del sentimiento religioso, como si el deliquio en que se absorbe rompiera por siempre los lazos de la sangre; un análisis algo detenido muestra, por el contrario, que la exuberancia anhelosa de tal afecto es eco fiel del fondo constitutivo y de la naturaleza propia de aquel en quien se manifiesta.

Los elementos sensitivos como el material sobre el cual se opera y los motores como la forma en que las reacciones consiguientes adquieren la plasticidad propia de todo lo que toma plaza en la existencia, constituyen la trama del misticismo, que transforma y elabora la manera de sentir y de vivir según aquellos elementos, sin que jamás pueda prescindirse de ellos y menos anularlos.

La contemplación, el éxtasis, el aislamiento,

aun el quietismo (en último límite y extremo, el suicidio lento) son impotentes para purgar al místico de lo terrenal y humano, que es base indispensable de la concepción y amor de lo divino. Esta condición compleja del misticismo le impone el carácter *real-ideal* propio de toda emoción, sin que se borre porque el alma se halle subyugada al deseo de lo infinito, porque otra vez la elevación del espíritu, el júbilo interior y el ardoroso anhelo *materializan* la idea en la imagen y sacrifican la imagen al símbolo.

Empleará esfuerzos titánicos el alma enamorada de su ideal y prendada de sus abstracciones en romper los lazos de la carne; pero se verá constantemente fustigada por acicate invencible si ha de producir la reacción del movimiento para dar existencia á sus ideales y abstracciones por medio de los elementos sensibles, educidos y sacados (¿de dónde había de educirlos?) del fondo constitutivo de su propia naturaleza, de sus propias entrañas; que por tal motivo instintivamente la sana razón denomina todo amor vehemente *amor entrañable*. Prueba de ello es la influencia del sexo en la manifestación del misticismo; porque el amor á lo infinito se traduce en el de sus formas y variando éstas, varía el primero. Para Santa Teresa de Jesús, la Sapho vehemente del cristianismo, el Redentor es el bien amado, el esposo de las mujeres místicas. Se precipita la mística doctora en un piélago de amor y *muere por no poder morir* ante un deseo carnal é insaciable que la fatiga y ani-

quila. La impasible serenidad, en los sufrimientos, del Redentor excita el alma enamorada de la Santa que pone en movimiento los sentimientos de que se halla penetrada merced á imágenes sensibles de tan hondo relieve, que á veces rayan en un sensualismo tentador. Busca San Juan de la Cruz la unión mística con la Iglesia y después con la Virgen. Tomando San Jerónimo la aparición de cortesanas romanas como tentaciones que le persiguen en el desierto y que le obligan á arrojarse desnudo en un zarzal para apaciguar el grito de la carne, se siente rodeado, á pesar suyo, de una atmósfera sensual que despierta enérgicamente el amor físico.

El hecho se repite con frecuencia inalterable, probando que el amor místico, si es un sentimiento vivo y una cuerda que vibra (y no una manifestación hipócrita), á la ley general del dinamismo de todas las energías ha de obedecer, *encarnando* en los elementos sensitivos que conmueven la naturaleza de aquél en quien tiene lugar la exaltación. Sólo de este modo es explicable la diferente dirección de los anhelos del místico según su distinta constitución sexual, hecho igualmente observado en los místicos modernos, como lo hace notar Goethe, hablando del misticismo de Lavater y madame Klettenberg (1).

No es la constitución sexual el único elemento determinante de las varias manifestaciones de la

---

(1) GÖETHE. *Mémoires*.

Mística. El medio, especie de complemento de la individualidad, la cultura, atmósfera nutritiva, dentro de la cual se sostiene el espíritu, el carácter, etc., explican, por ejemplo, que sean en general los místicos españoles vehementes y apasionados, los alemanes metafísicos, nebulosos y sibilíticos, y los ingleses ritualistas, influídos por el pietismo y con tendencias prácticas, que de no realizarse, degeneran en el pesimismo, cuyo primer anuncio es su habitual *spleen*.

Merced al dinamismo de las manifestaciones místicas, se pone de manifiesto el *nudo dramático*, el aspecto artístico que reviste la lucha entre los elementos sensitivos y los motores; porque el místico es á la vez continente (negándose al mundo y á la vida de relación) y sensual (procurando materializar sus abstracciones y encarnar en símbolo sus ideales). De tal lucha surge un *erotismo imaginativo*, del cual procede más tarde la reacción en especie de claro-oscuro á que recurre en su inspiración artística. Suple el místico la sensación por la imagen y huyendo del comercio carnal, cuyo fuego concentra y ahoga dentro del organismo, se representa las imágenes del amor físico no satisfecho en otras del mismo orden que le enajenan y producen placer. Semeja al niño que cándidamente pretendiera cojer su sombra y obligarla á no proyectarse. Presta el místico movimiento y vida artificiales á imágenes que suplen la sensación material. Para ello evoca en la representación sensaciones semejantes á aquellas

de que huye de momento. Así se encuentra en las jaculatorias y arranques poéticos de verdaderos ascetas expresiones tan carnales, que causan extrañeza y asombro (1).

No se libra, pues, ninguna manifestación del ideal humano, ni aun el de la suma perfección del místico, del nexo obligado, pero plástico de la sensación con el movimiento, que parece el punto inicial de toda existencia concreta ó sea los *reflejos*, de tal modo que el ideal pudiera ser definido un reflejo de representación ó representativo. Tiene, en efecto, la vida de todos los séres, incluso el hombre, como base común de todas sus manifestaciones, á cada momento más complejas, los llamados reflejos, actos por medio de los cuales el sér vivo (sea la que quiera su jerarquía), contesta ó devuelve en movimiento la impresión recibida del exterior ó que surge en el organismo como efecto de su propia excitación. Se refieren los elementos sensitivos á lo que el sér vivo recibe ó de su constitución (espontaneidad), elaborada en el medio adecuado ó de los excitantes extra-orgánicos, y todos estos elementos, más ó menos modificados en el reflejo representativo (ideal para el hombre), son devueltos al exterior en el movimiento. Importa, pues, examinar lo que implica el movimiento, ya que el carácter más general que hallamos en el ideal, es el de ser dinámico ó de movimiento (energía que vive moviéndose, pues

---

(1) VARONA. *Conferencias filosóficas*.

sin tal condición el ideal es un símbolo muerto, estatua de sal.)

Supuesta la base mecánica que requiere el estudio anatómico del órgano y el fisiológico de su funcionalismo, el movimiento indica la *participación* del sér vivo con el medio que le rodea en la existencia común. Para ello el movimiento responde á las excitaciones del organismo ó á las impresiones del medio exterior y obedece al instinto de propia conservación como el acicate del sér vivo.

Hay, pues, en la síntesis *fase activa* ó participación del sér vivo en el movimiento producido y *receptiva* ó impresión que provoca el movimiento mismo. El propio, llamado espontáneo, que procede de un centro de reacción de fuerzas y que se manifiesta según las condiciones indicadas es el signo expreso de la vida. Se distingue del exclusivamente mecánico por la participación del sér vivo (reacción) en el acto que la exterioriza ó traduce.

La alteración que determina en el organismo el excitante sensible interno ó el estímulo exterior (generalmente el dolor ó el acicate de una necesidad sentida y no satisfecha) provoca el movimiento. Por él, el sér vivo participa (pone en acción su organismo) de la existencia en común, completándose él mismo (prueba de ello que el movimiento es condición del desarrollo y crecimiento del sér) ó satisfaciendo sus necesidades dentro del medio. El sér vivo procura para ello

*adaptarse* al medio y con él restablecer el equilibrio de su propia sensibilidad. A primera vista parece el movimiento un *anestésico* que destruye la sensibilidad del sér vivo; pero en realidad tiene á regular que no á destruir la sensibilidad misma. Buen ejemplo ofrece el impulso á movernos cuando sentimos frío para establecer con la reacción el equilibrio entre la temperatura de nuestro organismo y la del medio, necesidad sentida de modo inverso ante el calor, que excita al reposo. También la sensibilidad interna, propia del organismo vivo, excita al movimiento por el movimiento mismo (desentumecer los miembros) ante la necesidad de gastar constantemente determinada cantidad de energía que, almacenada con exceso en nuestro interior, sería causa de perturbación (predisposiciones á graves enfermedades en las personas que abusan de la vida sedentaria.) Sin el movimiento se concentraría de modo desigual en punto determinado la energía sensible, se atrofiarían órganos y funciones con desórdenes que traerían aparejada la muerte. Para obviar tales inconvenientes, el instinto excita al animal prisionero á moverse dentro de su jaula, al niño á correr y saltar y al hombre á los ejercicios físicos y gimnásticos. La fuerza de tensión (con su impulso á convertirse en viva) acumulada en los músculos, nutridos y reintegrados de su anterior gasto de energía en un período más ó menos largo de reposo, hace sensible en ellos la necesidad del movimiento (entumecimiento de los miembros del

cuerpo, dormirse las piernas y las manos, sentirse mal, efecto de no hacer nada, hastío, aburrimiento, etc.), y en este caso el estímulo es interno, pero la tendencia inconsciente del movimiento es la misma, á saber, la de establecer el equilibrio de la sensibilidad del organismo con el medio.

El movimiento por el movimiento mismo ó el movimiento espontáneo (con fin interno, siquiera sea solicitado á veces por estímulo exterior) es el propio de los seres vivos y en su exaltación (rayana á veces en la locura, ceguedad del niño en el juego), se muestra la exuberancia de vida de los organismos jóvenes, sanos y robustos, mientras que la quietud y la inercia indican falta de energía y en ocasiones carencia de salud y de vida. Ninguna señal más precisa del bienestar de un niño, que la de su movilidad constante. Cuando, por el contrario, está quieto y tranquilo, toda madre previsora se alarma, suponiendo certeramente que su hijo no está bueno.

En la renovación que sufren las moléculas del ser vivo, efecto del movimiento, se siente, no sólo el bienestar físico, sino un intenso placer moral que se traduce en la risa loca con que el niño se entrega á sus juegos, en la complacencia con que el hombre ejecuta sus movimientos durante el paseo ó el ejercicio gimnástico y hasta en el alegre triscar y correr de los animales. Presintiendo, aunque de modo inconsciente, tales efectos del movimiento, se recurre por instinto á los violentos y vertiginosos para aminorar ciertos dolores,

siquiera sea de una manera momentánea. Ejemplo de ello son los que se mueven y agitan descompasadamente para desechar ideas que les atormentan ó amenguar dolores que les martirizan. Por la misma razón, la pasividad estóica ó la tranquilidad ante el dolor (*sustine et abstine*), recomendada por los estoicos, se considera como un esfuerzo subjetivo para dominar con la razón el instinto, que lleva al movimiento y á la agitación (huída instintiva ante el peligro, encogimiento de todo el cuerpo al sentarse) de que es un eco (contrariado el movimiento) el quejido y aun el llanto.

Y como al movimiento es inherente la tendencia instintiva ó consciente de la consecución de un fin, pues todo movimiento es necesariamente teleológico, desde la aprehensión material de un objeto hasta el más sublime é ideal, aumenta el placer que le acompaña con el que produce ver realizado el fin implícito en el movimiento mismo. Tan inherente, por fuerza del instinto y por condición reflexiva, es el fin al movimiento, cuanto que éste resulta penoso, intolerable, efectuándolo sin perseguir en él la realización de un fin. *Moverse para algo*, tal es la ley de toda naturaleza viva, que anuncia con fuerza incontrastable el instinto y que reconoce de modo incontrovertible la razón. Si ensayamos andar cien metros, avanzando tres pasos y en seguida desandando dos, como hacían ciertos peregrinos para mortificarse, necesitaremos gran dosis de paciencia si hemos de llegar al término del viaje, más que por cansan-

cio, por el hastío que sentimos al perder cuatro de cada cinco pasos dados. La roca de Sísifo y el tonel de las Danaides son símbolos del movimiento vacío (sin fin), que expresan el suplicio que resulta de contrariar nuestra propia naturaleza (1).

Ni es lícito identificar la tortura que implica el movimiento sin fin concreto con la posible *disociación* de fines, que enjendra el *contraste* y que es fuente de legítimo placer y origen de la belleza artística.

Parece, en efecto, ley propia de todo lo vivo, y por consecuencia de lo psíquico y propiamente mental, producir la múltiple serie de sus elementos componentes, según una coordinación sistemática.

Se observa, por ejemplo, que la diversidad de elementos constitutivos de un organismo vivo tiende á un fin ó resultado común. Cuando el proceso incesante de hechos, estados y fenómenos produce en nuestra existencia desórdenes parciales (especie de *disociación* de los elementos antes asociados), tales factores no flotan arbitraria é indefinidamente en el curso de la vida, sino que por su propia naturaleza tienden á asociarse con otros elementos, los más próximos ó los más homogéneos, para constituir nuevas coordinaciones, dentro de las cuales se traduzca, siempre lo más ade-

---

(1) La vida es el movimiento, pero vivir por vivir no vale la pena. La carga de la vida, sin un fin que alivie su peso, no vale lo que cuesta. Contra ella protesta el Pesimismo. *Vivir para algo* (con un fin) hé ahí el problema.

cuadramente posible, la finalidad de lo vivo y la racionalidad de lo mental.

Así se explica que en medio del desorden exista un cierto principio de orden, por la tendencia ingénita en todo elemento vivo, aun disociado de sus congéneres, á coordinarse con otros. Es una especie de hábito inconsciente, en virtud del cual, interrumpida la serie, rota la cadena, sus eslabones tienden por virtualidad en ellos implícita á coordinarse de nuevo con los que encuentran más próximos ó con los que hallan más preponderantes en aquel caso y momento. Semejante á la obra reparadora en lo orgánico mediante la cicatrización, la perturbación de lo vivo ó de lo mental se agita para reconstruirse en un nuevo aspecto.

Y en estas asociaciones rápidas, nuevas, en ocasiones imprevistas, surge el contraste como oposición relativa de los elementos preponderantes con los que de momento se coordinan. Implica el contraste un desorden instantáneo y una recomposición definitiva.

En lo literario y humorístico se observa, por ejemplo, casos prácticos con el contraste, con la ocurrencia y con el *calembour*. Cuanto más relieve adquiere el contraste, mayor gracia resulta de esta relativa oposición que, determinada dentro de límites racionales (los que vagamente señala la discreción), deja entrever con el placer estético que produce (y su consiguiente manifestación en la risa), la posible coordinación en siste-

mas más complejos de aquellos elementos en la apariencia opuestos.

Es pues, posible distinguir en el contraste y aun en la gracia lo que se llama forzado y violento, de lo natural y espontáneo, fenómeno que todos observan en la vida usual, diferenciando con gran prontitud al que se esfuerza por ser gracioso (sin conseguirlo en el mayor número de casos) del que lo es natural y espontáneamente. Igual procedimiento, indicado por especie de avisos de una conciencia sorda, pero en cierto modo infalible, se sigue al apreciar el contraste y la gracia que naturalmente se desprende de las cosas ú objetos de que se trata, y aquella otra pretendida y violenta dialéctica que las saca, como vulgarmente se dice, de quicio y al término del anhelado humorismo se da con una grosería, rayana en la indecencia.

Es preciso buscar lo natural, huyendo de lo alambicado y de lo violento, en las grandes síntesis y en las parciales. En los episodios se impone necesariamente lo natural, y cuanto más intentemos evitarlo, con más fuerza procurará tomar relieve por la ley misma del contraste.

Requiere, por tanto, la variedad, que sirve de acicate al contraste y que es condición obligada de toda obra bella, ser indagada y aun directamente contemplada (para expresarla más tarde de una manera plástica) en la realidad misma, en lo que existe y vive, y de ello y de su complexión educir después de modo reflexivo, si se quiere,

pero con esta base de sustentación, el símbolo en que expresamos la impresión personal que sentimos y que en los demás queremos provocar.

Aunque conocido desde un principio el procedimiento usado por Goethe en su preciosa novela *Las afinidades electivas*, siempre resulta bello y natural, real y vivo, el símbolo con que expresa el contraste entre dos almas que se apasionan una de otra, comparado con la afinidad según la cual se atraen por leyes químicas átomos de cualidades diferentes. Si se quiere ser ameno, gracioso, sin declinar en lo chabacano, hay necesidad de una condición precisa, la de la espontaneidad, observando la realidad que aparece, bien estudiada, como hermoso drama (con sus toques trágicos) uno y complejo en sí y en todos sus episodios.

De esta suerte el contraste y sus factores, puestos en pugna de momento, coinciden más tarde á una reintegración ó concierto, que sirve de expresión concreta á la finalidad, que les es inherente.

La finalidad sintetiza la complejidad creciente de los actos en que se produce la personalidad. De modo instintivo ó por procedimiento racional se interesa en él y por igual concurre al cumplimiento del fin, y á su término surge la satisfacción y contentamiento propios, y en ocasiones la posesión de sí y amor propio, con que el sér vivo procura llevar á cabo sus movimientos. Así aparece condicionada la emulación, que hace gala de un grado superior en cantidad y calidad de energía

al producir el movimiento (1). La rivalidad excita el lujo de energía, el exceso de actividad muscular inclina al juego, en el cual nos preocupamos del éxito de nuestro esfuerzo que, si no es de una utilidad inmediata y egoísta, se persigue, sin embargo, con una vehemencia grande por lo que en él se interesa el amor propio. En el juego (lo mismo en los del hombre que en los del niño) preside una especie de *interés desinteresado*, que ha servido para referir á él el origen del arte.

Todo movimiento implica un fin (ideal) que pretendemos conseguir y para ello condiciones que hacemos concurrir, dominándolas, al cumplimiento del fin mismo. El movimiento es en último

---

(1) La forma del amor propio, como juicio comparativo con los demás, sirve de base á la *emulación*, acicate de la perfección, que estimula al individuo á esforzarse por igualar á los demás ó excederlos en sus buenas cualidades. En principio y en cuanto excita á vencer cierta nativa pereza (*delectatio morosa*) es laudable; digno de censura será, si acaso, el uso de medios ilegítimos, la aplicación; pero el principio mismo no. Conviene por lo mismo establecer la prudente distinción entre el valor psicológico y la cualidad moral de los sentimientos. La emulación es el deseo de lo mejor, el anhelo de nuestra propia perfección, mientras la envidia es el desconocimiento ó menosprecio (á veces dolor y tristeza) de las buenas cualidades de los demás. Si la primera es un sentimiento sincero que fecunda el alma, utilizando los grandes ejemplos, la segunda es una pasión estéril que nos rebaja y esclaviza. La emulación ó amor á la gloria hace surgir en el corazón del hombre los sentimientos de solidaridad, que se expresan en esfuerzos mancomunados en pro de la propia perfección y á la vez del bien general. Se debe, pues, combatir lo negativo de la envidia y afirmar lo positivo de la emulación. *Destruam et ædificabo.*

término el trabajo, puesto á servicio de una idea (consciente ó preconsciente) concebida como fin é ideal, y regulado según ley de descanso. Con el movimiento el sér vivo se emancipa de determinadas fatalidades, merced á la virtud sintética de la idea ó fin, que se persigue para ser realizado. Es el organismo que lucha y vence, es el hombre que se emancipa, es la fuerza (idea) que subyuga la materia (condición para realizar la primera), es, en una palabra, la victoria que el individuo consigue dentro del escenario del mundo. El movimiento es la vida misma que se hace libre, mientras la inmovilidad produce la rutina é implanta la servidumbre. Pero el valor intrínseco del movimiento dimana del fin, que en él se persigue.

Adquirir conciencia de fines cada vez más elevados (ideas) y consagrar esfuerzos cada vez mayores al cumplimiento de tales fines es, en último término, el contenido sustancial de la perfectibilidad del individuo y del progreso de la especie. Así se dice que el hombre trabaja para evitarse el trabajo ó que *trabaja por no trabajar*; pero la ley misma del movimiento y de la vida convierte tal tendencia en una emancipación gradual de los trabajos mecánicos (encomendados casi siempre á la maquinaria) para consagrar la flor de las energías humanas á una labor más racional y más elevada.

Contra todo quietismo, repulsivo á la condición humana, decía ya Séneca *Otium sine litteris mors est et homini vivi sepultura*, y después se ha di-

cho que "la lectura es ocio con dignidad., *Lege et labora*, tal es la ley humana que, como dice Guyau (1), aumenta el amor al dios ideal, concebido como un tipo práctico de acción. El amor al ideal, esencia imperecedera del sentimiento religioso, se ha de traducir necesariamente, por virtud y eficacia del dinamismo, en amor al trabajo, Porque el pensamiento es, en último término, como ya lo pensaba Aristóteles, el acto puro; pensar es obrar.

Así observa Fouillée (2) que toda idea tiende á realizarse, que la idea posee en sí misma una fuerza impulsiva y determinable (un fondo apetitivo ó de apetición que diría la Escolástica) y concibe las *Ideas-fuerzas* (primordialidad de la voluntad respecto al Intellecto dice Schopenhauer) no sólo como principio explicativo del dualismo, que opone valladar constante al progreso de la ciencia y la filosofía (trascendencia universal y metafísica) sino como expresión del carácter dinámico del ideal humano.

En efecto, según piensa Fouillée, toda percepción dice relación más ó menos directa á una imitación, creando ó reproduciendo en nosotros un estado correspondiente al que percibimos en otro (recurso que todo artista hábil pone en práctica, vivificando sus propias representaciones). Toda percepción es una sugestión que comienza

---

(1) V. *L'Irreligion de l'Avenir*.

(2) V. *L'Evolutionisme des Idées-forces*,

y acaba (sobre todo si no se halla neutralizada por otras) en una acción. Tanto más fuerte es el elemento sugestivo, inherente á la percepción, cuanto más próximo es lo percibido al acto. Se convierte en irresistible el elemento sugestivo, cuando, en vez de producirse la percepción en estados complejos (polideismo que diría Ribot) que la limitan, ocupa en un momento dado toda la conciencia. Si el cerebro alberga una sola idea, dice Spencer, todo el cerebro se llena de aquella idea (monoideismo) y se ofrece el caso de la *obsesión*, no sólo en el sentido perturbador de idea fija ó manía, sino en el de impulso absorbente de todas las energías en pro de la acción.

Tiene la conjetura de las *Ideas-fuerzas* concebida por el célebre filósofo contemporáneo, bases estimables en la observación y además precedentes bien precisos en la filosofía francesa y aun entronque más ó menos lejano con alguna de las ideas fundamentales de Leibniz. Maine de Biran descubre en el fondo de la conciencia una continuidad causal, negada por el sensualismo de su tiempo, en cuanto observa que sentimos producirse el efecto al mismo tiempo que sentimos la causa ó el esfuerzo que lo produce ó que nuestras voliciones se unen con nuestros movimientos. Convirtió Maine de Biran el *sentimiento del esfuerzo* en base de su concepción psicológica, refiriendo á él un estado de conciencia de naturaleza específica, que acompaña á todas nuestras determinaciones y constituye el hecho primitivo de la

vida interior. Así llegó á reconocer en el esfuerzo el lazo que une la causa con el efecto (la causa en acción ó movimiento) y en nuestros actos la conexión (algo más que la sucesión). De ahí su conclusión que el fondo de nuestro sér ó de nuestro yo es un esfuerzo, una fuerza consciente por sí misma, *vis suâ conscia, vis suâ potens* de Leibniz.

El dinamismo interno, hallado en la observación psicológica, más tarde verificado en las nuevas teorías de las ciencias naturales para la fenomenología externa, declarando que todo lo concreto y real se halla constantemente en función de movimiento, á pesar de su aparente estabilidad (en los objetos antes tenidos por inertes), pudo servir al tradicional espiritualismo francés para contribuir á la corriente central del pensamiento, determinando *principio unitario* en todas sus concepciones. Pero el desvío de toda experiencia externa, el aislamiento en la observación interior y en la descripción de los fenómenos mentales como productos ya hechos, sin atender á su manera de funcionar y el subjetivismo por grados siempre progresivos cada vez más acentuados, han constituido la serie de causas, en virtud de las cuales la llamada *Psicología introspectiva* se ha divorciado del movimiento científico.

Fouilléz restaura la concepción de Maine de Biran con un sentido más ámplio y comprensivo y con pretensiones de orden universal y metafísico. Tal es al menos su intención declarada, cuando se propone conciliar las dos corrientes opues-

tas del pensamiento especulativo y de la observación científica en el principio unitario de sus Ideas-fuerzas.

Han recorrido el ciclo entero de su vida (la que les prestaba la realidad observada, á que pretendían servir de explicación) las numerosas hipótesis especulativas, que llenan el cuadro de la Historia de la Filosofía. No constituyen excepción de tal ley los números de Pitágoras, los tipos ideales y el Demiurgo de Platón, el hombre en sí y el acto puro de Aristóteles, el clinamen de Epicuro, las hipostasis y processus divinos de Plotino, las triadas de Proclo, las formas substanciales de la Edad Media, la vix medicatriz natural y el optimismo de Leibniz, el alma arquitecto del cuerpo de Stahl, el pesimismo de Schopenhauer y Hartmann, el devenir hegeliano, el punctum saliens de Lotze y tantas otras concepciones abstractas de la realidad cada vez más ámpliamente conocida en su inagotable complejidad (1). La historia imparcial y positiva del pensamiento filosófico tamizará y acrisolará con su crítica la parte de verdad que han dejado como sedimento laborable en la obra gigantesca que persigue el hombre al adquirir conciencia de si mismo y de la

---

(1) « El progreso continuo de la ciencia produce un doble efecto: uno negativo y otro positivo; el primero de *eliminación* de los sistemas anticientíficos, y el segundo de *sugestión* de las doctrinas, que son la prolongación lógica de la experiencia (raíz viva de la especulación).—V. FOUILLÉE, *L'Avenir de la Métaphisique*.

realidad que le rodea; que á este fin aspiran de consuno la ciencia y la filosofía, pues, como dice Lange, el mundo es una *Iliada* que la ciencia deletrea frase por frase y que la filosofía interpreta cada vez más exactamente.

Reproducir las teorías, que han cumplido ya su historia, como estados definitivos del pensamiento, equivale á galvanizar las especies fósiles de la Metafísica, prestándoles vida artificiosa con nominalismos mentales abstractos de la realidad de los objetos. Pero si no es lícito reproducirlas (salvo el interés histórico que conservan), sí lo es concebirlas nuevas, pues como dice Maudsley (1) "los „que maldicen de las teorías y de las hipótesis „obran como el eunuco, que maldice de la lujuria; la impotencia es necesariamente casta."

Por ley histórica y por una lógica inmanente en la realidad y en el pensamiento, todas las teorías mencionadas han contribuído á simplificar el problema total, reduciéndole á los dos objetos que son cognoscibles y que constituyen la base de todo conocimiento: el *movimiento*, sus modos y sus leyes y la *conciencia*, sus modos y sus leyes.

Así queda en el fondo, siquiera su complejidad haya aumentado, reproducido el problema eterno de la ciencia y de la vida entre sus dos términos contrarios: el Materialismo y el Idealismo ó la ex-

---

(1) V. *Physiologie de l'Esprit*. «De igual modo que una »muerte continua es la condición de la vida, las teorías falsas »son la condición del progreso del saber. Lo falso muere en »proporción del crecimiento de lo verdadero »

perencia y la especulación. Dentro de ellos late la aspiración perdurable y anhelo no satisfecho del pensamiento humano para dar con la corriente central y unitaria, que ha de ser la base fundamental de la concepción de la realidad.

Para concebir su nueva hipótesis de las *Ideas-fuerzas* como ensayo explicativo del problema (aparte aplicaciones que intenta en todas sus obras), recurre Fouillée al conocido simil de Hartmann (que comparaba especulación y experiencia á dos mineros, trabajando en dirección opuesta dentro de galerías subterráneas y próximos á encontrarse) y lo reproduce al decir que los unos, procediendo de la conciencia y los otros de la naturaleza, marchan los primeros del interior al exterior, y los segundos del exterior al interior, como franceses é italianos para horadar el Mont-Cénis. Lo mismo los unos que los otros deberán encontrarse ó al menos acercarse indefinidamente.

Para tan anhelada conjunción, tengamos en cuenta que comprender es comenzar en sí mismo á realizar lo que se comprende. Concebir una cosa mejor que lo existente es un primer trabajo para realizarla. El acto es la prolongación de la idea. El pensamiento es casi una palabra; somos llevados irremisiblemente á expresar lo que pensamos. El niño y el viejo, menos capaces de resistir esta tendencia, piensan alto. El cerebro hace naturalmente mover los labios. No hay dos cosas, concepción del fin y esfuerzo para llegar á él. La concepción misma es un primer esfuerzo;

se piensa, se siente y sigue la acción. Demandan estas consideraciones una cierta identidad del pensamiento con el movimiento. El pensamiento es una fuerza, acto puro que diría Aristóteles. Tal es la hipótesis de las *Ideas-fuerzas* de Fouillée.

“Entendemos, dice (1) que no se ha mostrado  
„suficientemente que las grandes ideas, directo-  
„ras de nuestro pensamiento y de nuestra volun-  
„tad, son *fuerzas reales*, en virtud del mismo deseo  
„que implican y traducen, y de la tensión motriz,  
„que es el contrapeso fisiológico de este deseo. El  
„espiritualismo concibe las ideas correspondien-  
„do con cosas *hechas* y transcendentales. Para nos-  
„otros corresponden á cosas que *se hacen* y á un  
„*devenir* inmanente, cuya fórmula intelectual y  
„cuyo resorte sensible contienen á la vez las  
„ideas.”

Tienen lo mismo el esfuerzo de Maine de Biran que la hipótesis de las *Ideas-fuerzas* de Fouillée base psicológica en los nuevos estudios y en las últimas observaciones que la diligente investigación del día atesora ávidamente.

Tomada la idea en su sentido más amplio y general (comprendiendo desde la idea concreta hasta la más abstracta y genérica) consiste en la *representación mental* de todo aquello que nos afecta como resultado de la reacción producida por los excitantes de nuestra sensibilidad.

---

(1) A. FOUILLÉE. *Critique des Systèmes de Morale contemporaine.*

Si prueba hoy la Psicología fisiológica que los *reflejos* son la base de la vida psíquica, también demuestra que dentro de ésta la base de la vida mental se halla en el reflejo de representación, cada vez más complicado. El reflejo representativo (y todos lo son en mayor ó menor grado, siquiera muchos de ellos queden en la esfera de lo subconsciente) es el punto central donde converge la impresión exterior con la reacción consiguiente del sujeto. Del reflejo representativo surge toda idea.

Pero las ideas son centros de fuerzas, verdaderas energías que, antes y para reaccionar sobre lo externo mediante el mandato voluntario, realizan un complicadísimo trabajo en la vida mental. Así comienzan influyendo en la vida orgánica y traduciendo tales influencias por signos fácilmente apreciables. Un rayo de luz muy intensa nos obliga á cerrar los ojos, la vista de un peligro instintivamente nos lleva á huir, y cuanto más intensa es la impresión, tanto más variados son los movimientos. La idea ó representación de un manjar apetitoso provoca la secreción salival (la boca se nos hace agua) y la de una desgracia nos hace verter lágrimas. Tales fenómenos son denominados por la Psicología moderna con el nombre de *dinamogenia*, movimiento y vida de imágenes artificiales que suplen la excitación material. La dinamogenia es efecto, según Ch. Feré (1), de la inducción *psico-motriz*, en parte pre-

---

(1) CH. FERÉ *Sensation et Mouvement*.

sentida por los antiguos psicólogos, cuando afirmaban que la idea del movimiento es ya un comienzo de él.

La dentera, ante la idea de un manjar acre y áspero, el escalofrío producido por la vista de una hoja de acero muy afilada, la referencia de escenas en que se despierta el horror y otros tantos hechos semejantes, provocan movimientos y estados debidos á la representación ó idea. En los fenómenos de *fascinación* y de vértigo existe un movimiento comenzado que la parálisis de la voluntad impide suspender y este movimiento puede arrastrarnos al dolor ó á la muerte. Colocados á orillas de un precipicio la representación del movimiento de caída es intenso, intenso también el impulso á caer, y sólo se detiene merced á un esfuerzo de reacción. Así se dice que *atrae el abismo*. La idea de la generación es la generación que comienza. Aun sus efectos pueden suscitarse, por inducción, en virtud de representaciones que no son las del mismo acto (clavo histérico); basta representarse ciertas formas del sexo opuesto para despertar los impulsos genésicos. La *tentación* es la fuerza de una idea y el impulso motriz que la acompaña. Casos bien curiosos cita Hartmann de célebres músicos, que perciben dentro de sí mismos las armonías de sus creaciones al escribirlas. Por demás significativo es el anotado por Taine de la situación en que se reconocía Flaubert, al describir en su magistral novela madame Bovary el suicidio por envenena-

miento de la protagonista. "Mis personajes imaginarios, escribía Flaubert á Taine, me afectan y me persiguen, ó mejor, soy yo el que estoy en ellos. Cuando escribía el envenenamiento de Emma Bovary, sentía yo realmente el gusto del arsénico en la boca, estaba tan perfectamente envenenado yo mismo, que tuve dos indigestiones seguidas, indigestiones reales, volviendo todo cuanto había comido."

Stuart Mill hacía notar el contagio del bostezo y de la risa, fenómeno de influencia de las ideas en los movimientos, semejante al de la excitación de la risa ante un lance ridículo ó el de la mímica y gestos frente á un suceso horrible, que nos obliga á revelar en la faz y en todos los movimientos del cuerpo el espanto consiguiente.

Generalizando la observación de estos fenómenos, que se repiten en todas las relaciones complicadísimas de la vida, se concibe la base psicológica de la hipótesis de Fouillée. Se halla sintetizada en la afirmación de que "el ideal constantemente contemplado tiende á realizarse."

No nos interesa de momento las aplicaciones que en la esfera del espíritu colectivo indica Fouillée de las Ideas-fuerzas como elemento de la vida social; preferimos insistir en el análisis de los fenómenos indicados y en la naturaleza misma de la idea ó representación mental como centro converjente del estímulo sensible y de la reacción propia del que forma ó concibe la idea.

La *idea-motriz*, según acertadamente afirma

Ribot (1), es un desarrollo ó perfeccionamiento de los reflejos (base de toda la vida psíquica). Se funda para hacer tal afirmación en la verdad comprobada por la fisiología cerebral de que la base anatómica de todos nuestros estados mentales comprende á la vez *elementos motores* y *elementos sensitivos*. La observación propia justifica la anterior verdad experimental, reconociendo que todo estado de conciencia posee siempre una tendencia á expresarse (el disimulo ó la hipocresía es excepción que confirma la regla) y traducirse en un movimiento ó en un acto.

El término explicativo (término medio para la conciliación que diría Fouillée) se halla en el estado fisiológico que corresponde al consciente, ó sea en la relación entre los elementos nerviosos *sensitivos* y *motores*. Patente es por demás que la *idea-motriz*, que emerge y brota de la relación de los elementos sensitivos con los motores, depende en la fuerza que manda y en la intensidad con que la desarrolla del *relativo predominio* de los elementos motores sobre los sensibles, siquiera se hallen los unos solicitados por los otros en la complejidad de los fenómenos. Así los estados mentales de gran intensidad, las ideas fijas, las que nos afectan en sumo grado aspiran á traducirse inmediatamente en actos con una necesidad y rapidez semejantes á las de los reflejos. Engendran así una especie de voluntad elemental y pri-

---

(1) RIBOT. *Les Maladies de la Volonté*.

maria, que se instala en el seno de la personalidad. De este modo, se cumple el fenómeno de la sugestión, que consiste (1) en la transformación lenta (aun en el estado normal), mediante la cual un organismo pasivo tiende á ponerse al unísono con otro más activo; éste domina al primero y llega á regular sus movimientos exteriores, su voluntad y sus creencias. Es el efecto propio de toda influencia legítima, que puede convertirse en recurso fecundo para la educación (padres respetados, maestros que educan, superiores que dirigen, etcétera), que, como ya decía Flaubert, debe abrazar la vida entera ó ser continua, enseñándonos desde el hablar hasta el morir.

El elemento sugestivo adquiere fuerza grandísima en los estados relativamente simples ó menos complejos (monoideismo). Sirva de ejemplo la situación de un hombre apasionado. Los estados mentales que no traen aparejada la intensidad, inherente á la pasión, que se complican según una deliberación más ó menos detenida por la diversidad de los estímulos sensibles conservan con el acto ó el movimiento un lazo más débil; la acción nerviosa y la relación de los elementos sensibles con los motores es más complicada y menos fuerte. En términos lógicos, la idea es más extensa y menos intensa. De ella al acto media una complejidad creciente de factores.

Por último, la representación de la representa-

---

(1) V. GUYAU *Education et Hérité. Etude sociologique.*

ción, la idea abstracta, el lejano residuo de realidad fijado en el signo, símbolo ó esquema, muestra ya el *mínimum* del movimiento. Queda empobrecido el elemento motor, aminorado el sensitivo y casi anulado el sugestivo en la misma proporción que la representación se ha alejado del dato real. La tendencia motriz de la idea abstracta se reduce al signo interior, eco confuso en el recuerdo del dato real, en que se engendrara. A semejante condición se refiere la diferencia usualmente establecida entre los llamados hombres *teóricos* (los especulativos, que viven de abstracciones) y los *prácticos* (hombres de acción).

Fácil será con lo expuesto inferir que el ideal será tanto más eficaz, cuanto más se acerque al dato real y concreto, y que es preciso distinguir la *concepción* del ideal de su *realización* en la vida (para lo cual colabora el movimiento ó la fuerza (1)).

Si la idea es *síntesis de elementos sensibles y motores* (tomados de lo real y educidos en complejidad creciente del reflejo representativo) resultará que en la idea, lo mismo que en todo lo cognoscible, la realidad se ofrece, según decía Pascal, "como una esfera que tiene su centro en todas partes y su circunferencia en ninguna."

---

(1) En cuanto á la concepción cabe *progreso* en el ideal mismo, pues aun antes de su realización y para prepararla, el ideal es *dinámico*. La teoría nueva y más comprensiva (con más datos y mejor interpretadas) que la desechada, muestra que el ideal mismo es susceptible de progreso.

Contemplando la realidad desde este punto de vista, la tendencia motriz de las ideas, centro de nuestra consideración, la circunferencia excede y trasciende, en las manifestaciones más altas del ideal, á lo que Schopenhauer llama la esencia del mundo, á la voluntad; pero, *¿qué es la voluntad?*

## II

## La Voluntad.

La eficacia y virtud de la voluntad en la vida, por ser expresión de la entelequia activa, ha sido exaltada por algunos (1) que han pretendido condensar en ella toda realidad, mientras que otros (2) la han negado y desconocido (porque carece de objeto específico) y circuscripto su naturaleza á asociación de imágenes y emociones, subordinando de esta suerte la existencia del agente causal á un determinismo inflexible producido por los motivos.

A veces, y efecto de la ley incontrastable con que se impone la lógica del error, y de la frecuencia con que el absurdo de determinados extremos

---

(1) SCHOPENHAUER y los pesimistas. ZOLA, en *Au Bonheur des dames*, dice: «Obrar, crear, luchar contra los hechos, vencerlos ó ser vencido por ellos; en eso consiste toda la alegría y »dicha humanas.»

(2) SPENCER, *Principes de Psychologie* y PAULHAN, *Physiologie de l'Esprit*.

(que prescinden de la complexión de la realidad) coincide con el de los más opuestos, se observa que el *quietismo*, negando la voluntad, y el *dinamismo*, exaltándola en apariencia, concurren ambos á desconocer su propia índole, en cuanto el primero la asfixia en la vida contemplativa, y el segundo la engarza en una articulación fatal y nunca interrumpida dentro del determinismo de los motivos. Ambas teorías, con bases contradictorias, con desarrollos opuestos y con tendencias encontradas, coinciden en un término común, anulando la voluntad, siquiera las razones, que explican en cada una la aparición de semejante error, sean de todo en todo contrapuestas.

Moviendo el pensamiento y llevando la atención de uno á otro extremo, en medio de los cuales queda preterida la complejidad fenomenal por los formalismos lógicos de las teorías mencionadas, parece justificado intentar análisis de carácter psicológico para precisar, hasta donde alcance la perspicuidad del juicio, los antecedentes cronológicos y explicativos, las raíces y ramificaciones de la energía voluntaria, tan débil y encenque á veces, tan audaz y presumida otras.

El análisis psicológico evita al presente aquellas antiguas sinopsis descriptivas, hechas á patrón fijo; cuadrículas estadizas y muertas, dentro de las cuales encajaban determinados fenómenos en sus manifestaciones externas, siquiera en ellas quedasen olvidados muchos y muy esenciales antecedentes, no sólo cronológicos, sino á veces ex-

plicativos de lo puesto en cuestión. La nueva Psicología pretende (y sólo el propósito, aun sin el éxito, es laudable) observar y sorprender las primeras manifestaciones (aquellas que poseen cierta relativa simplicidad) de la energía interior é ir anotando nuevos términos, á medida que gradualmente se hace más complejo lo analizado. Los *análisis en vivo* (hasta donde lo tolera la naturaleza de lo observado) facilitan la percepción de los complejísimos elementos que laten en fenómenos, antes tenidos por simples é indescifrables. Contra las antiguas entidades escolásticas, recursos nominalistas que desvían la indagación del punto y raíz de toda dificultad, la nueva Psicología anhela estudiar el proceso y desarrollo de lo menos complejo á lo más complejo de la energía interior. Aun cuando se malograra su intento final y sólo obtuviera un registro ó enumeración de antecedentes necesarios á la producción de los fenómenos internos, fuera todavía estimable el propósito por la condición favorable que presta á concebir el producto en relación con la energía que lo determina.

Veamos dentro de las nuevas tendencias del análisis psicológico, si es posible discernir y caracterizar (nunca separar) lo propio de los actos volitivos en medio de la complexión de la vida. Adquirirá de este modo la voluntad ámplia base de sustentación en la condicionalidad que de todos lados la rodea, disponiéndonos á concebir su eficacia como fruto que requiere una ruda labor

en la educación y en el hábito, y se revelará además en lo que genuinamente la constituye como un impulso propio, que no es lícito abandonar, declinando en un fatalismo absurdo. Voluntad condicionada é impulso que surge de una energía, bien nutrida de factores y elementos circundantes, determinarán de modo preciso las cualidades en que debe descansar la formación racional del carácter: *audacia* en las iniciativas, *templada* por la prudencia que imponen el medio y las condiciones que nos rodean.

Se refiere hoy en general, casi con unanimidad completa, el comienzo del análisis psicológico al *acto reflejo*. Término final de reducción á que llega la observación de todo fenómeno psíquico (especie de *protoplasma moral* que indica el límite hasta ahora del análisis), el acto reflejo, arco psíquico ó ángulo inscripto en la circunferencia, simbolizada en la periferia del sér vivo, implica un excitante externo ú objetivo, una modificación subjetiva y por ende una acción objetivo-subjetiva, traducida en la *irritabilidad*, que es la propiedad más genérica de la substancia viva.

Precisar, tomando como base fisiológica de la voluntad el acto reflejo, que es lo que añade la volición á la irritabilidad motriz, es desde luego el núcleo de la cuestión, tanto más fija y exacta, cuanto que no puede ya, según pretendía la Psicología tradicional, tomarse la conciencia como cualidad característica de la voluntad. Aparte de que lo consciente se refiere al fin ó resultado y de

ningún modo al funcionalismo de la voluntad (tenemos conciencia de la efectividad de la volición, pero no del modo como se elabora), conviene advertir, como dice Paulhan (1) "que la conciencia falta algunas veces en los actos voluntarios y en ocasiones acompaña á actos involuntarios. Algunos actos involuntarios pueden ser conscientes, por ejemplo la respiración; otros, considerados voluntarios, se cumplen casi inconscientemente, por ejemplo, el hecho de buscar una palabra en un Diccionario, cuando se está muy preocupado. La conciencia no puede, pues, caracterizar los actos voluntarios."

No constituye la voluntad excepción á la ley general, antes bien, la confirma. Y esta ley general revela que todas las manifestaciones de la vida, desde las más sencillas y rudimentarias hasta las más complejas y sublimes, desde el movimiento de un pólipo hasta la reverberación mágica del pensamiento genial, todas tienen como pedúnculo y raíz, como base que ulteriormente se complica y diferencia los *reflejos* en los momentos capitales que constituyen la manifestación primaria de todo fenómeno vivo, á saber: estímulo ó excitación del exterior, recepción del estímulo en el centro correspondiente y reacción que contesta al primero.

En cada uno de sus tres momentos ó en los lados y vértice del ángulo que simboliza los refle-

---

(1) *Croyance et Volonté, Revue Philosophique*. T. XVIII.

jos, se halla la *base orgánica* de toda la vida psíquica, que luego se diferencia y complica en grados indefinidos. El estímulo ó excitación, que va por uno de los lados del ángulo, representa toda la vida sensible; la reacción y la elaboración que se produce en el vértice ó en los centros nerviosos es la raíz de toda la vida mental; y el movimiento, que desde los centros ó el vértice se transmite á los nervios eferentes, es la condición de la vida voluntaria.

Las distinciones indicadas de la vida sensible, intelectual y volitiva no son separaciones completas que se hayan de concebir al modo de dominios ó territorios deslindados; porque á ello se oponen la complexión íntima de los fenómenos, la trama de sus múltiples y varias condiciones y la continuidad de su proceso. Si se observa que no existe realmente *hiatus*, vacío ó punto de suspensión entre los fenómenos nutritivos y los propios de la vida de relación, mejor podrá comprobarse que entre las varias manifestaciones de los fenómenos de la vida de relación (homogeneos por pertenecer á un mismo orden) existe una continuidad que no se altera porque el análisis penetre en su complexión, señalando las distinciones exigidas para interpretarla y explicarla, distinciones otra vez hechas en el supuesto del *consensus orgánico* ó del principio sintético y unitario de la substancia viva, en la cual los fenómenos mismos se producen en un proceso continuo, sin saltos ni separaciones.

El mecanismo de los reflejos, señaladamente de los propios de la vida de nutrición y encaminados exclusivamente á la conservación del individuo, tiene como ley fundamental la correspondencia de la reacción del movimiento con el estímulo de la excitación. El organismo reacciona según el grado en que se le excita. Tales son los actos involuntarios. Pero en los reflejos más complicados, en los adquiridos y pertinentes á la vida de relación, ha lugar á distinguir *cantidad* y *cualidad* del estímulo, y, apreciando la última, cada individuo reacciona, frente á uno ú otro estímulo, de modo diferente. Complicándose y diferenciándose los reflejos, los seres vivos poseen, dentro de sí y formado en las relaciones en que se mueven, su carácter individual con un fondo de reacciones comunes; pero sobre ellas aparecen variantes que son debidas á deseos y recuerdos antiguos. En estas condiciones diversas de la vida (señaladamente las que suministran el medio y la educación) se acentúa lo específico y diferencial de los individuos, se *condiciona su propia espontaneidad* ó surge el acto voluntario (1), reflejo de la vida de relación ó reflejo más complejo que el propio de la vida de nutrición, mecánico ó involuntario.

El acto involuntario es exclusivamente debido á la excitación externa ú objetiva, y el sujeto es

---

(1) «El movimiento espontáneo es la única característica que permite al observador concluir *a posteriori* á la existencia de la voluntad.» WUNDT *Psychologie physiologique*. T. II.

aquél *en quien* se efectúa. La acción del medio con la excitación objetiva es completa y se traduce mecánica é involuntariamente en aquél *en quien* se cumple. Dados ciertos antecedentes, se mueve el mecanismo del sujeto en determinada dirección.

Al acto voluntario, aun provocado y solicitado exteriormente, precede en el sujeto una *representación* y un *deseo* ó tendencia á ejecutarlo. Aquél, *en quien* se cumple el acto voluntario, es también coagente y coautor, impulsa y mueve su propio mecanismo merced á los factores de la representación y del deseo. No es ya solo el sujeto el *en quien*, sino el que cumple el acto, siquiera para ello se sirva de la condicionalidad que de todos lados le rodea. Es obvio por demás que la espontaneidad tiene siempre su base en la constitución orgánica del individuo (no se debe pedir peras al olmo), pero merced á la espontaneidad (sin que implique nada en contrario que se la considere como fuerza almacenada) no es la constitución orgánica de nuestros centros nerviosos simplemente estacionaria ó molecular, sino *dinámica*. Existe, en efecto, como soporte de nuestra espontaneidad un *dinamismo fisiológico*, que es consecuencia de las señales ó residuos que dejan excitaciones anteriores. Modifican estas en parte nuestra existencia psicológica y aun ponen de relieve la importancia, para la formación del carácter, de las impresiones recibidas en los comienzos de la vida.

Ampliamente discutido por Wundt (1) el modo, según el cual el dinamismo fisiológico y vivo de los centros nerviosos impulsa al mecanismo que le sirve de base, no queda sin embargo, precisado por el célebre filósofo y fisiólogo el nexo entre ambos. Fija la voluntad, por ejemplo, un punto doloroso ó determina cualquier otro movimiento, *utilizando un mecanismo*, al cual sólo necesita dar *el primer impulso* para que ejecute con precisión sus órdenes, teniendo en cuenta todas las circunstancias que se presentan. Así se traduce la voluntad por una irritabilidad interna que, después de haber dado el primer impulso al movimiento, abandona su proceso ulterior á la regularidad espontánea del mecanismo fisiológico (proceso y función que queda inconsciente para el sujeto, el cual sólo adquiere conciencia del resultado). Apunta Wundt, aunque no insiste en ello, como hipótesis explicativa, la teoría de las *adaptaciones preformadas* del mecanismo fisiológico, y aun pudiera añadirse, con todo el respeto que merece la opinión de un pensador de tal importancia, la compleción de que surge el acto voluntario, teniendo siempre por base actos reflejos é instintivos y la *finalidad* inmanente en todo ser vivo.

Volviendo á la consideración primordial, ante la cual aparece el acto voluntario como un reflejo de mayor compleción y de los pertinentes á la

---

(1) *Psychologie physiologie*. T. II pág. 460 y siguientes.

vida de relación, hemos de hacer notar que lo complejo de lo voluntario surge en el vértice del ángulo, que simboliza los reflejos, donde se determina lo que gráficamente llaman los franceses *point d'arrêt* con la presencia de los dos elementos, que en términos abstractos llamamos representación del acto y tendencia ó deseo de ejecutarlo.

Cuando la representación y el deseo, aunque ligados á la actividad del sistema nervioso, adquieren subsistencia y discreción bastante para persistir al lado de todos los materiales del acto voluntario, se convierten en conscientes. La conciencia, aún con todas las explicaciones hipotéticas de orden fisiológico, es el factor por excelencia del acto volitivo. Sin poder hasta el presente determinar el análisis experimental todas las condiciones de producción de los fenómenos conscientes, resulta indudable que la conciencia es por sí misma un *nuevo factor* (1). El estado fisiológico, que *deviene* consciente adquiere un carácter particular, toma una *posición en el tiempo*, es susceptible de ser recordado y, mediante la iniciativa del agente, de ser puesto en acción en determinado momento, sirviendo de punto de partida á otros. Tal es la función propia de la representación y del deseo, función que se acentúa á medida que ambos se fijan más precisamente en la conciencia (2).

---

(1) V. RIBOT. *Les Maladies de la personnalité. Introduction.*

(2) V. más adelante III. *La persona.*

Dando por supuestos los elementos subconscientes, que sirven de base á la conciencia (como la actividad involuntaria es el soporte de la voluntaria), lícito es afirmar que cada elemento fijado en la conciencia (representación y deseo) equivale á un paso hacia adelante, á una nueva posición adquirida y condensada en la compleción del fenómeno, que facilita una adaptación de orden superior del agente voluntario en relación primero con el medio general dentro del cual opera y después en relación con todas las condiciones con que ha de contar para la parte ejecutiva de sus fenómenos.

Siguiendo este análisis se concibe que se diversifican y propagan (indefinidamente á veces como expresión de una complejidad siempre creciente) la representación y el deseo, efecto de los diversos excitantes objetivos, y aun de los múltiples estímulos subjetivos, que rodean constantemente al sér vivo y aun dentro de la inestabilidad de su medio interior y exterior se contrapesan.

En tal momento (continuo de modo indivisible con la compleción del fenómeno, pero distinto y discreto para el análisis explicativo) señalaba la psicología tradicional, en observación exterior, de la cual excede lo real y vivo, la deliberación. Deliberando, queda condicionado el centro motor (el que determina el tránsito de la excitación aferente al impulso eferente) para ser regulador de la diversidad de excitantes y estímulos, de donde, como raíces todas con savia, brota el acto vo-

luntario. ¿De qué suerte? Rehaciendo sobre todos ellos.

El agente voluntario *rehace* (1) ó reacciona, participa ó colabora al acto, en cuanto se determina, *eligiendo*. La elección es precisamente lo característico y diferencial de lo voluntario frente á lo mecánico y automático. Ya veremos más adelante lo que implica la elección, consignando en este punto que el acto voluntario es un acto *interno y motivado*, (2) que suprime toda indeterminación y arbitrariedad, pero deja intacta, en el impulso propio, la colaboración (siempre condicionada) del agente, *libre* cuando los factores de la representación y del deseo alcanzan el grado de discreción y sustantividad que sirven de característica á lo consciente.

Pero los excitantes objetivos y los estímulos subjetivos dejan residuos y huellas en el mecanismo fisiológico y en el funcionalismo vivo; tienden por ley de la misma sustancia viva á la *repetición*, disminuyen el esfuerzo, cesa la intervención del agente que rehace sobre ellos y surge entonces como ley fundamental de la voluntad el *hábito*. Con él, actos en su origen voluntarios pierden el aspecto y carácter volitivos y aparecen al modo de los mecánicos y reflejos primitivos; obser-

---

(1) «La voluntad es la reacción del yo.» RIBOT. *Maladies de la volonté*.

(2) Schopenhauer llama á la voluntad *la causalidad según motivos*. V. *De la Quadruple Racine du Principe de la Raison Suffisante*.

vación que, mal interpretada por Delbœuf y Wundt (1), ha conducido al primero á concebir paradójicamente que el progreso procede de la conciencia y termina en el mecanismo, y al segundo á afirmar que los reflejos son acciones voluntarias convertidas en mecánicas y suscitadas por los efectos que los movimientos voluntarios han producido en la organización permanente del sistema nervioso. Ya expresa el primero en un nuevo libro (2) que semejante apariencia procede de la voluntad habituada, que “es como los buenos maestros, que trabajan para hacerse innecesarios y cuya única ambición consiste en volverse á encontrar íntegros en sus discípulos.”

Así es, en efecto: formado el hábito, la voluntad cede, porque es supérflua la intervención de su iniciativa, pues no hay necesidad del esfuerzo antes gastado (al crear el hábito) para ejecutar los actos. Aparecen los habituales como independientes de la voluntad y ejecutados con un automatismo casi idéntico al de los fenómenos mecánicos, con cuya apariencia han argumentado los que pretenden explicar toda la vida por el mecanismo. El automatismo aparente de los actos habituales, llamado por Hartley y Descartes *secundario* para distinguirlo del primitivo de los animales, se observa, por ejemplo, en el acto de an-

---

(1) DELBCEUF. *La Psychologie comme science naturelle*, y WUNDT *Psychologie physiologique*.

(2) DELBCEUF. *La matière brute et la matière vivante*.

dar, que hemos aprendido guiados por las impresiones de los sentidos y por repetidos ensayos experimentales. Así sucede que, á veces, por la facilidad que imprime el poder acumulador del hábito, continuamos andando sin que tengamos la menor conciencia de los movimientos que ejecutamos, y sin advertir que andamos mucho (distruidos y hablando) hasta que la fatiga nos lo advierte. De igual manera se explica, como lo afirman testigos dignos de fe, que soldados fatigados por largas marchas, continúan avanzando profundamente dormidos, y que los criados, encargados de mover grandes abanicos, siguen, aun durmiendo, tirando y aflojando la cuerda que produce el movimiento. Estos actos son en su origen y siguen siendo debidos á la voluntad, la cual persiste implícita en su ejecución, siquiera no se manifieste, mientras no se presenten nuevas dificultades, distintas de las ya vencidas, y que se han traducido en facilidad y seguridad para la fuerza conservadora del hábito.

Tanto más eficaz es la iniciativa voluntaria cuanto más ámplia es la esfera de la experiencia, donde el agente recoge cada vez mayor número de excitantes y de estímulos. De recogerlos incoherentemente proceden los caracteres indecisos é irresolutos, de que ofrecen ejemplo los ancianos. Pero coordinados los estímulos con amplitud de motivos, el agente revela en sus actos mayor suma de libertad. El hombre se *hace* libre (conquista diariamente la libertad según la hermosa

frase de Goethe), comienza por obedecer á los reflejos primitivos y á los acicates del instinto y concluye por *elegir*. ¿En qué consiste la elección, puesto que elige determinándose?

Aparte la complejidad que requiere el funcionalismo de la voluntad hasta traducirse en actos, como lo voluntario tiene su origen en las acciones biológicas que se cumplen en la profundidad de nuestros tejidos, se puede afirmar con Ribot que la voluntad es todo nuestro sér, nosotros mismos ó una síntesis, según decía la antigua psicología. La voluntad es una reacción individual, constituye lo más íntimo de nosotros mismos y á la vez lo más sintético. La reacción individual, propia del acto voluntario, se ofrece en un tránsito insensible del reflejo á la volición. Es una reacción más compleja que la del reflejo y varía según el individuo ó según el organismo particular limitado en tiempo y espacio. El origen de la voluntad se halla en la propiedad que tiene la materia viva de rehacer sobre los excitantes, habituándose por grados á especificar la reacción, de donde resulta que la actividad involuntaria sirve de base y soporte á la voluntaria.

El conjunto de condiciones (cuanto más numerosas tanto más aptas para determinar la síntesis de lo volitivo, afirmando la persistencia y fuerza de la voluntad y con ella del carácter) de que surge la voluntad, aun considerado en su funcionalismo como resultante de procesos fisiológicos complicadísimos, es referido por la Psico-

logía tradicional á la motivación que el conocimiento y sentimiento ofrecen á la voluntad (que por sí y aisladamente sería un molde vacío, actividad para la actividad). Tales motivos como tendencias á obrar ó á la suspensión del acto (*volo* y *nolo* de los latinos), proceden de las circunstancias, del medio que nos rodea, de los consejos, de la educación, del estado específico de nuestra constitución orgánica, en suma, *de la relación del individuo con su medio*.

El complejo de tales condiciones (la solidaridad del individuo consigo, pues dentro de sí es una sociedad, y la solidaridad del mismo individuo con el medio) constituye los materiales del acto voluntario. Pero ¿cómo no declina la voluntad en automatismo? “En los seres superiores, dice „Ribot, (1) el legado hereditario, el azar del nacimiento, la adaptación continua á circunstancias variables en cada momento, no permiten á „la reacción individual fijarse y tomar una misma „forma en todos los individuos. La complejidad „de su medio es la salvaguardia contra el automatismo.„ Así se observa, en efecto, contra la crudeza de un determinismo inflexible, que el motivo preponderante (al cual se pretende supeditar la voluntad) no tiene eficacia por sí mismo (inconsecuencias del carácter, el enigma de la persona que contradice todo cálculo), sino en cuanto es *elegido*. Pero la elección es un juicio práctico, una

---

(1) *Les Maladies de la volonté*.

afirmación que se realiza ó que se traduce en un acto, expresando la naturaleza del individuo en un momento dado, momento que se halla constituido por tendencias, imágenes recordadas, impresiones actuales, ideas complejas, cálculos y previsiones; en suma, estados subconscientes, pre-conscientes y conscientes, núcleo de la persona ó del yo. El acto voluntario es el fruto de toda la compleción personal (al hombre por sus obras y al árbol por sus frutos) en una reacción sintética y especificada en cada momento, que expresa todo el sér del que quiere.

No es suficiente la elección como coordinación de elementos, sino que requiere la voluntad *la subordinación de todos ellos á un fin*. Así, al lado de los materiales del acto voluntario, halla el análisis el *punctum saliens* de todos sus resultados, el postulado de la energía viva, plástica y dinámica ó causa interior (reacción del reflejo primitivo) que acusa la presencia y coparticipación en el acto de la individualidad. Se traduce en la asimilación específica que grava el individuo en todos los materiales de lo volitivo, al darles movimiento ó ejecutar el acto. En ese momento, aparece propiamente el *carácter*.

Realizado el acto voluntario como resultante de una iniciativa que se mueve dentro de una múltiple variedad de estados (los recibidos en la relación del medio y los producidos espontáneamente en el individuo), sirve de nota y tono común (apreciado *grosso modo* en la distinción y vulgari-

dad) para la permanencia, siempre relativa en tal aspecto, de la personalidad. Forma la más alta de la actividad (que tiene el primer peldaño de la escala ascendente en la reacción del reflejo) revela la voluntad para rehacer sobre los materiales una *energía ideo-motriz*, en la cual interviene el sujeto. ¿Cómo?

Si se devuelve (al rehacer) en el movimiento lo mismo recibido en la excitación, se cae en el automatismo, no ha lugar á la intervención personal del agente, ni se concibe la actividad voluntaria. El fenomeno vivo no excede el límite del mecanismo automático, ni la intervención personal del agente se señala mientras mecánicamente se coordinan reflejos con reflejos, deseos instintivos, etc. El esbozo de la individualidad se halla supeditado al medio, á la acción absorbente é invasora del todo. Pero impone el individuo el sello propio de su colaboración, cuando á la coordinación de los múltiples elementos (motivos) que condicionan el ejercicio de la voluntad, une la *subordinación de todos ellos* á un punto único ó á su fin. Energía que se mueve hacia un fin, tal es el agente voluntario. El *fiat* ó impulso, la dirección (ó la suspensión) es lo propio del acto genuinamente voluntario. (1) Pero sería una abstracción errónea concebir el agente voluntario, decretando el *fiat* de modo incondicionado, de manera arbitraria y á

---

(1) En la suspensión del acto (*nolo* de los latinos) existe, algo más que negación, un impulso en dirección contraria.

capricho, cuando el material de los medios y condiciones le están dados y en vista de ellos determina el fin. Así, el camino para llegar al fin, los medios que nos llevan á su cumplimiento, todo ese complejo de condiciones cae dentro del determinismo funcional de la relación del individuo con su medio. En semejante distinción tiene su base concreta la abstracta de la antigua Psicología entre el *querer* y el *poder*. El querer se refiere á la energía ideo-motriz, que se encamina al fin anhelado, en la parte directiva, el elemento propio y personal. El poder dice relación á los medios que recibimos y de que disponemos, es la parte ejecutiva, el elemento determinado é impuesto. En el querer la audacia y la iniciativa son eficaces (como que pertenece al reino de los fines); en el poder la templanza y la prudencia son obligadas (como que toca al reino de los medios). En el primero radica la libertad, en el segundo el determinismo (1). Del concierto de ambos puede surgir y surgirá en su día (ya lo intentan pensadores tan estimables como Fouillée) el concepto real por lo complejo y positivo por lo exacto de la voluntad libre y de la moralidad y responsabilidad humanas. Según la profunda percepción de Schopenhauer, la libertad inside en el *esse* (así la con-

---

(1) Con este elemento, con el del poder, referido á los medios, hay que contar cuando se fija el alcance del deber. Así no se dice: el que quiere, debe ó está obligado, sino *el que puede, debe*, es decir, que el límite de nuestras obligaciones es el de nuestro poder. *Ad impossibile nemo tenetur.*

cebían, á pesar de sus abstracciones, los Estoicos con su célebre precepto *sequere naturam*), no en el *operari*, es decir, en la parte directiva, no en la ejecutiva de los fenómenos.

La parte de vida voluntaria, como la más compleja, es la menor y también la más difícil, que más llano es seguir caminos trillados por la rutina que emplear las energías é iniciativas propias en abrir huellas y derroteros nuevos por sitios inexplorados y más tranquilidad aparente y orden exterior (siquiera sea semejante á la paz de los sepulcros y al orden de Varsovia) se manifiesta en una servidumbre completa que en un estado libre. Pero aquella facilidad y estas tranquilidades ponen de relieve grados de la existencia incontestablemente inferiores á los más movidos, en que la complejidad creciente de la vida obliga á individuos y pueblos á trabajar hondo y recio para conquistar, primero interiormente y después en la condicionalidad exterior, la libertad.

La rutina y la monotonía implican la comodidad vulgar, el egoismo calculado, la filosofía de tejas abajo, en una palabra, la vida á lo Sancho. La conducta libre, con iniciativas propias, audaz por lo progresiva, requiere esfuerzos continuados y acentuación de la personalidad propia mediante el empleo de la flor de todas nuestras energías.

Las más grandes energías y los más fuertes caracteres (César, los Estoicos, Napoleón) se señalan por coordinaciones cada vez más complejas, subordinadas á un fin, la unidad de su propio

carácter, principio informador y ordenador de la complejidad de la existencia. Los grandes caracteres (según expresa la exigencia ideal, hombres hechos de una pieza, que no se doblan, que carecen de flexibilidad de espinazo) siguen siendo siempre los mismos (libertad en el *esse*), identificados con su fin en medio de las más complejas y varias circunstancias (mesura y prudencia ante el éxito, valor y audacia ante los reveses); son la encarnación ó personificación de una idea ó de un fin. Expresión de él en su forma positiva son las grandes personificaciones de tendencias universales ó de intereses colectivos, y en la negativa los Estoicos con sus célebres aforismos: *Sustine et abstine. Prius mori quam foedari.*

Según muestra el análisis, el estado complejísimo de la voluntad, que evoluciona desde la simple irritabilidad á la actividad ideo-motriz (ó actividad consciente), no abunda tanto en la vida como las formas menos complejas de la actividad misma.

El automatismo primitivo, el secundario del hábito, las pasiones y la imitación, degenerando en rutina, son los caracteres propios de la vida vulgar. Los actos propiamente voluntarios, donde se acentúa la personalidad, conquistándose á sí misma y luchando contra el enemigo interior, constituyen el más corto número en la existencia. Lo que los demás piensan y la manera como obran son guías bien cómodos para la vulgaridad (y el vulgo va también en coche). Pensar á patrón fijo

y ya hecho, seguir la conducta recibida como don gracioso de una tradición, que puede haber tenido su razón de ser, pero que no se justifica ante las nuevas necesidades, permite dejar dormidas energías, que requieren para su empleo y aprendizaje superiores esfuerzos. Por el contrario, el pensamiento propio, la conducta guiada por móviles que trascienden del egoísmo, la vida voluntaria y libre, es el fruto máspreciado, es la cúpula y remate de la racionalidad, porque es lo más personal; pero *¿qué es la persona?*

## III

**La Persona.**

La marcha usual del pensamiento mediante *definiciones*, en las cuales se cristaliza lo pensado, encerrándolo en fórmulas hechas y ya convenidas (que á su vez requieren nueva definición ó ser aceptadas dogmáticamente), es uno de los vicios más arraigados en la ciencia y en la filosofía y una de las tradiciones impuestas por el Escolasticismo, que encuentra favorable disposición en la nativa pereza de nuestro espíritu. Se revisite con tal procedimiento de formas lógicas la realidad pensada y mejor creída ó supuesta, y su complexión viva queda como incógnita insoluble en medio del simbolismo que la rodea. El abuso de los conceptos generales, aumentando su extensión con el pensamiento abstracto, es de todas las épocas, señaladamente de la Escolástica. Procede de la pereza de la inteligencia. Se hace entrar en conceptos demasiado extensos mucho más de lo

que realmente contienen. Se llega de este modo á la *nada* del dogmatismo ó al *sér es la nada* de Hegel. Todo, por olvidar, que en filosofía, el concepto debe ser *terminus ad quem* y no *a quo*. El *terminus a quo* se ha de hallar en la observación de lo real.

Así ha podido decir Schopenhauer, refiriéndose á la necesidad de una renovación completa del pensamiento científico y filosófico que "el efecto „que produce la lectura de Kant es semejante á „la operación de la catarata en un ciego; que „causa en nosotros un renacimiento intelectual, „pues nos emancipa del realismo cándido é ingenuo del niño y del salvaje,, y concluye afirmando que "desde Kant existe un nuevo modo „de filosofar.,, Consiste en adquirir idea de las cosas por la *sucesiva reconstrucción del conocimiento*, que no puede ni debe encerrarse en fórmulas dogmáticas, sino recojer cuidadosamente los datos que de suyo ofrece lo pensado (hasta llegar á su concepto) y organizarlos en formas siempre flexibles y abiertas á nuevas indagaciones.

Intentando tal procedimiento, hemos de procurar (siempre dentro de límites indefinidamente ampliables) *concebir en vivo* los elementos que constituyen la idea de la personalidad. Y como el pensamiento semeja al espacio iluminado que recibe la claridad esparcida y difundida en todas direcciones, á esa universal orientación hemos de referir la labor reflexiva, puesto que, fijando en un punto concreto (exclusivismo del criterio)

la luz que irradia de todas partes, concluiremos por quedarnos á obscuras, sin percibir todo aquello á que no atendemos. Así resulta, con un sentido profundo y verdadero, la sentencia del gran humorista, cuando dice: "el hombre es una medalla, que en un lado tiene grabada esta inscripción—menos que nada—y en el otro,—todo en todo.,"

La manifestación más rudimentaria de todo fenómeno en los seres vivos (y á ellos se refiere la personalidad) se halla en los *reflejos* como tipo del acto nervioso y base de toda actividad psíquica. Es principio incontrovertible (aunque como todo lo pensado y pensable susceptible de ampliación) de la Psicología fisiológica y aun de la Biología que todo movimiento vivo tiene como base orgánica de su manifestación un reflejo, diferenciado y complicado gradualmente dentro de límites en la apariencia tan incomensurables y en realidad concatenados por una solidaridad jamás interrumpida.

Aunque se hallan compenetradas dentro de la complexión de lo real, siempre discernibles para el análisis, nunca separadas *in ré*, la vida de nutrición y la de relación, resulta que los fenómenos de la primera (formación y deformación orgánicas), soporte de los más complejos de la vida de relación, se hallan determinados por una adhesión mecánica (semi-identificación) del organismo vivo á las sustancias nutritivas que se asimila ó que desasimila, é implican si acaso

(por su íntima compenetración con los de la vida de relación, pues interrumpida esta última se detiene el desarrollo de la otra como se observa en los fenómenos de la vida latente) un *estado uniforme* de conciencia, que equivale á la ausencia relativa de ella, al menos de la propiamente diferenciada (reflexiva) (1). Por el contrario, la vida de relación exige como ley propia de la irritabilidad, de la sensibilidad y de la inteligencia, nutridas por los estímulos propios del organismo (reacciones internas) ó por los que dimanen del medio exterior (excitación externa), el *cambio* de impresiones. Comienza el estudio de la vida de relación (sin negar la existencia de tal fenómeno en la vida de nutrición) por el reflejo. Es éste una excitación sensible (producida en la irritabilidad—que se mantiene y conserva merced á la nutrición—del sér vivo) devuelta en forma de movimiento ó más preciso aún, una síntesis de elementos sensibles y motores. Refiramos anticipadamente (á reserva de precisarlo en análisis posteriores) á la síntesis superior, que en lo humano se concibe, ó sea á la coordinación y unificación de tales elementos la idea de la personalidad.

La *cantidad* de los elementos (aparte su complicación creciente) que constituyen la síntesis indicada es bien precisa y fácil de concretar: un estímulo exterior que excita la irritabilidad del

---

(1) V. núm. II. *La Voluntad*.

sér vivo y una determinada organización (un ganglio en el sér inferior, la maravillosa organización del sistema nervioso en los seres superiores) que rehace sobre el estímulo y lo devuelve en forma de movimiento: ó en otros términos, el medio exterior que excita é impresiona, y el individuo vivo, que es excitado é impresionado. Acción del primero y reacción del segundo, hé ahí el escenario, dentro del cual se producen todos los fenómenos de la vida de relación y todas las manifestaciones propias de sus energías. El medio y el principio de individuación, hilos en la apariencia sueltos, para la atención superficial términos incoherentes, son en definitiva los factores de la personalidad. Ellos, combinados en la urdimbre delicada de la realidad concreta y viva, indican los profundos limbos, cuyo desarrollo anuncia la aurora del agente personal.

La personalidad (el análisis al menos no muestra otros factores á qué referir el término en cuestión) es la síntesis, punto de empalme ó cruce de la individualidad con el medio dentro del cual vive. Si el reflejo está constituido por la *transformación* de una excitación centripeta en una reacción centrífuga, al elemento individual y propio, que lleva á cabo tal transformación, habrá de referirse en su base y origen lo personal. En el individuo ó en el principio de individuación (claro está que no se niega con lo dicho la posible y aun efectiva existencia de personalidades colectivas como una individualidad mayor) se ha-

lla la base orgánica y el origen primordial de la persona. El individuo *deviene* persona (1).

Pero el principio de individuación (como lo enteramente concretado en límites, los cuales juntamente unen y separan lo concreto del medio en que se individualiza) en cada ser vivo procede de una diferente organización y de una diversa adaptación al medio, de donde surge como consecuencia inmediata la individualidad, es decir, la expresión propia del organismo y con ella la *cuali-*

(1) «El niño no tiene en un principio conciencia más que de  
 »la sensación del momento; siente el gusto sin saber su causa,  
 »no distingue *el yo* del *no-yo*; es una parte orgánica de la na-  
 »turaleza, pero no tiene conciencia de ser un individuo. Al  
 »moverse encuentra resistencias; la sensación de resistencia  
 »engendra en él la idea del objeto; cuando la ha sentido un  
 »número suficiente de veces, se organiza en su espíritu la de-  
 »ducción espontánea de un mundo exterior. Pero la idea co-  
 »rrelativa es la de un *yo*, formada merced á las impresiones  
 »internas y á los sentimientos agradables ó desagradables que  
 »les acompañan. Las sensaciones musculares, la fatiga, el  
 »hambre, la doble sensación al tocar una parte de nuestro  
 »cuerpo, tales son los elementos que contribuyen á la indivi-  
 »dualización gradual *del yo* en oposición al *no-yo*. Necesita  
 »mucho tiempo el niño para llegar á una idea claramente  
 »consciente de su *yo* y al empleo de la primera persona, ha-  
 »blando de sí mismo, aunque desde un principio manifieste,  
 »como los animales, un sentimiento por decirlo así instintivo  
 »de su personalidad. Va, pues, precedido en este como en  
 »otros casos el conocimiento definido de un instinto vago. To-  
 »cando una parte de mi cuerpo, tengo conciencia á la vez de  
 »dos sensaciones; palpo y me palpo, soy yo quien hago lo uno  
 »y lo otro. El organismo es la base de la personalidad, la con-  
 »ciencia se limita á atestiguarlo. Así es natural ver que la no-  
 »ción de la personalidad brota desde el comienzo en la con-  
 »ciencia y *deviene* cada vez más clara y definida con el des-  
 »arrollo de la conciencia misma.»

V. MAUDLEY. *Physiologie de l'Esprit*.

*dad* que le es inherente. Entre el reflejo que traduce en movimiento un salvaje ante una impresión cualquiera y el que esta misma impresión provoca en la risa sarcástica y volteriana de un hombre culto, media un abismo, que llena desde luego la cualidad con que se ha determinado la síntesis de ambos factores, idénticos en el uno y en el otro. Pero en el primero la cualidad es semínula, apenas si excede el acto la condición mecánica, devolviendo en el movimiento el mismo estímulo recibido como receptáculo semipasivo de impresiones. Por el contrario, en el segundo existe una elaboración interna de los mismos factores, que excede y supera el estímulo; con más individualidad y más personalidad, colabora á la vida de relación.

Los factores que determinan la personalidad son los mismos constantemente, y su resultado ó producto difiere, pues á veces (en los seres inferiores, en los niños y en el salvaje) la individualidad no excede el mecanismo de los reflejos, ni llega á la forma superior de la personalidad, y en ocasiones el individuo dirige y domina el mecanismo é imprime en sus actos el *sello de grandeza*, de que habla el poeta, refiriéndose al genio. Si los factores de la vida de relación quedan en unos casos en el mecanismo y en otros le exceden, tal diversidad de resultado se ha de explicar (si es posible explicación) por su diferente organización y combinación y por la cualidad que les es inherente.

Poco ó nada precisa el análisis, al diferenciarlos en *objetivos y subjetivos*, porque, aparte de que el sujeto tiene su base objetiva, ó es un desdoblamiento del objeto, la zona intermedia entre lo objetivo y lo subjetivo, de que hablan muchos pensadores y científicos, queda preterida y olvidada por el análisis cuando precisamente dentro de ella se elabora la personalidad. Aun puesta de relieve esta zona intermedia, subsiste la dificultad, porque la personalidad es un complejo al cual se aplica un análisis artificial. Con él se separa grupos de fenómenos, que no se hallan yuxtapuestos, sino coordinados y en relación no de simultaneidad, sino de dependencia recíproca y como dice Ribot (1): "la personalidad no es un „fenómeno, sino una evolución; un suceso momentáneo, sino una historia, un presente ó un „pasado, sino lo uno y lo otro.,,"

Además, indicados los elementos y factores de la personalidad, determinada y señalada expresamente su complexión, enumeradas las relaciones, dentro de las cuales se sostiene, aún hay que observar, por encima de todos los resultados del análisis, como carácter primario y fundamental de lo personal la síntesis y unificación de todo ese contenido, concretado en una realidad viva. La personalidad es y vive, el análisis describe y descompone, y la síntesis de la personalidad subsiste sin que el análisis agote su complexión,

---

(1) *Les Maladies de la personnalité.*

ni las reconstrucciones mentales, que al fin se intenten, logren nunca precisar el comienzo y origen de la personalidad. Como ya hemos dicho, la luz procede de todas partes y no se puede fijar aisladamente en ningún punto.

Deja de este modo el análisis hilos sueltos, términos múltiples, variedad de elementos, diversidad de factores; en suma, datos como materia obligada para la sucesiva reconstrucción del concepto de la personalidad. Fijar de manera estadiza los datos, encasillar en fórmulas la manera de ser y de vivir lo personal es pretensión tan inasequible cuanto que semeja la de encerrar en símbolos mentales (productos que una vez determinados aparecen muertos y estadizos) lo que es vida y movimiento. Como la personalidad vive y se mueve, existe en ella grados cuantitativos y cualitativos, es decir, la personalidad sigue la ley de la evolución. Evoluciona, en efecto, gradual y sucesivamente el agente personal, á medida que adquiere más dominio sobre sí y sobre las condiciones y circunstancias que le rodean como crece la planta en la proporción que ahonda sus raíces. Nadie ha sentido mejor y expresado más vivamente esta gradación cuantitativa y cualitativa de la personalidad que Goethe, consagrando los esfuerzos de su alma genial "á elevar „la pirámide de su existencia,, declarando "que „sólo es digno de la libertad y de la vida aquél „que sabe conquistarlas diariamente,, y enorgulleciéndose (él, que tanto incienso respiró) del

elogio semiépico, con que le honrara el gran Napoleón, cuando le decía: "Sois un hombre, todo un hombre, Mr. Goethe.,,"

Pero para determinar esta evolución, el individuo necesita el estímulo que procede del medio (el reflejo de que dimana todo fenómeno vivo), ó en otros términos, el individuo *deviene* persona dentro del medio, la persona es el individuo más el medio, y mejor la síntesis que de ambos se determina plásticamente en el primero. Así, experiencias ingeniosas han demostrado que la cantidad de movimiento producido depende de las sensaciones y de los sentimientos provocados por los estímulos del medio. Si son depresivos, la cantidad de fuerza disponible en el organismo disminuye, y con ella la potencia motriz. Si son excitantes se produce un aumento de fuerza, una *dinamogenia*, á que sirve de índice el poder creciente del movimiento.

En la forma, según la cual el individuo rehace sobre el medio, que es en último término el pedúnculo y raíz de toda la vida de relación (1), reside la personalidad. El individuo es persona, en cuanto condensa en su límite lo universal recibido del medio, se lo apropia y en cierto modo lo *personifica*, incrustando en ello la señal propia

---

(1) También lo es de la vida de nutrición, pues aun en los casos de *vida latente* no se convierte ésta en expresa y concreta, sino merced al estímulo del medio ó por virtud del acicate interno é instintivo del organismo, solicitando su comunicación con el medio. V. E. FERRIÈRE. *La vie et l'am* .

de su iniciativa. Y no basta uno sólo de los términos ó factores, sino que son precisos ambos, como que la personalidad surge de la relación, y ni lo universal que del medio procede como excitante (y de él lo educa ó saca la experiencia individual) borra ó suprime la individualidad, ni ésta absorbe ó anula lo universal, de donde resulta en la reacción misma lo propio y lo personal unido con lo universal. Así, por ejemplo, una enfermedad grave puede tener para un médico un interés científico y para la madre del paciente revestir otro carácter diferente, como la guerra no es lo mismo para un oficial ambicioso que para la prometida de un soldado. Infinitos son los casos que pudieran citarse semejantes á los indicados y que prueban de modo evidente la profunda verdad que encierran la afirmación de Fouillée, "sólo la conciencia humana es á la vez individual y universal," y la aparentemente paradójica, aunque en el fondo exacta, de Janet, "la personalidad consiste en la conciencia de lo impersonal," (1).

Pero, ¿cómo puede el individuo personificar lo

---

(1) Lo impersonal, lo neutro, de donde toma elementos y materiales la imaginación para sus símbolos y personificaciones; lo impersonal, por indefinido ó materia prima de toda personificación, es siempre inferior (en el sentido de la evolución y del desarrollo) á lo individualizado y personal. Lo impersonal es la substancia nutritiva, lo personal es la vida que de ello se nutre. Lo impersonal es lo imperfecto y lo informe, lo personal es lo bello y lo plástico. Así en el arte, cuanto más impersonal, tanto menos bello es un símbolo, aunque posea

universal que recibe del medio, cuando se ofrece todo lo exterior en una fenomenología, rápida en aparecer ante la impresión, más rápida en desaparecer aún, y siempre en una marcha vertiginosa?

Es necesario examinar, siquiera sea incidentalmente, el problema que sugiere el predominio exclusivo atribuído al conocimiento del fenómeno.

El fenomenismo ó la doctrina antisustancialista es la teoría (ideal como todas, idealismo al revés sin embargo) que sólo reconoce la existencia relativa de los fenómenos, resolviendo la conocida antinomia propuesta por Kant entre el fenómeno y el noumeno, en el sentido de que el último no existe y sólo es conocido el primero.

Negación (la del noumeno) y afirmación (la del

---

suma transcendencia. Los símbolos impersonales de Gœthe (el *Eterno femenino* expresión plástica de la belleza y las *Madres del Fausto*, signo, con sus antorchas, del poder de las ideas) son menos artísticos que los que concibiera el helenismo clásico (personificaciones de *Venus* y *Minerva*). Aun el arte perfecto de los clásicos sólo ha concebido y realizado símbolos cumplidos y acabados de todo lo que personalizó, dejando en vaguedades indefinidas, impropias de la naturaleza del arte, todos aquellos símbolos que no consiguió personalizar y que carecían de relieve plástico, condición fundamental de la belleza. Buen ejemplo de ello ofrece el *Coro* antiguo, elemento de toda tragedia clásica y especie de *Deus ex machina*, que sólo interesa, cuando lucha contra él lo personal, las pasiones y afectos del hombre. Otro tanto acontece con el *Ananké* griego y el *Fatum* latino, símbolos sin eficacia é interés, que acentúan únicamente gérmenes de belleza, cuando contra ellos lucha la libertad humana. En cambio *Prometeo* encadenado es un símbolo bellísimo, porque es una personificación.

fenómeno), ambas de carácter genérico y de alcance universal, no hacen excepción ninguna en las distintas esferas de conocimiento. Aun la conciencia de la propia personalidad (el sujeto consciente), como centro de fuerzas ó principio de individuación es para el criticismo fenoménico una serie indeterminada de apariencias, que no subsiste en sí. Olvida que, como dice Lotze (1): “la „existencia para sí es lo que distingue toda vida „espiritual de lo que únicamente es objeto para „otra cosa.,”

Está bien determinado en la historia del pensamiento el génesis de esta doctrina. Aparte las últimas manifestaciones del fenomenismo en las teorías derivadas de la crítica de Renouvier, Pilon y otros (2), Hume, con sus tendencias semi-excépticas, fue el primero que precisó esta doctrina de parentesco innegable con el Nominalismo de la antigua Escolástica.

No existe, dice Hume, ninguna idea de este pretendido yo (de la conciencia de la propia personalidad), porque toda idea supone una sensación anterior, y es absurdo que una sola sensación (la del yo) sea el soporte y sostén de todas las demás, ya que es inconcebible una sensación constante. A ello se opone, como verdad de hecho, la ley de la sensibilidad que es el cambio. *Sentire semper eadem et non sentire ad idum reci-*

---

(1) V. *Métaphisique*.

(2) V. TAINÉ. *L'Intelligence*, GOURD. *Le Phénomène* y DAURIAC. *Croyance et Réalité*.

*dunt* (1). Verdad para la conciencia *intelectualizada* que requiere diferencias y contrastes, sin los cuales no surge la percepción consciente.

En efecto, como dice Fouillée (2), para remediar la indiferencia sensitiva (especie de equilibrio estable entre las fuerzas de tensión y las vivas) es necesario distinciones intelectuales más ó menos acentuadas, un sonido que sigue al silencio, el azul sucediendo al verde, etc. Pero este es un desarrollo, en cierto modo final, de la conciencia, una síntesis, pues la diferencia no se percibe sin un cierto principio de unidad. Y aun los *data prima*, como aquello sobre lo cual causa su efecto la aparición del fenómeno, son y deben concebirse como anteriores al fenómeno mismo.

En su origen (*data prima*) el sér vivo goza ó sufre, y para advertirlo no necesita buscar contraste. Se halla en inmediata relación consigo mismo; tiene la conciencia espontánea, que no es sola y exclusivamente representación, sino que *deviene* (se hace ó convierte) tal de un representado y á representado vuelve, según ha demostrado cumplidamente la doctrina de Schopenhauer (3). Precede á la conciencia intelectualizada, á la que tiene como condición de la percepción consciente el cambio de sensaciones, la *implícita y sorda*, de que habla Leibniz.

---

(1) V. HUME. *De la Nature humaine.*

(2) *L'Évolutionisme des Idées-forces.*

(3) V. *Le Monde comme Volonté et comme représentation.*

Comenzando la escuela inglesa el estudio de la conciencia por su aspecto intelectual, ha comenzado por el fin. No quiere ver la complejidad sino en la serie, y prescinde de los términos que procura conexionar en la serie misma. El sentimiento de la diferencia y de la relación implica el sentimiento antecedente ó simultáneo de los términos (1), porque no es la diferencia la que los constituye, sino los términos los que sirven de base al sentimiento de la diferencia.

Se coge de este modo sólo la cáscara (la apariencia) y se arroja la nuez (la realidad). Un análisis detenido del fenómeno implica el reconocimiento de la existencia (al menos como postulado) de un *substratum* de todas las apariencias fenomenales. Contra el falso intelectualismo (á veces con tendencias naturalistas) que resuelve sin más las sensaciones en pensamientos, la sensibilidad general y continua, la *cenestesia* es la perpetua resonancia de la vida y del organismo. A esta base profunda y monótona (conciencia sorda) se superponen sonidos que forman armonías ó discordancias diversas, y con ellas comienza la inteligencia propiamente dicha. Obligado es por tanto, reconocer la existencia del *substratum* ó sustancia de los fenómenos que pasan en lo que queda y reside dentro de los términos mismos á

---

(1) A ellos y á su conexión se refiere el *lazo*, de que veremos habla St. Mill en el examen del hecho de la percepción fenomenal.

que se refiere la percepción de la diferencia. La sustancia *inmanente* en los fenómenos es, más que postulado, supuesto y base del modo de razonar los antisustancialistas. Cómo y por qué medios se forme ó pueda formar conciencia precisa de esta sustancia, será nueva reproducción del problema lógico y ontológico, que la ciencia y la filosofía vienen examinando de tiempo inmemorial. Pero á su examen y aun á las soluciones que haya de recibir se impone necesariamente la declaración de la existencia de estos *data prima* como condición previa hasta para formular el problema tanto por lo que ofrece la observación cuanto por las exigencias del razonamiento (1).

Toman, por lo mismo de soslayo, sin herir la dificultad principal, el problema los partidarios del fenomenismo, cuando repiten con Condillac “que el yo de cada hombre es la colección de sensaciones que experimenta y de las que recuerda „por medio de la memoria„, ó reducen con Taine el yo “á un polípero de imágenes„. A tal serie, colección ó sucesión de fenómenos, ha añadido después el Psicologismo inglés la teoría de la asociación, intentando explicar toda la vida mental por una composición acumulada de percepciones (2). Ya es autoridad respetable contra tales

---

(1) Aunque sutil es aplicable á este caso la distinción de Lotze entre la *facultas facendi* y la *facultas cognoscendi*.— V. *Métaphisique*, pág. 40.

(2) V. nuestra ob. *La Asociación como ley general de la Educación*.

pretensiones la de St. Mill (1) que declara que “en „el hecho de reconocer una sensación, existe un „lazo que refiere la conciencia presente á la pasada „y después añade “creo de una manera in- „dudable que *existe algo real* en este lazo, tan real „como las sensaciones mismas y que no puede ser „producto de las leyes del pensamiento.”

Además, en el fenómeno *mismo*, no fuera de él, en la concreción de sus propios límites (pues es siempre fenómeno de fenómenos), algo persiste como tal á través de sus apariencias, sin cuya condición no sería asequible percibirlo empíricamente. De lo que pasa, sin subsistir ni dejar huella, no cabe conocimiento. *Nulla fluxorum est scientia*. El *substratum* resultará incognoscible si así lo pretende el criticismo fenoménico, siquiera necesite probarse, pero incognoscible y todo, el pensamiento tiene que declarar y reconocer su existencia, pues como ya dijo Littré, no es lo mismo lo inaccesible que lo no existente. Ni de otro lado, del hecho de no conocerlo es lícito sin más concluir á que no sea conocido.

No parece, por tanto, justificado reducir toda la realidad al fenómeno que pasa ó cuando más á la conexión que entre ellos se establezca. Aunque se pretenda reconocer sólo una trama entre los fenómenos, el elemento idéntico, que subsiste de uno á otro para hacer posible su conexión, queda preterido en la teoría del fenomenismo. Doctrina que

---

(1) V. *Examen d'Hamilton*.

es sólo una vestidura lógica de la antigua de Heráclito, si ofrece la ventaja de suministrar argumentos valiosos contra el substancialismo dogmático y transcendente de los idealistas, en su parte afirmativa es deficiente y cae por su base, analizando el fenómeno y la interpretación que dá de la serie en que aparecen los fenómenos mismos.

Significa la palabra fenómeno (del griego *φαινόμενον*) cosa que se presenta, que aparece, hecho concreto que cae bajo el alcance del sentido interno ó de los externos. El fenómeno es la multiplicidad de apariencias de los objetos, lo que ofrecen éstos á la atención del pensamiento, el fenómeno de presencia.

Al pensar, procedemos siempre de la multiplicidad á la unidad y la función ordenadora del pensamiento se traduce en ver lo uno en medio de lo múltiple, en percibir unificando, la diversidad de los fenómenos. Como ya dijo Platón, reconocer lo que es idéntico en los fenómenos diversos y lo que es diferente en los semejantes, es la primera condición para filosofar. Pero en el hecho del pensamiento y en todas sus manifestaciones, el antecedente *cronológico* (1) es el fenómeno; se vé sensiblemente éste árbol, aquél, el otro, el de más allá, pero no el árbol *in abstracto* ó la selva. Para percibir *in generé* el árbol y la selva, pasa el pensa-

---

(1) El cual supone como antecedente *lógico* ó explicativo el pensamiento mismo y sus leyes y aun el *substratum*, dentro del cual se sostiene el que piensa y se ofrece como presente lo pensado (el fenómeno.)

miento en su función unificadora y ordenadora, de la multiplicidad á la unidad, de la representación intuitiva y concreta del fenómeno á la abstracta y general, á la representación de representación, segunda y derivada donde se ofrece lo concreto del fenómeno, aun dentro de sus propios límites, como un complejo, como fenómeno de fenómenos, puesto que lo abstracto y genérico, en cuanto se determina, es á su vez un fenómeno y la idea se muestra también como un fenómeno mental.

En efecto, lo abstracto, al menos después de la elaboración del espíritu y como producto de esa elaboración, es un fenómeno; es decir, la representación misma *deviene* representado (fenómeno de presencia). El que recoge esta presencia, el sujeto que la elabora, haciéndose conscio de ella, como testigo de lo que muestra ú ofrece el objeto, determina en límite efectivo la percepción concreta del fenómeno, lo mismo que la concepción genérica de la idea, educida de él.

Así se observa que se compenetrán en la síntesis ú obra *real-ideal* del conocimiento el elemento de interpretación (la idea que el sujeto educa) con el dato concreto (lo real) que ofrece el fenómeno de presencia. Proceso real y positivo, que se opone desde luego al tradicional y absurdo dualismo de los hechos y de las ideas y aun á la antinomia Kantiana del fenómeno y del noumeno. Con tal antinomia se encierra el pensamiento en el callejón sin salida de la oposición radical de lo real y de lo ideal, si no se concibe, en medio del fenómeno de

presencia y del sér consciente y como nexo entre ambos (pues es la atmósfera que á los dos nutre), la propia unidad, en cuyo supuesto se determinan.

Ni el fenomenismo crítico, contrario á la substancia, ni el dogmatismo de la substancia transcendente, que niega lo concreto del fenómeno, identificándolo, *more platónico*, con el no-ser, resuelven el problema lógico, menos el ontológico, pues olvidan el propio principio de unidad, que brota y emerge de la relativa (no radical) oposición entre el fenómeno de presencia y el sér consciente. Ambos son términos relativamente distintos y en función recíprocamente opuesta, pero los dos se sostienen como tales en el supuesto de un *substratum* común y homogéneo el uno al otro, sin el cual ni existieran, ni fuera posible nexo alguno entre ellos.

Se ofrece el fenómeno de presencia en su concreción efectiva (dato) determinado siempre en las formas propias de toda sensibilidad, espacio y tiempo, que no son sólo formas subjetivas como pensara Kant, ni ideas que enjendre una asociación, según entiende el psicologismo inglés, sino concreciones y datos implícitos en la realidad misma del fenómeno.

De esta suerte, la concreción de fuerza y energía, que es inherente al fenómeno, delimitada y circunscripta en su apariencia, dentro de las formas sensibles (lo espacioso y lo temporal), muestra un elemento constante (lo uno en medio de lo múltiple y no contra ello ó sin ello) como indicio

para concebir la substancia, que es inmanente en el fenómeno. A través de sus apariencias *sugiere el fenómeno la idea de la substancia*. Muchas veces rayos invisibles, cercanos al espectro iluminado, producen reacciones químicas en los cuerpos sensibles á la luz. El efecto visible denuncia la causa latente. Así en Astronomía, las perturbaciones vistas en un astro observable, Urano, han revelado la existencia de otro, hasta entonces desconocido, Neptuno, y permitido á la vez calcular su lugar en el cielo.

Partiendo del dato del fenómeno, y tomando como base lo *real* que en el fenómeno inside, la especulación es legítima, en cuanto concierta la experiencia interna con la externa, la Psicología con la Cosmología, al determinar la continuidad y el nexo de nuestro organismo con el medio, dentro del cual vive. Son, pues, frases que carecen de exactitud las de que la especulación es "la poesía del ideal," "el reino de las sombras," "el sueño celeste de la vida actual," "palacio de ideas construído en la región movable de las nubes," etc. La especulación, en el sentido según el cual la concebimos, parte de la realidad y en supuesto de ella camina, es la prolongación lógica de la experiencia. Si la vista es comparada por algunos con un tacto lejano, la especulación ó mirada intelectual es una vista á distancia. A través de las vibraciones luminosas el ojo llega á la visión del objeto; á través de las apariencias fenomenales, la vista espiritual alcanza la visión de

lo real, que ocultan aquellas apariencias. *Por el hilo se saca el ovillo*, dice la sana razón, por las perturbaciones de Urano se llega al conocimiento de Neptuno.

Mientras el perro ladra ante un espejo, dando por incontrovertible que su propia imagen es otro perro y el niño mira por detrás del espejo, ó en su inquieta curiosidad quiere romperlo, dudando ya de la realidad de la imagen, el hombre reflexivo se explica la reproducción de las imágenes por las condiciones especiales que reúne el espejo para reflejar los cuerpos luminosos. Así, la especulación halla (y cuando no, lo presiente) á través de la apariencia fenomenal comienzo de principio explicativo en lo que percibe (en lo inmanente.)

Sin la conexión de lo aparente con lo real en la complejidad del fenómeno no tiene solución posible el problema del valor de nuestros conocimientos. “La objeción de los Kantianos, dice „Fouillée, (1) descansa en una definición paradójica de la realidad, que colocan *a priori* fuera de todo pensamiento. Suponen dos mundos separados el uno del otro; fenómenos y cosas en sí, „apariencias sin realidad y realidades sin apariencias.”

Resultan, con semejante fórmula, los términos incomensurables, y la relación no puede establecerse, ni aun dando “en el vacío el gran salto

---

(1) V. *L'Avenir de la Métaphysique*.

de las abstracciones,,; porque no cabe nexo alguno de una apariencia empírica ó fenoménica con una cosa en sí (noumeno) que se comienza por declarar absolutamente fuera de toda experiencia posible.

Es preciso formular el problema en otros términos y concebir su relación de manera diferente. Se necesita distinguir la conciencia misma del universo. Sólo entonces se concibe la relación de la apariencia á la realidad como la de la parte al todo. Y entonces el mundo de las realidades (noumenos que no niegan, como los de Kant, toda relación con el pensamiento) designa las cosas tales como existen con toda la compleción de sus elementos, de sus atributos y de sus relaciones, sin exceptuar las específicas que tienen con nosotros mismos y con nuestros medios de conocer. Y el mundo de los fenómenos expresa las mismas cosas reales, pero limitadas á aquellos atributos que pueden percibir nuestros medios de conocer. Es la realidad parcial, mientras que el mundo de las cosas es la realidad total.

Merced al hecho de conciencia, que no es sólo representativo, sensaciones, pensamientos, voliciones etc., penetramos en la realidad misma, percibiendo y recogiendo los fenómenos; entramos en la "Tebas de cien puertas,, en el mundo de las cosas, del cual formamos parte nosotros mismos. Tal es ó debe ser al menos el saber *inmanente*, que se aplica á lo real, verdadero, aunque de modo incompleto, y que aspira como ideal

(*Plus ultra*, que es la ley de la inteligencia) á la síntesis universal de la experiencia.

A este fin, el sujeto consciente conexiona los fenómenos entre sí (pues todos son fenómenos de fenómenos) y en lo mismo fenomenal (comenzando por lo interno) halla lo constante y genérico, lo sustancial y permanente, en virtud del principio de *causalidad*, que interpreta el conocimiento sensible y hace de todo pensamiento una obra *real-ideal*. El que especula debe arrojar la sonda al Océano interior (claro está que en relación con el medio exterior) para percibir la raíz viva de nuestra propia constitución y de la del Universo en la síntesis de la Psicología con la Cosmología, base indispensable para renovar el sentido y alcance del conocimiento *metafísico*.

Prescindir del fenómeno equivale á rodear de tinieblas lo que queremos convertir en espacio iluminado; pero circunscribir el pensamiento á lo concreto y limitado, que el fenómeno mismo ofrece en su apariencia, es confundir el horizonte visible con el racional.

Volvamos, pues, con el sentido que implica esta advertencia y con la discreción que es su corolario, al estudio de la cualidad de los elementos constitutivos de la personalidad, elementos que adquieren su primera manifestación en los reflejos. Son estos elementos motores y sensibles y de la composición de ambos (según el grado de reacción de la individualidad, al transformar la excitación) resulta el *mundo de la representación*, la

imagen ó la idea (1). Tiene por tanto una *base orgánica* indudable la personalidad en el individuo, pues éste rehace, según la específica constitución del organismo, en la composición de los elementos sensitivos y motores, de que propiamente nace la representación ó idea. Pero á la vez, la personalidad, consensus de tales elementos, coordinación simplificada de todos ellos, determina su existencia según la representación ó idea, que surge del reflejo. Verdad es que la representación ni puede ni debe contener en sí más que los elementos indicados; pero *la combinación formal* de ellos, según lo específico de la individualidad orgánica y lo propio de la reacción consiguiente, es elemento importante de la personalidad. Así, digámoslo de una vez, la personalidad procede de abajo, es un fruto, cuyas raíces se hallan en el fondo constitutivo del organismo; no es el comienzo, sino el término de la evolución individual (2). Pero la personalidad es un resumen de la evolución que permite una evolución ulterior más rápida.

La imagen ó idea no es una fotografía, sino una renovación (en los senos profundos del organis-

---

(1) La idea es el punto central de la impresión exterior y la reacción consiguiente del objeto, ó como dice H. Jackson «Un compuesto de elementos sensibles y motrices.»

2) El fondo constitutivo de la idea no es sólo la representación. Valga como prueba de ello lo que ya queda indicado, al examinar la hipótesis de las *Ideas-fuerzas* de Fouillée. Siguiendo en el estudio de la combinación formal (del individuo con el medio) de que surge la personalidad, queda como un *supuesto* real el fondo de estos elementos.

mo) de los elementos sensitivos y motores, que constituyen la fase representativa ó perceptiva del reflejo, al punto que en el grado que su intensidad aumenta, se aproxima á su punto de partida y tiende á convertirse en alucinación. La combinación formal, como nuevo elemento (1) para que el individuo *devenga* ó llegue á ser persona, autoriza á afirmar que la personalidad es la forma más alta de la individualidad, soporte de la vida y de la conciencia, forma de la vida consciente. Con tal afirmación, por lo genérica y abstracta, se dice mucho y no se dice nada, pues, como hace notar A. Bertrand (2), “la luz de la conciencia ilumina sólo las cúspides y alturas y deja en la sombra „el fondo de los valles como el sol saliente.„ Requiere, pues, el análisis penetrar hasta donde lo consienta la complejión en cierto modo inefable de lo vivo, en las penumbras de que surge la luz de la conciencia, procurando determinar de qué modo esta forma (á que referimos la personalidad) adquiere relieve plástico para destacarse con luz viva y clara de lo orgánico y de lo fisiológico. Afirmar, sin ambajes ni rodeos, que la persona expresa la individualidad consciente, es comenzar por el fin, es recoger el fruto, sin examinar el árbol, ni la sávia que lo vivifica; es, por último, atenerse al resultado, olvidando el proceso, y en

---

(1) Nuevo en la combinación especificada, porque el material subsiste el mismo, á saber, el individuo y el medio, la excitación y la reacción.

(2) *L'Aperception du corps humain.*

el proceso y en el funcionalismo que mueve y determina es donde propiamente inside lo real y lo vivo.

Al notar que en el punto de cruce (centro nervioso) de la excitación con la reacción del reflejo, se *transforma* la primera en la segunda, surgiendo con tal transformación la representación ó idea, es preciso reconocer en el reflejo mismo la conciencia (sea el que quiera el grado de su manifestación) ó declarar que la conciencia tiene (al menos en su manifestación) como base los actos reflejos suficientemente enérgicos para propagarse y llegar al cerebro ó á otro centro nervioso inferior, en el cual persisten. De semejante afirmación se infiere que todo estado de conciencia, fenómeno de suyo complejo, supone un estado particular del sistema nervioso (1) ó que es el fenómeno nervioso *condición esencial* de lo consciente, pero no su *causa determinante*. Aunque se quiera reducir la conciencia á la expresión psíquica ó interna de la irritabilidad, se puede aducir, contra el exclusivo fenomenalismo que una crítica semi-excéptica la atribuye, autoridad nada sospechosa contra lo experimental, la de Ribot (2), declarando que la conciencia es en sí misma y por sí misma un *nuevo factor*, sin que en ello haya nada de místico, ni sobrenatural. "La naturaleza

---

(1) Así se observa en el hecho y la observación explica las sombras y penumbras, que rodean la aparición de la luz de la vida consciente.

(2) *Les Maladies de la personnalité.*

„de la actividad consciente, dice Pierre Janet (1),  
„es, ante todo, la de una actividad de síntesis,  
„que reúne fenómenos dados más ó menos nume-  
„rosos en un fenómeno nuevo, diferente de los  
„elementales. Es una verdadera creación, porque,  
„como dice Boutroux (2), la multiplicidad no con-  
„tiene la razón de la unidad, y el acto, mediante  
„el cual elementos heterogéneos se reúnen en una  
„forma nueva, no está dado en los elementos.  
„Desde el momento en que por primera vez un  
„sér rudimentario reúne fenómenos para consti-  
„tuir la sensación vaga del dolor, existe en el  
„mundo una verdadera creación. Es, pues, la con-  
„ciencia por sí misma una actividad de síntesis.,,  
Como medio *fijador*, merced al cual lo que se ad-  
quiere permanece adquirido y sirve para nuevas  
adquisiciones, considera Fouillée la concien-  
cia (3). *Es una capitalización.*

Faltando la conciencia todo está en los comien-  
zos, es el trabajo de Penélope. Dado el acto cons-  
ciente, la fijación tiene lugar en razón de su in-  
tensidad y de la repetición del acto. La clasifica-  
ción de los fenómenos y de los seres en una con-  
ciencia produce como tal una reacción propia que  
no tendría lugar si el sér no hubiera llegado á  
clasificar así las cosas. No obramos de la misma  
manera con las ideas de la Humanidad y de la

---

(1) *L'automatisme psychologique.*

(2) *De la contingence des lois de la nature.*

(3) V. *L'Evolutionisme des Idées-forces.*

Patria que si careciéramos de ellas. El conocimiento de los seres y de los tipos de la naturaleza por nuestra inteligencia reobra sobre la naturaleza misma. En general, nuestras operaciones intelectuales, sobre todo el raciocinio, por la conciencia misma que les acompaña y por las ideas que elaboran, constituyen *factores nuevos*, ligados sin duda á movimientos cerebrales, pero donde la conciencia misma forma parte integrante y activa del proceso sensoriomotor, en vez de ser un resultado colateral.

Es la conciencia una fuerza de *reacción* que, mediante la reflexión sobre sí misma, como mediante la atención al exterior, modifica el curso de las cosas. Si tengo conciencia de un peligro, no me hallo en el mismo estado que el ser que careciera de ella; porque la idea del peligro viene á ser uno de los factores de mis actos. Si tengo conciencia de la cólera que me agita, soy capaz de reobrar sobre mi cólera. Es, pues, la conciencia un medio de *dirección*.

Lo que modifica la dirección de una fuerza para determinarla, especificarla y dirigirla envuelve también necesariamente alguna fuerza como el dique de un río, el freno de un coche, etc., á veces limitativa, si se circunscribe á refrenar, y á veces estimulante, si impulsa á la acción.

Aun interesa hacer constar que el fenómeno internamente percibido como procedente del reflejo, en cuanto se  *fija* en el campo iluminado de la con-

ciencia, no es sólo apariencia que pasa, ni efecto que vertiginosamente huye, sino que, incorporado á nuestro interior, en cierto modo asimilado, constituye posición ó estado interno, que sirve de elemento elaborable en la conciencia.

El estado interno, psíquico, en cuanto *deviene* consciente, *toma una posición en el tiempo*, se ha producido antes que éste otro y después que aquél, en una continuidad que implica un cierto principio ordenador, pues se ofrece como un resultado que puede servir de punto de partida á algún nuevo trabajo consciente ó inconsciente. La persistencia (haciendo revivir los elementos primarios, sensibles y motores, mediante la representación consciente) de tal estado modifica la situación psíquica, obligándola á salir del mero automatismo, característico de los reflejos, é influyendo en el desenvolvimiento futuro del individuo. El residuo (1) que deja la conciencia en el

---

(1) Lo personal, forma plástica y viva de lo impersonal que simboliza, y además expresión consciente de las energías que dentro de sí condensa, aparece necesariamente como el término de la evolución y no como el comienzo. La compleción de la persona ofrece contrastes, oposición, vida, en una palabra, de que carece lo impersonal, que en último término es concepto de la mente ó vago idealismo. La persona vive en la plenitud de las dimensiones del tiempo merced al *residuo* que deja en la conciencia lo pasado y á la *previsión* que del porvenir se le anticipa); vive más de lo pasado y en previsión de lo porvenir que del presente. El hombre tiene la presciencia de la muerte (V. *Introducción*), sabe que ha de morir y día tras día se aproxima á su término, con la sonrisa tranquila del héroe (*euzanasia* de los griegos), con la calma del estóico ó con la superficialidad de la risa mefistofélica. La vida personal

individuo *capitalizando* el pasado para utilizarlo en el porvenir, muestra que la conciencia obra como factor indicador y condensador en la aparición y desarrollo de la personalidad, traduciéndose por tanto en una gradual adaptación de los movimientos ó en una asimilación constante de medios para fines. Pero como la decantada identidad no es inmovilidad, claro está que la vida personal y consciente tiene base orgánica, y que el cambio del organismo ó la alteración de su constitución implica también alteración (señaladamente en sus elementos variables) de la personalidad, de lo cual ofrece un ejemplo el tránsito de la infancia á la pubertad.

Las transformaciones sordas y lentas, pero eficaces del organismo (1), son las penumbras

---

es la única capaz de llorar por lo que ya no existe y de reír en previsión de lo que podrá acontecer. El presente, igual, monótono como límite sin extensión ni duración entre el pasado y el porvenir, es el modo de existencia uniforme é inalterable de lo impersonal. Por el contrario, el hombre, dentro del *compuesto inestable* de lo pasado con lo porvenir en el presente, halla campo á toda hora explorado y campo en todo momento por explorar entre los elementos fijos y variables que constituyen lo inestable de la personalidad. El punto de mira que se toma en esta región movable y plástica da de sí las innumerables oscilaciones que acusan los hechos perdurables de la conciencia humana y personal. En su mar sin fondo, el cambiante de luz es inagotable y la personalidad sube al Capitolio con la misma facilidad que se despeña por la Roca Tarpeya. De ahí dimana la lucha eterna entre las grandezas del hombre y sus miserias, cuando héroe, cuando bestia.

(1) Claro está que dichas modificaciones son debidas tanto á la constitución *interna* del organismo, cuanto á su manera *específica* de reaccionar en relación con el medio, de donde los

que se hacen luz en la conciencia, y esta sensación constante es el substratum que persiste en nuestra personalidad (1). El tono permanente del organismo y su manera de reobrar, la tonicidad, en una palabra, es la base de la personalidad, es el eco en que se traduce nuestra constitución orgánica, y mediante él vamos gradualmente formando conciencia de nuestra individualidad. Esta conciencia orgánica, vaga y difusa, con elementos fijos (los que proceden de la constitución del organismo) y variables (los que dimanen del medio y de la educación), traducida en exuberancia de vida ó en depresión de fuerzas, viendo á veces todo de color de rosa, y en ocasiones todo negro y nublado el horizonte, es lo que Condillac llamaba sentimiento fundamental de la existencia y Maine de Biran sentimiento del esfuerzo y de la existencia sensitiva. Siente el yo el cuerpo (2) como suyo y se siente el yo, existiendo en una especie de localización general del organismo. Así se revela toda la vida psíquica con base inquebrantable en la fuerza nerviosa. En ella se elabora toda la vida psíquica en centros adecua-

---

factores propios de la personalidad son siempre, según hemos indicado, el individuo y el medio.

(1) VARONA. *Conferencias filosóficas*. Segunda serie. Psicología.

(2) Por sentido del cuerpo se entiende, dice Paulhan (V. *L'Activité mentale*), todas las impresiones, conscientes ó no, que proceden de los órganos é influyen en la orientación del espíritu. Este sentido del cuerpo y el estado de los órganos constituyen la base de la personalidad.

dos y se manifiesta por una doble corriente aferente y eferente. Los estímulos interiores y los del medio exterior son incesantes, y de ellos procede la sorda *conciencia de tensión* (tonicidad) que constituye el fondo de nuestra personalidad. Privados de ella dejamos de tener conciencia de nuestra existencia (1).

Se comprueba lo que dejamos indicado, teniendo en cuenta la diferente importancia de los sentidos corporales para la aparición y desarrollo de la personalidad. La carencia (sea innata ó efecto de un accidente) de uno ó varios sentidos no produce estado mórbido en la personalidad y sólo causa una detención relativa de su desarrollo, corregida en parte por la educación. Ejemplo de ello ofrecen los sordo-mudos y ciegos, pues el material, aportado por los sentidos externos,

---

(1) «A través de todas las divagaciones de los sueños, existe generalmente en nuestro interior un sentimiento obscuro ó un instinto de nuestra identidad, porque de otra suerte no nos extrañaría nunca ver que no somos nosotros mismos ó que hacemos algo extraordinario ó careceríamos de esta especie de sentimiento personal que subsiste en nosotros, sea el que quiera el papel que representemos en estos dramas imaginarios. Entiendo que el organismo conserva su identidad, por distraídas que estén nuestras funciones conscientes,... esta unidad fisiológica de las funciones orgánicas, unidad á veces más profunda que la conciencia constituye nuestra personalidad fundamental, que se siente con más ó menos fuerza en todo estado de conciencia, en el ensueño ó en el estado de vigilia. El asilado que padece la manía de ser el Omnipotente y de poder hacer todo lo que quiere, pide un favor en el momento mismo en que proclama su omnipotencia como efecto de una identidad distraída.»

V. MAUSDLEY. *Pathologie de l'Esprit*.

aumenta la complejión de la personalidad, pero no es factor esencial de ella, hablando en términos generales, en cuanto los sentidos la circunscriben, pero no la determinan. Es, sin embargo, condición de la personalidad el tacto por su relación con el sentido muscular y con la tonicidad (1). Mientras los sentidos que pueden faltar al individuo (la vista y el oído, pues el olfato y el gusto, adheridos á las funciones de la vida de nutrición, no pueden faltar) son principalmente objetivos, nos revelan el exterior y no el interior, y no afectan á órgano ninguno esencial de la vida, el tacto, en su complejidad, aunque nos suministra conocimientos del exterior (como la vista y el oído, pudiendo convertirse en ojo para el ciego), es también esencial para la aparición y conservación de la personalidad, porque en último término representa la forma del sentimiento que tenemos de nuestro propio cuerpo. Así lo demuestran los hechos de las convulsiones, los vértigos, desórdenes de locomoción, impulsos involuntarios, etc., que parecen medios que se interponen entre el individuo y el mundo exterior, y que hacen perder de momento la conciencia de la propia personalidad. Entre estos hechos son los más significativos el horror al espacio y el vértigo de las alturas. Parece en tales casos que el límite de la individualidad en relación con el medio se di-

---

(1) El tacto es el sentido por excelencia de la vida, el que nos revela más seguramente la muerte y el que adquiere más importancia en la relación de los sexos.

luye; y el de la personalidad no puede concretarse, donde importa notar que la persistencia del límite (y persistencia consciente), como lo que juntamente une y distingue al individuo de su medio, es condición de la personalidad. Así dice Varona (1) que sentirnos como una persona equivale á sentir nuestra limitación con respecto á lo objetivo, sentir el límite en que comienzan las impresiones del medio extraorgánico. De todas las demás sensaciones podemos prescindir sin que se anule la conciencia del yo, de la tonicidad no. En el sueño profundo la perdemos, pero al despertar tomamos inmediata posesión de ella, y si á la parálisis acompañara pérdida de la sensación de tonicidad, la idea de la personalidad desaparecería; mas no sucede así, la contractilidad subsiste.

De esta complexión de condiciones emerge la personalidad como la planta brota del limo de la tierra, y aunque se considere el yo como una suma de estados de conciencia y el de cada momento (el sujeto) inestable y variable, en esta misma inestabilidad que se deshace y se rehace, hay *algo que subsiste* en la continuidad del tiempo "la „conciencia orgánica y obscura, resultado de todas las acciones vitales que constituye la percepción de nuestro cuerpo y que se ha designado „*cenestesia.*„ A esta manera de ser, que, repitiéndose constantemente, se siente como un hábito,

---

(1) VARONA. *Conferencias filosóficas*. Segunda serie. *Psicología*.

referimos el soporte orgánico ó base de manifestación de lo que se denomina la *identidad* del yo ó persistencia de la personalidad (en cuanto el agente personal es conscio, se sabe, mediante la condición de la tonicidad y contractilidad, del límite que juntamente le une y distingue del medio) en la unidad del tiempo y de sus dimensiones, á diferencia del animal, cuya existencia está ligada siempre á la determinación concreta de sus impresiones, pudiéndose decir de él, con Schopenhauer, que es "el presente personificado," (1).

Supuesta y casi reconocida se halla la base de la personalidad en la tonicidad contráctil del organismo y en la persistencia del límite que une al individuo con el medio, aun por los que toman sin más la cualidad consciente como su nota característica. Así afirma con un presentimiento bien certero el Sr. Giner (2) que "la conciencia, distinguida de la reflexión, de sus grados y estados normales y anormales y del conocimiento, queda reducida, sin otra determinación específica, meramente á aquella intimidad y penetración consigo misma, mediante la cual el sujeto se recibe á sí propio, respondiendo por decirlo así como

(1) Existe, dice Schopenhauer, entre el hombre que abraza toda su vida *in abstracto* y el animal, arrastrado siempre por la impresión del momento, la misma distinción que entre el navegante guiado por los auxilios del mapa y de la brújula para saber constantemente dónde se halla, y el ignorante que sólo ve el cielo y las olas.

(2) *Sobre la idea de la personalidad. España Moderna*, número 2.

„un eco á todo cuanto en él se da y produce.,,

Vale insistir en los datos que hasta ahora ofrece el análisis respecto á la aparición y desarrollo de la personalidad, porque, después de todo, el pensamiento es tanto más científico cuanto es más sugestivo (1), es decir, cuanto más mueve y excita lo que en sí deja implícito, acercándose en lo posible á lo que es todo objeto cognoscible, complejo en medio de su aparente simplicidad. Y en este orden de consideraciones, arrancando el origen de la personalidad del fondo constitutivo del organismo y de la persistencia, con que el individuo afirma y es conscio del límite, según el cual se relaciona con el medio en la *combinación formal* que sirve de sello al agente personal, será obligado referir el *contenido* de la combinación formal á la parte mayor ó menor (que por tal razón la personalidad tiene grados) que del medio se asimila y apropia el individuo, esto es, al nexo de lo individual con lo universal. De donde resulta que la persona vale en razón de lo que contiene dentro de sí y, en cuanto lo contiene, lo refleja en los límites de la propia individualidad como pertinente al medio y á lo universal, aunque por el individuo apropiado y vivido. Así podrá considerarse, según pretende el determinismo, la espontaneidad como energía almacenada, pero también *rediviva* merced á la intervención

---

(1) La idea (lo mismo que la obra de arte) es tanto más valiosa cuanto más ideas nuevas despierta en nosotros, cuanto más sugestiva es.

del agente personal, que colabora á la producción de la vida y al cumplimiento de sus fines en el mismo grado y con la misma intensidad, conque se ha asimilado medios y condiciones para tales fines.

Consecuencia bien precisa de tales antecedentes será la de que la asimilación y apropiación específica, como sello de la individualidad prestan relieve á lo universal asimilado y la de que la persona es algo más que el individuo (el individuo mas el medio) y el sujeto es tanto más personal cuanto más se emancipa de lo exclusivamente individual (egoista) y cuanto más revela, dentro de su límite, lo universal como el material de que se nutre y la cualidad que le presta valor (1). Las personas más salientes, las de más relieve y las que más se destacan de la línea

---

(1) «Es preciso para la Moral que la idea del yo tenga su »contrapeso en la idea del todo. Muestra la Psicología con- »temporánea que nada es tan uno que no sea múltiple y que »nada es tan mío que no sea colectivo. En vez de comenzar en »el yo, la acción del todo se continúa en aquél. Sirvo segura- »mente para modificar esta acción, participo de ella, repre- »sento mi papel, pero no podría representarlo solo. Unica- »mente me es posible exclamar, yo, yo. El coro inmenso de »las cosas me contestará siempre—nosotros—y dominará mi »voz, perdida en el concierto infinito de los mundos. Tenemos »vida, movimiento y existencia *en los demás* y los demás *en nosotros*, pues cooperamos á la obra universal. No puedo »sentir solo, ni pensar solo, ni existir solo.' Y no hay razón »para quejarse de una ley que, comprendida y aceptada por »nuestra inteligencia, viene á ser la ley de la solidaridad, la »ley de la fraternidad universal.»—A. FOUILLÉE. *La Psychologie contemporaine*.

media vulgar, no serán, por tanto, las que viven, tomando móviles para su conducta en razones de bajo vuelo ó de interés individual, sino las que más se identifican con lo universal que del medio se apropian. Lo valioso y meritorio de la persona procede del *todo*, esto es, de su relación con el medio. Si el hombre hubiera de determinar su conducta sólo como individuo y en lo que el límite *tiene de negativo* habría de circunscribirse con el precepto pesimista á vivir dentro de su *propia piel*, á no exceder con su mirada más allá del umbral de su casa y á practicar aquella filosofía de tejas abajo, que la vida á lo Sancho reclama y que el egoismo más refinado pretende explicar y aun justificar (1).

Aparte el sacrificio completo, á veces algo teatral, del individuo al todo en un momento dado, que es lo que constituye el héroe ó el hombre superior, madera de la cual no estamos todos formados, la acentuación general de la personalidad requiere que el individuo sienta sus propias entrañas conmovidas y agitadas por *la acción del todo*, por las grandes energías del espíritu colectivo, que se llaman la ciencia, el arte, la moral, la justicia, etc., Dioses que, como dice Lamartine, no morirán jamás. Los individuos, que á tales fines se consagran, son personas que se destacan y exceden la línea de lo vulgar, son de los que adque-

---

(1) La vida como el fuego, no se conserva, sino en cuanto se comunica.

ren aquella inmortalidad que Goethe concedía al genio, porque, por encima de toda creencia subjetiva ó fe impuesta, dan transcendencia á su vida, aspecto propiamente positivo y real, que tiene el problema abstracto y quizá mal formulado de la inmortalidad del alma. Ante la consideración de la *transcendencia de la vida* (1), cuya expresión plástica halla el positivismo en la ley de la herencia, la personalidad es más aún de lo que decía Kant, excede la finalidad que él la atribuye, y la persistencia que caracteriza con los límites de su individualidad y el alcance que presta, con tal persistencia á sus propósitos, constituyen la vida racional, definida por algunos "pensamiento noble y grande de la juventud realizada en la madurez."

Así la personalidad no cristaliza, sino que fecunda su propia obra y hace posible aquella existencia concebida por Espinosa y expresada en su hermosa frase: *vivere sub specie æternitatis*. Ni la escala soñada por Jacob, excede, con su simbolismo místico, en transcendencia real y positiva á la ley de la solidaridad, que impone el análisis de los elementos complejos de la personalidad. Pero, importa repetirlo, la personalidad consciente es el fruto, el resultado, especie de plano topográfico del país en él representado y el país es el organismo ó lo que Maudsley llama la encarnación orgánica del espíritu, que después de todo ofrece las condi-

---

(1) En la negación del egoísmo, negación compatible con la vida misma, debe buscar la ciencia, lo mismo que el arte, lo que no perecerá.

ciones para la manifestación de la conciencia y para la aparición y desarrollo de la personalidad. Nunca estará mejor justificada la frase de Shakespeare en su *Otelo*, cuando dice Yago: "nuestro cuerpo es nuestro jardín y nuestra voluntad es el jardinero."

Al jardín, á la tierra laborable hemos de llevar el cuidado y diligencia de nuestro esfuerzo para mejorar el fruto y al examen de sus elementos componentes hemos de volver con el análisis, si pretendemos poner de relieve (que agotarla es imposible) la complejidad de condiciones que concurren á la aparición y desarrollo de la personalidad.

La tonicidad es la base de la personalidad, física y orgánica si se quiere, pero de la cual surge y en la cual halla su propio sostén la personalidad moral. "De esta conciencia vaga, obscura, dice L. Peisse, de la vida (conciencia orgánica) como un eco y murmullo perpétuo y monótono del trabajo vital, tenemos dos pruebas: la permanencia del sentimiento de la existencia corporal y de la presencia del organismo sano ó enfermo y la sensación del vacío que sufre este sentimiento, cuando uno de estos miembros se paraliza súbitamente ó se entumece. Si en tal caso se produce una especie de vacío y al modo de un silencio vital se debe á que la presencia y el estado de este miembro eran realmente sentidos, aunque de manera obscura y confusa: el sentido vital se despierta, cuando la vida

„se detiene, como el molinero se despierta cuando „el tic-tac del molino se para y no impresiona su „oído.„ El asiento obligado de la personalidad es la tonicidad general ó contracción normal y continúa de ciertos músculos que tiende á aproximar sus puntos de conexión y que se encuentra exactamente contrabalanceada por la contracción análoga de los músculos opuestos, que aquellos dejan en descanso. Y dentro de tal equilibrio se manifiesta el sentimiento propio del esfuerzo como inmanente en la individualidad que trasciende al medio. Si el descanso es un caso del movimiento, la tonicidad lo es de la contractilidad de todo el tejido muscular, que resulta de la inervación continúa, voluntaria ó involuntaria, implícita ó provocada (irritabilidad ó vida de relación) por impulso interior ó por reacción en el cerebro ó en la médula. Si las sensaciones propias de la tonicidad requieren estímulo concreto, *ubis stimulus, ibi affluxus*, y sin tal estímulo la tonicidad semeja una conciencia sorda, que pasa inadvertida ante el flujo perpétuo de la fenomenología externa, todavía no debe negarse la existencia del soporte personal, sino explicarse semejante aparente silencio de la tonicidad como el movimiento interno, acorde y coordinado de todo el organismo, concretado en sensaciones más afectivas que representativas ó de volumen y movimiento, como dice Bain. En tal estado, la tonicidad semeja el bienestar, el disfrute de la salud, que no se percibe, según dice la sana razón, ni se estima en lo

que vale hasta que se pierde, ó expresa el estado de equilibrio que implica la distracción agradable de mirarlo todo y no ver nada ó pensar en todo y en nada. Predisposición favorable á la *revêrie* y al delirio del místico, la tonicidad normal, en lo que tiene de inalterable, existiendo dentro de un medio homogéneo, acentúa lo *positivo* del límite, aspirando el individuo á identificarse con el todo. Esta fase real y positiva de la persona, que pudiéramos denominar *estática* de la tonicidad, tiene sus raíces más hondas en nuestra propia constitución orgánica, en amortiguamiento (dada la homogeneidad del medio) de la sensibilidad por la ausencia de nuevos estímulos. Y entonces, sorda la tonicidad, sin lo *negativo* ó distinto del límite, en una relativa inercia, su energía almacenada se esparce dulcemente á través de la vaguedad indefinida, que el sentido común gráficamente apellida "los espacios imaginarios." Soñamos despiertos, somos sonámbulos, con el oído atento á escuchar y oír la *silenciosa* armonía de las esferas. El silencio pitagórico, la pasividad estoica, el *sustine et abstine* constituyen el ánimo en un estado de exaltación de la *personalidad subjetiva* (en cuanto se disipa lo negativo del límite y toma relieve lo positivo para identificarse con el todo) que enjendra el quietismo propio de las alucinaciones místicas. Dadas la homogeneidad del medio y la posición estática de la tonicidad, sin estímulo concreto ninguno, el deseo se siente dominado por una nostalgia creciente de goces

desconocidos y á la vez por la tristeza y desilusión de todo lo que le rodea.

Pero la tonicidad, asiento de los elementos fijos de la personalidad, no es sólo estática; recibe impulsos dinámicos de la evolución inherente al organismo y de los excitantes del medio exterior (1). Entre los primeros, la pubertad, estímulo interno (instinto de la generación), hace afluir al lago tranquilo de la tonicidad (á la inocencia del niño suceden el pudor y la malicia) impresiones nuevas, que en parte la perturban, lo mismo que el llamado *clavo* histérico sobreexcita el sentido vital y modifica las condiciones, que antes sirvieran de asiento á la tonicidad. Entre los segundos, el cambio de medio, la variedad de las impresio-

---

(1) La evolución lenta, monótona de lo impersonal, representa la marcha ascendente y trabajosa por cuesta empinada, que siempre restringe el horizonte visible al presente; apenas si admite complicación en las formas, combinando la recta con la curva. El desarrollo complejísimo de lo personal, el progreso humano se cumple en especial, revolviendo el rescoldo glorioso de las cenizas de lo pasado (elementos fijos), á veces para calcinar con fuego devastador lo presente y evocando las energías que en germen laten en lo porvenir (elementos variables), en ocasiones para arrasar con fuerza destructora los intereses que de momento viven. Es una marcha en la apariencia desordenada y en el fondo ordenada. Lo personal cae y se levanta (estática y dinámica) cumple su progreso á veces retrocediendo, es decir (tan grande es su complejidad), vuelve atrás y en realidad marcha adelante; porque recoge hilos sueltos para engarzarlos con otros y constituir más complicada y perfectamente la urdimbre de la vida. Valgan como ejemplos, en la evolución del arte el *Renacimiento* clásico en el siglo XVI y en el progreso de la ciencia el renacimiento del naturalismo actual.

nes y otras tantas condiciones complejas que del excitante exterior se reciben hacen que en la tonicidad se esculpa lastre y sedimento de todas estas relaciones como material asimilable para la personalidad. Desde tal punto de vista, puede definirse el carácter, con Fouillée, "conjunto de „fuerzas de tensión que el tiempo ha acumulado „en nuestro organismo.,” Y entonces se impone el reconocimiento de que los grados de evolución de la personalidad se corresponden con los de la sensibilidad misma. Extendida por todo el organismo (excepto los extremos de las uñas y de los cabellos), susceptible de modificaciones en toda su periferia exterior é interior, luego que una impresión externa ó un estímulo interior se fija en determinado sitio del cuerpo, se constituye allí lo que Delbœuf denomina *órgano adventicio*; si persiste se convierte en *permanente* para llegar, por último, á ser *órgano específico*, estructura individualizada de los sentidos corporales, efecto de un estímulo especificado (1). El órgano permanente, el que sigue al adventicio, determina, siempre en relación con el medio, una aptitud que implica lo que Delbœuf llama realización concreta del principio de la fijación de la fuerza como razón y

---

(1) «Cada órgano de los sentidos posee un estímulo específico, que le pone en estado de excitación. Las terminaciones del nervio óptico sólo pueden ser excitadas por ondas luminosas y no por ondas sonoras: las terminaciones del nervio acústico, al contrario, son excitadas por estas últimas.» BERNSTEIN. *Les Sens*.

origen de la individualidad psíquica y permanente, á que se refiere la personalidad. Claro está que el tránsito del órgano permanente al específico, merced á una evolución progresiva, condiciona más y mejor el desarrollo de la personalidad, fijando en lo permanente del organismo la aptitud, y en lo específico lo propio y cualitativo del estímulo.

Nueva prueba ofrece la progresiva diferenciación del organismo, adaptándose al medio, de la armonía y concierto (un monista como Wundt, diría de la unidad y homogeneidad) de lo espiritual y fisiológico. Si en este último orden se observa que el medio determina por sus influencias una diferenciación siempre creciente en los organismos superiores, que los hace cuantitativa y cualitativamente más sensibles; en lo que se refiere á lo propiamente espiritual, se nota también que el medio determina por influencias que proceden de las relaciones sociales un carácter más amplio, más complejo y más flexible, á medida que la individualidad, dentro de su límite, se las asimila en mayor número. Se puede hacer constar á la vez que la superioridad gerárquica de lo fisiológico no procede de un desarrollo excesivo en un sentido determinado (vista de lince ú olfato de perro), sino de la asociación y coordinación de todos los órganos, aspecto según el cual los sensibles del hombre son incontestablemente superiores á los del animal, porque los del primero se auxilian y aun se suplen unos

por otros con mayor facilidad y más éxito que los del animal; del mismo modo que en lo psíquico la cualidad gerárquica no procede de una facultad predominante (espíritu desequilibrado), sino del concierto de todas ellas en una armonía superior, que sirve de expresión formal á la característica del alma humana (la racionalidad). Aunando ambos aspectos, se halla garantida la afirmación de que la personalidad aumenta en su desarrollo no en la proporción en que predomina sobre las relaciones circundantes lo individual (subjetivismo presuntuoso), sino en el grado, según el cual, dentro de los límites de la individualidad, se acentúa lo genérico y universal, que del medio nos asimilamos.

En la distinción indicada halla su fundamento la no menos importante, por lo que se refiere al orden moral, del *egoismo* y del *altruismo*, que afecta desde luego, no sólo á la extensión y cantidad de los sentimientos (en cuyo caso el altruismo sería un egoismo mayor), sino á su cualidad y dentro de ella á la interna gerarquía que debe determinar los sentimientos y los móviles de la conducta. Efecto de la recta interpretación, que se debe dar á los sentimientos altruistas, no es lícito considerarlos sólo como sentimientos egoistas, elevados cuantitativa ó matemáticamente á una mayor potencia, pues la cualidad determina también su índole egoista ó altruista (1). Así, por

---

(1) Sin esta distinción, la Moral llamada *altruista*, subdividi-

ejemplo, el caso grave y complicado en la colisión de deberes, cuando el divorcio se establece entre uno de los más excelentes y superiores (cualidad gerárquica, la dignidad ó el honor), y otro de los más extensos (sólo cantidad, deber de familia, social, etc.), no se ha de resolver, dando preferencia al segundo sobre el primero, porque el valor intrínseco del bien puede llevarnos al sacrificio de la propia existencia para cumplir nuestros deberes con los demás; pero el honor y la dignidad, por su excelencia y superioridad, por lo objetivo é impersonal que contienen aun circunscriptos al individuo, representan el altruismo contra el egoísmo mayor de la familia, y no pueden ser sacrificados á deberes que sólo en la apariencia son más extensos. No es justo, por tanto, que la familia obligue á ninguno de sus individuos á que haga

---

da en sus dos direcciones principales, la del positivismo francés de Comte, Littré y en cierto modo Taine, y la del evolucionismo inglés, bosquejada por Darwin y completada por Spencer, resulta en fin de cuenta una nueva fase de la Moral utilitaria. Si consideramos las dos inclinaciones instintivas, el interés propio ó egoísta (instinto de conservación) y el social ó altruista (instinto de reproducción), en vez de referir el uno al individuo y el otro al todo social de modo exclusivo, podremos notar que no existe la antinomia que se establece entre ellos, puesto que el individuo lo es en el medio que le rodea y el organismo social se determina y toma cuerpo en la existencia como individualidad mayor; es el *yo* convertido en *nosotros* que dice Vitry. De no concebir el altruismo según dejamos indicado, se distingue solo del egoísmo en la *cantidad*, no en la *cualidad*, ya que el altruismo es el egoísmo social, por ejemplo, el egoísmo patriótico de que nosotros, sólo nosotros, somos los buenos.

vil mercancía de su dignidad y de su honor para que los demás vivan (la prostitución consentida de una hija, explicada por la pobreza de los padres). *Pro jure contra lege*, lo cualitativo se ha de proclamar superior y con más fuerza de obligar (más altruista) que la extensión y cantidad de deberes, referentes á individualidades mayores. "Doy al rey la vida," ha hecho decir á uno de sus personajes el poeta, "pero no puedo darle lo que „no me pertenece, la dignidad y el honor.,"

Con estas consideraciones, que son susceptibles de ampliación indefinida, se puede hallar base para distinguir en el orden fisiológico, en el psíquico y en el propiamente moral, la individualidad de la personalidad. Sin tal distinción no se concebiría el valor positivo de la doctrina altruista, ni merecería el superior encomio con que se ensalza el heroísmo, que es en último término el sacrificio del individuo al todo.

El complejo de condiciones, concretadas en los límites que unen la individualidad con el medio y plásticamente determinadas en el funcionalismo orgánico y en su propia evolución, sirve de nexo al flujo y reflujo de la personalidad entre sus dos extremos normales, exuberancia de vida y depresión de fuerzas, y aun entre los indefinidos de los estados patológicos (1). ¿Cómo se explica este

---

(1) Lo personal tiene sus grandezas y sus miserias. Mira las últimas, el punto de perspectiva dá el hastío y cansancio del *Fausto* de la leyenda, es el reverso de la medalla, donde el humorista puede grabar esta inscripción «menos que nada.»

flujo y reflujo, que es fiel imagen del curso mismo de la vida? El análisis distingue la ley propia de la sensibilidad, que tiende á su equilibrio (tonicidad), la reacción interna ó impulso inmanente en la evolución del organismo y el excitante exterior que del medio nos impresiona como los elementos de donde toma la personalidad todo el material que se asimila, aquello de que propiamente se nutre y merced á lo cual evoluciona y se desarrolla. La fuerza de reacción, según la cual tranforma todo este material el agente personal, infundiéndole el sello de su individualidad, constituye el tono ó tonicidad, base fundamental del hábito y del carácter como formas de la actividad racional.

Se puede señalar los elementos permanentes y fijos de la personalidad en la constitución propia del organismo y en la ley á que tiende la sensibilidad, buscando el equilibrio entre los límites opuestos de la indiferencia sensible y del paroxismo exaltado, extremos que se corrijen, en cuanto se *intelectualiza* la sensibilidad misma. A su vez, los elementos variables de la personalidad son la evolución propia, interna, del organismo, (su desarrollo) solicitada por los estímulos del medio y

---

Contempla sus propias grandezas, el punto de perspectiva las entrevé mayores, y exclama con Hamlet «quién sabe si en el cielo y en la tierra existen muchas y más bellas cosas que las que nuestra pobre filosofía presume conocer;» es el anverso de la medalla, donde el humorista puede inscribir «todo en todo.» La persona es un péndulo movido por excitaciones tan opuestas, que recorre trayectos de perspectivas siempre nuevas.

por el factor del tiempo y la ley de la sensibilidad, que requiere cambio de impresiones y que determina la ordenada y racional sucesión del trabajo y del descanso. Unos y otros elementos, los fijos y los variables, son susceptibles de composición y coordinación y nunca pueden ser concebidos, al menos en la contemplación concreta de lo vivo, como términos antagónicos. Si la abstracción los separa y considera aislados, nunca la observación los halla, si acaso más que en relativo predominio de los unos sobre los otros; por ejemplo, en la inercia y quietismo la abundancia de los elementos fijos (aunque sin la ausencia completa de los variables que implicaría la muerte) ó en el vértigo de una actividad incansable la presencia acentuada de los elementos variables (sin negar por completo la existencia de los fijos, que harían, con su falta, desaparecer la individualidad.)

La distinción de los elementos fijos y variables, que concurren á la síntesis indivisible de la personalidad, sirve ó debe al menos servir de base á una ley racional de la educación, que en vez de pretender abstractamente marchar *contra naturam* (la letra con sangre entra), ha de proceder según la compleción interna de los elementos que aspira á modificar, es decir, *sequere naturam*. Para ello, todo pedagogo experto comprenderá fácilmente que su acción educadora se ha de encaminar á la modificación de los elementos variables de la personalidad (estímulos, cambio de medio y relacio-

nes, interesar la sensibilidad con nuevos alicientes, excitar ó detener el desarrollo del organismo siempre en vista de su equilibrio contra precocidades que se malogran ó retrasos que no se recuperan, etc.) La modificación de los elementos variables ofrece las condiciones únicas posibles, las que exclusivamente dá de sí la educación para transformar, siempre dentro de límites racionales, los elementos permanentes, que son precisamente los que se asimilan el material propio de los variables. Cuando los primeros son abiertamente contrariados (1), la acción educadora se esteriliza y si el pedagogo se convierte en dómine adusto, el educando derrocha sus aptitudes en oponerse á los deseos del primero. Semejante divorcio entre el pedagogo y el educando, comprueba la exactitud de la observación del poeta, cuando dice: „no sé qué expresión de dureza dá siempre manejar un rebaño humano.,, Cuando se agota la plasticidad, en que se comunican los elementos estables y variables de la personalidad, es decir, al término de la evolución (vejez y decrepitud), el sujeto *cristaliza* en un estado, que, al menos en los límites de la vida presente, se constituye como definitivo (los huesos duros para aprender nada nuevo, los hábitos inveterados, espíritus petrificados, etc.)

Existe pues en la base orgánica de la personalidad un *substratum* constante, el tono ó mane-

---

(1) V. IV, *Vinculos sociales la amistad y el amor.*

ra de ser, identidad (que no es inmovilidad) en la constitución propia del organismo individual y en su relación continua con el medio. Pero además se ofrece como vegetación propia de este mismo *substratum* todos los elementos variables, que implica la evolución orgánica y la variación del medio y de sus excitantes (cambios de costumbres, educación, etc.) La tendencia unificadora y coordinadora reside en la tonicidad orgánica del individuo, que *deviene* gradualmente consciente y los elementos variables son el *compuesto inestable* de la personalidad. De todo ello se infiere que la personalidad subsiste y permanece, y á la vez cambia y muda, en lo que tiene de compuesto inestable, en lo que propiamente vive. “Cuántas  
„veces, dice Pierre Janet (1), repasando los re-  
„cuernos de nuestra vida, decimos con admira-  
„ción: ¿Soy yo el que ha temblado ante este peli-  
„gro imaginario, yo, quien ha sido capaz de amar  
„á esta coqueta, yo, quien ha prestado asenti-  
„miento á tales creencias? Es imposible, no me  
„acuerdo. Los recuerdos eran reales, sin embar-  
„go. Si no nos reconocemos es porque hemos  
„cambiado. Por fortuna, tales cambios se han  
„producido poco á poco y se han efectuado en fe-  
„nómenos secundarios y complejos de nuestro es-  
„píritu, nuestras creencias, nuestras ambiciones,  
„nuestros deseos.”

A la inestabilidad personal se refiere todo el

---

(1) V. *L'Automatisme psychologique*.

conjunto de cambios, de que es susceptible la complexión de la existencia propia, y también algunas variaciones, que acusan, en medio de su aparición anormal, un cierto principio de orden. Así, aprovechando la inestabilidad psicológica, se cambia el estado de los sentidos, paralizando ó excitando uno de ellos, y se transforma el estado general de la sensibilidad, variando sus estímulos para provocar el sonambulismo, que es, en último término, especie de segunda existencia, procedente de una debilidad en la síntesis efectiva, que sostiene la personalidad. De igual modo, y quizá por las mismas razones, efecto de la formación y deformación constantes de la personalidad, la falta de equilibrio y contrapeso de sus elementos variables con los fijos determinan el desarrollo de personalidades exclusivas (un hombre que se dice encarna una sola idea), pues pocas veces llegan á constituir armónicamente la suya, como sucedió, por ejemplo, á Goethe, cuya *idea directora* (1) consistía en elevar indefinidamente la pirámide de su existencia.

De los posibles desequilibrios entre el substratum constante y el compuesto inestable de la personalidad surgen todos los fenómenos normales y anormales de su variación en la doble personalidad y en la doble conciencia; porque otra vez conviene fijar taxativamente lo concreto del subs-

---

(1) Quizá pudiera definirse la personalidad la idea directora de la vida consciente.

tratum de la personalidad como una *tendencia*, una disposición funcional, dinámica (que diría Wundt) para adquirir conciencia de la relación, en que el límite de la propia individualidad nos conexas con el medio. Si varía semejante tendencia y disposición funcional, en cambiante indefinido; si el cúmulo de estímulos que proceden del medio exterior (educación, relaciones que se frecuentan, profesiones que se cambian, etc.), graba con cierto carácter de permanencia sus efectos, puede determinarse alteración más ó menos grave de la propia personalidad, en cuanto el nuevo estado afecta á la constitución orgánica y á la tonicidad que le sirve de termómetro. Así puede afirmarse con Richet (1) que "la conciencia efectiva de la personalidad (2) es un fenómeno de la memoria, y que la pérdida de la conciencia de la personalidad (3) es un fenómeno de amnesia parcial." El fenómeno de la doble personalidad (cuya compleción y aun orden interno, en medio de su aparente incoherencia, son términos hoy todavía en cuestión) es el signo propio del carácter sintético de lo personal y de la influencia que en la síntesis ejerce el medio. Del mismo modo que ciertas substancias,

---

(1) V. *L'homme et l'intelligence*. Fouillée, en su *Psychologie contemporaine*, dice: «la alteración de la idea del yo se explica por la de la memoria.»

(2) La cual entendemos que es manifestación concreta de aquella disposición funcional.

(3) De la conciencia efectiva, pues la disposición funcional subsiste.

cuando se las coloca en condiciones diferentes. cristalizan en sistemas distintos, (*dimorfismo*), la personalidad varía según las relaciones que el individuo establece con el medio, que si se perturban al límite de afectar la constitución del individuo, perturban también la personalidad. Aun en lo normal son bien atendibles las observaciones de Paulhan (1) acerca de la formación de subpersonalidades y personalidades *contradictorias* (2), algo de lo que el sentido común interpreta, á veces egoístamente, con el nombre de doble y aun de triple naturaleza.

No basta, pues, para la constitución de la personalidad la conciencia de sí, que, aislada del mundo exterior, semejaría huevo fuertemente embetunado, sin recibir influencia ninguna del medio y sin poder, por tanto, fecundar. Se esteriliza el individuo, se asfixia, queda en la posición insostenible, que ni en abstracción se puede concebir, del *autofagismo* sólo con la conciencia de sí

---

(1) V. *Revue Philosophique*. T. XIII.

(2) Respecto á las personalidades contradictorias ya dijo Séneca: *nullum magnum ingenium sine quadam mixtura demencie* y ya afirmaban los antiguos que Alejandro Magno se creía un Dios y que sólo pensaba en su condición de hombre cuando se sentía herido. ¿Será tal vez símbolo de la contradicción personal en el héroe el talón de Aquiles, su único punto vulnerable? Personalidades contradictorias son, por ejemplo, Schopenhauer huyendo, á pesar de su pesimismo, de Berlín en 1831 por temor al cólera, y Leopardí, en medio de su desesperación, saliendo de Nápoles por la misma causa. Personalidades contradictorias ofrece á cada paso la mujer, aun en el estado normal (coquetería).

ó el sentido íntimo. Implica algo más la conciencia de la personalidad, requiere la conciencia de sí y la del límite, que juntamente le une y distingue del medio y de sus múltiples relaciones con él. Precisamente mediante el principio ordenador de estas relaciones cada cual se reconoce en su límite y se declara *individuo racional* dentro del medio en que vive. Sólo entonces es lícito al hombre afirmar con el poeta "yo me sirvo á mí „mismo de unidad de medida,, (1). Porque en tal posición racional compleja, el hombre condensa, dentro de su límite, el mundo que le rodea y de él se puede decir con Schopenhauer que "cortar „una cabeza es destruir un mundo.,,

Súbdito de la razón, adaptado el individuo al medio (tan palpable es la complexión de la realidad viva), es como puede *condicionar* y aun *garantir* su propia libertad; porque si es cierto que, como dijo Bacon, el hombre no manda en la naturaleza, sino en cuanto obedece sus leyes, también se puede añadir que precisamente no la obedece, sino para *mandarla*. La manda merced al carácter sintético de la personalidad, porque el saber instintivo ó consciente es la condición de la acción, porque la percepción es el primer término del acto (2), y ambos implican una reacción mental y llevan el sello de la personalidad. De esta suerte el hombre es un sistema de elementos, que son recíprocamen-

---

(1) Ya había dicho Aristóteles que «la felicidad es patrimonio de los que se bastan á sí mismos.»

(2) Sin dejar de ser la percepción en sí misma un acto.

te medios y fines (1), los unos en relación con los otros. Del cambio entre el medio y el fin procede la facilidad con que el hombre suplanta unos por otros y cae en la debilidad y flaqueza de tomar un medio por un fin. Sirva de ejemplo el avaro, que olvida la sentencia del humorista, según la cual el dinero es estimable, no por sí mismo, sino porque es un *Proteo* incansable, siempre dispuesto á tomar la forma del objeto actual de nuestros deseos ó de nuestras necesidades.

La conciencia racional, la conciencia de lo impersonal, que dice Janet, es el término más genérico que autoriza el análisis predicar de la personalidad. La persona es el individuo consciente que se sabe de su racionalidad. No adquiere la persona humana conciencia y posesión de sí misma, sino cuando se asocia voluntariamente, porque ha reconocido su racionalidad al orden universal y tiende á cumplir dentro de él el ideal ó tipo de perfección que haya concebido. Se constituye la personalidad en la composición y concierto de lo individual con lo universal, como coagentes y colaboradores ambos á la vida colectiva. Se conoce el grado propio en el desarrollo de la personalidad por el que alcanza la conciencia, haciéndose íntima del orden universal, dentro del cual vive. De forma que la conciencia (claro está que siempre en el supuesto

---

(1) La personalidad es juntamente medio y fin como acertadamente observa el Sr. Giner.

de las condiciones orgánicas que le sirven de base para sus manifestaciones) de sí y del límite con que el individuo se une al medio (conciencia racional) es el fundamento de la personalidad.

Fuera empresa relativamente fácil la de hacer la historia de la personalidad jurídica, (como la manifestación más concreta en el tiempo de todas sus esferas) concebida siempre y plásticamente realizada y vívida después según el desarrollo de la conciencia racional, es decir, según la forma y modo que ha tenido el individuo de concebir el orden general de la vida, su relación con él y su misión en el mundo. Así, por ejemplo, sería explicable el *sui juris* del derecho romano, radicando principalmente en la ciudadanía, porque el fin político, consagrado en la ciudad, era el fin predominante concebido entonces por el hombre *Et sic de cæteris*.

Siquiera no sea asequible, efecto de la complejidad de la vida y de la flaqueza, inherente á nuestra condición, la *unidad de fin* como ideal del espíritu, parece la nota más saliente de la personalidad. Este ideal requiere la conciencia racional. Pero, dada la base orgánica que el análisis ha puesto de relieve en los elementos, gradualmente complicados, de que brota la personalidad, es lícito preguntar: ¿cómo se forma la conciencia racional? ¿qué condiciones requiere la aparición y desarrollo de la personalidad?

Por mucha extensión que quiera dársela (aun admitiendo la conciencia medular y colonias de

conciencias en las células como pretenden algunos psico-fisiólogos), la conciencia se predicará siempre de *la naturaleza que se hace*. Las agregaciones y combinaciones de sustancias no son todavía la organización; serán materiales asimilables que carecen del principio de individuación. Donde no hay organización, no hay conciencia, sólo existe la energía difusa y sin concretarse. Átomos y moléculas son *fuentes permanentes* de energía, elementos para la organización; y en más amplio sentido todo lo es, pues como dice con hermosa y profunda frase C. Bernard, *se vive de la muerte*.

¿Qué falta en los átomos y en las moléculas? La síntesis ó *principio de la fijación de la fuerza* (como diría Delbœuf) en un organismo, síntesis determinada en el individuo por el medio.

Interin emprendemos el estudio complejo, complejísimo del medio, donde el hervor de la vida y el substratum de toda realidad, como el verbo de la Teología, *se hacen carne*, continuemos examinando la personalidad y su manera de ser (carácter) en los vínculos que la completan (la amistad y el amor) y favorecen su desarrollo social.

## IV

## Vínculos sociales: la amistad y el amor.

Ofrece al observador un criterio contradictorio la sensibilidad con el cambiante indefinido de sus matices opuestos y encontrados. La antítesis del optimismo y del pesimismo no tiene solución posible, quedan ambas hipótesis como términos incomensurables, ínterin no se determina la compenetración íntima de la sensibilidad con la inteligencia como base de todo progreso moral y estético. Ya lo decía Espinosa: *neque flere, neque ridere, sed intelligere*. "Nada es bueno, ni malo, si damos en pensar en ello", dice Shakespeare en el *Hamlet*.

Cuando se interroga exclusivamente á la sensibilidad, sus contestaciones son contradictorias. La verdad relativa, que descarnadamente expresaba Hobbes: *Homo homini lupus*, y que de modo gráfico y en tono amargo comentara el pesimista, diciendo: "Los hombres salvajes se matan y cul-

tos se engañan „, se halla contradicha por la observación de que el hombre no puede vivir sin el hombre. Cuando en Filadelfia se aplicó con extremo rigor el régimen celular de las prisiones, prohibiendo absolutamente toda comunicación del recluso, dió el horrible resultado de que los presos, inhumanamente aislados, se suicidaban, rompiéndose el cráneo contra las paredes de las celdas ó morían locos. Prueba patente de que el hombre, sin vínculos sociales y sin comunicación con sus semejantes, parece planta descuajada de sus raíces.

La sociabilidad es el complemento de la condición humana, el hombre es individual y social. Entre los vínculos sociales los que más apretada é íntimamente unen los hombres entre sí, la amistad y el amor, mantienen puntos de conexión la una con el otro, que importa señalar. Desde luego en ambos afectos la base común de un sedimento moral es condición indispensable y en los dos se halla medio adecuado para contrapesar los sentimientos egoistas y altruistas.

Se muestra la amistad casi identificada con la sociabilidad. “Es muy cierto, decía Cicerón (1), lo „que he oído á muchos viejos, que oyeron de otros, „que acostumbraba decir Arquitas Tarentino que „si alguno subiese á los cielos y claramente viese „la naturaleza del mundo y la hermosura de las „estrellas, no tendría mucho gusto en tan admi-

---

(1) V. *Lelius sive Amicitia*, diálogo.

„rables cosas, las cuales le darían un gozo infinito, si tuviera otro á quien contárselas. Así la naturaleza no apetece la soledad y busca ciertos „como arrimos, que cuando lo es un grande amigo, es la delicia más dulce de la vida.,,

Es la amistad lazo personal que obedece al instinto sensible, en el cual halla el hombre su complemento, porque, aparte todos los humorismos contra la sociabilidad y las paradojas, que declaran hombre superior al que es insociable, es cierto el proverbio inglés “los hombres son inoportunos, excepto cuando los necesitamos.,, Los juicios malévolos que se forman respecto á la amistad proceden, como ya decía Sócrates, de que elegimos cuidadosamente un caballo y no nos preocupamos del amigo que hemos adquirido. Cuan frecuente es aceptar por amigo al vecino, al que se ocupa en los mismos negocios que nosotros, al que viaja en el mismo tren, etc., razones fútiles que sólo dan de sí lo que Plutarco llamaba “los ídolos y simulacros,, de la amistad (1).

El vínculo de la amistad, sin el cual, según Bacon, “el mundo es un desierto y la vida una soledad,, requiere el acuerdo del ánimo y del sentimiento bajo oposición proporcionada de caracteres, porque sólo hombres dotados de *semejante* cul-

---

(1) A tales ídolos falsos de la amistad, se aplica la ingeniosa observación de Schopenhauer, respecto á los malos amigos de la casa «*Los amigos de la casa*, dice, es un nombre exacto. »Se adhieren más á la casa que al amo; tienen más de gatos que de perros.»

tura pueden vivir en igualdad de relaciones y sólo el *contraste* de caracteres alimenta de modo duradero el interés de la amistad (1). El acuerdo del ánimo y del sentimiento se perturba con frecuencia por excesivas severidades que tenemos con los demás. Preferimos aparecer Aristarcos á poner en práctica la virtud de la tolerancia. Así dice Pascal con un gran pesimismo que "si cada cual supiera lo que el otro dice de él, no habría cuatro amigos en el mundo., Sin citar el consejo de Marco Aurelio (2), no se puede olvidar que en el juicio de los demás, sin incurrir en latitudinarismos punibles, se ha de conservar cierta serenidad, porque, como decía Rousseau, "quizá los grandes „criminales son juzgados tan severamente, porque „vemos el punto á donde han llegado y no el „punto de donde han partido., Al presentimiento de la compleción, inherente al juicio humano, se refiere la hermosa exclamación de nuestro Espronceda, cuando dice: ¿quién al hombre del hombre hizo juez?

Aun cuando la ciencia moderna parece que modestamente restringe sus anhelos, procurando aceptar la verdad innegable de que todos nuestros conocimientos son relativos, aunque la cultura actual circunscribe sus perspectivas á lo puramente terrenal y humano; es lo cierto que si no hay en términos absolutos, ni superior ni infe-

---

1) V. SANZ DEL RÍO. *Ideal de la Humanidad para la vida.*

2) Considera la laboriosidad del uno, la modestia del otro, la liberalidad de un tercero, etc.

rior, restringir es precisar, circunscribir es explicar.

Todo en el mundo se explica. Y aunque no todo se justifica, la explicación es un comienzo de justificación, lleva implícita como consecuencia la tolerancia (1).

Las hipótesis, cada vez más serias, que explican, según la ley de la herencia, por la acumulación de los hábitos, merced á impulsos sugestivos y por virtud de instintos de imitación y de resultados de la obra deficiente de la educación, el génesis complejísimo del mal moral y del crimen en la conciencia humana, laboriosamente preparan el presentimiento de que la sociedad se acerca á un ideal de *indulgencia universal*, á un anhelo de piedad, que busca bases para la moralidad más hondas que las consagradas hasta el día. Prescindiendo del innegable derecho de *defensa social*, hay necesidad de insistir en que quien explica en cierto modo justifica, y explicar el génesis del mal y del crimen equivale á un profundo sentido de piedad y de amor, cuyos lejanos ecos llegan hasta lo más positivo y práctico: el derecho penal y sus múltiples reformas.

No es lícito poner en tela de juicio (la hipóte-

---

(1) Para los actos propios se debe emplear la severidad del juicio; para las faltas de los demás se requiere la piedad y la tolerancia. Así como nuestro cuerpo no siente su propio peso y le molesta el de los demás, no vé el individuo sus propias faltas y sí las del prójimo, aunque sean las mismas en que él claudica «vé la paja en el ojo ajeno.»

sis que á ello llegue será conjetura audaz, y á la vez sueño irrealizable) el derecho con que la sociedad se defiende del mal, y en el límite que le es asequible se precave contra el crimen. El crimen impune será siempre, á los ojos de todo el mundo, un elemento de destrucción social, el anuncio de un peligro y brecha abierta en ciudadela sitiada, aparte el estímulo que implica al mal ejemplo. Se impone á la conciencia social este sentido utilitario contra la protesta de nuestro Espronceda.

El buen natural (*vir bonus natus*) se acentúa con un vigor incontrastable frente á toda teoría contraria á la sanción y garantía del bien.

Aun desde el aspecto mecánico de la *irritabilidad sensible*, el instinto demanda con urgencia que se restablezca el equilibrio perturbado por la aparición del mal y de ello ofrecen ejemplos, los animales, los salvajes y los niños.

Brota de las más hondas raíces del instinto la tendencia general á castigar el mal y á recompensar el bien. Es consecuencia inflexiblemente deducida del instinto de conservación. Reviste forma con el símbolo metafísico de la justicia distributiva "á cada cual según sus obras.," Después, el instinto y el sentimiento popular que lo consagra se modifican poco á poco y lo que pierde el rigor inflexible de la ley (*summa lex, summa injuria*) lo gana un noble sentimiento de compasión, ya declarada en la máxima "odia el delito, compadece al delincuente.,"

Defiende la sociedad el derecho á castigar y rechaza el brutal sentimiento de la venganza. Si para conservarse, castiga la sociedad, procura también (al menos lo intenta) la reforma del culpable (escuela correccionalista). Así lo demuestra la marcha de la sanción penal. En su origen era mayor que la falta, la defensa excedía al ataque. Es el instinto de conservación con los resabios egoistas de la vida irreflexiva.

Todavía se observa esta gradación. Si irritamos á una fiera ó á un salvaje y nos hallamos á su alcance nos destrozarará; si insultamos á un hombre de mundo, nos contestará con un rasgo de ingenio; si injuriamos á una persona reflexiva, de seguro no nos contestará, perdonándonos nuestra falta.

La ley de la *economía de la fuerza*, que hace inevitable el imperio de la reflexión (claro está que acompañada de la conciencia del propio saber), suaviza la sanción penal, sustituyéndola gradualmente con la tolerancia y con el amor. Primero "ojo por ojo y diente por diente, la ley del Talió," como igualdad semimecánica entre la acción y la reacción; después la vida reflexiva tiende á disminuir la pena y á evitar gasto de fuerzas inútiles, porque exceden del fin propuesto "la defensa del individuo y de la sociedad.," Se comienza entonces á indagar los medios más racionales para impedir que el ataque se renueve. Pierde el criminal la triste condición de miembro inútil de la sociedad para ganar la de órgano en ella mo-

mentáneamente perturbado y cuyo equilibrio (mejora) es preciso restablecer.

Cambia la sanción de índole. Se convierte de excitante mecánico (terror y odio) en medio de defensa social y en estímulo reflexivo para la mejora del culpable. Máximum de defensa social y mínimum de sufrimiento individual; tales son los caracteres que impone la evolución progresiva del sentido social á la sanción.

La pena tiene, por tanto, un fin principalmente correctivo y de enmienda, para evitar (no el acto malo ya cumplido y que no tiene remedio) el acto que el culpable podría cometer en lo sucesivo. Es juntamente promesa y amenaza, razón por la cual no se castiga á los locos.

La ley suaviza la penalidad, hace cada vez más efectivo el sentimiento concreto de la piedad: *la dura lex* se siente favorablemente influída por la equidad.

Se reconoce ya hoy, como ha dicho un gran pensador, (1) siquiera la necesidad humana lo tomara como una paradoja, que *la pena es un derecho del criminal*. Con caracteres de fuego está retratada la venturosa aurora de ese hermoso pensamiento en la conciencia del criminal, cuando V. Hugo escribe su inimitable capítulo de *Los Miserables* "La tempestad bajo un cráneo.", Piensa J. Valjean que, después de restituir los candelabros de plata robados al obispo, puede darse por cumplido uno

---

(1) SALMERÓN. *Discurso sobre la Internacional*.

de los fines de la sanción; pero entiende que queda sin cumplirse el principal, el de la enmienda del culpable, ínterin no se le aplique la virtud curativa de la pena.

Castigar por y en vista del fin moral, castigar al culpable teniendo en cuenta ante todo su posible mejora, es reconocer la piedad como principio vivificante de la moral y del derecho.

Porque la voluntad, sea como quiere Schopenhauer la cosa en sí, ó consista en la síntesis de todos los factores vivos y dinámicos de la personalidad, queda intangible y etérea, y en su perturbación y desequilibrio irreformable, ínterin el estímulo y móvil de la sanción no determine en ella cambio de conducta.

Castigar por castigar, aplicar la pena sólo con la mira ruín y mecánica del sentimiento de la venganza, puede producir hasta el esfuerzo malogrado de no servir siquiera á la defensa social. Tal acontece cuando se castiga una falta ejecutando en efígie para poder satisfacer la pasión popular.

Se cuenta que en la reacción producida una vez derrocada la Revolución, durante el período del *Terror blanco* (Restauración francesa) quemaron águilas vivas á falta de lo que simbolizaban (el imperio).

Algo semejante hace á veces la miopía de los jueces humanos y su crueldad resulta inútil é irracional. Mientras el cuerpo inocente del acusado se retuerce entre crueles tormentos, la volun-

tad, que es el águila verdadera y de libre vuelo, persiste en su desequilibrio y perversión. Requiere estímulos internos y sólo recibe imposiciones exteriores.

El amor al prójimo, la tolerancia y la piedad, influyen de modo lento, pero seguro, más aún que medios externos y coercitivos, para afirmar los vínculos sociales, convirtiéndolos de lazos mecánicos, sin más aglutinante que la fuerza, en conexiones cada vez más íntimas.

A la misma tendencia y hasta necesidad intuitiva obedece la predisposición sociable é insociable del individuo, tanto en el afecto de la amistad cuanto en el sentimiento del amor.

“Entendimientos, dice Brown, que no piensan, „ni han aprendido á soportar la soledad, son una „prisión para sí mismos, si no se hallan en compañía, mientras otros, por el contrario, con numerosas ideas, sienten placer, abstrayéndose de „la multitud que los rodea.„ Y llega el dominio del deseo á hacer que se encuentren solos en medio de las muchedumbres.

Unos y otros buscan su propio complemento, pues la individualidad, sobre todo la bien dotada, es una sociedad dentro de sí misma y de ella puede decirse con el Eclesiastes que “lleva el mundo en su corazón.„

Ambos impulsos, aunque en la apariencia contradictorios, confirman el mismo principio, pues cada individuo tiene su propio carácter (traducido en una determinación específica de pensamien-

to, sentimiento y obra), que se hace amable para aquellos que, opuestos, sin dejar de ser idénticos, poseen cualidades semejantes y las expresan de modo diferente. *Eadem sed aliter*.

El respeto á lo que es diferente y la labor lenta, que hace fructificar lo homogéneo, consagran los vínculos de la amistad y del amor, completan el carácter y favorecen el desarrollo de la personalidad, fijando taxativamente el alcance de la educación y el límite infranqueable, contra el cual, como ola que bate roca incommovible, choca y en vano lucha el esfuerzo del dómine (más que del pedagogo).

Ante todo, bueno es advertir que el educando, materia sobre la cual opera el pedagogo, es un ser vivo, no blanda cera que recibe pasivamente el molde ó arlequín que se le quiera adaptar; es, ó llega á ser, con el factor del tiempo (*deviene*), persona, *compuesto instable* de elementos fijos (su propia espontaneidad, que tiene por base la constitución orgánica y la ley de solidaridad expresada en la de la herencia) y variables (el medio, los excitantes de la sensibilidad, el cambio de costumbre, etc.).

Es eficaz é innegable, la obra de la educación en todo lo que se refiere á los elementos variables de la personalidad, y estéril en todo lo que afecta á los elementos fijos de la personalidad misma, que se modifican parcial y lentamente sólo en el grado en que se asimilan las transformaciones que sufren los primeros. Es decir, en

aquello en que, como afirma Schopenhauer el *operari* afecta al *esse* ó el carácter empírico al racional.

Cuando se pretende marchar contra la corriente, todo esfuerzo es estéril. Si el pedagogo sigue la impía máxima *la letra con sangre entra*, puede salir la sangre sin entrar la letra. Aparece el dómine y tras su adusto ceño la rebeldía invencible del educando. La obra amorosa de la educación se convierte en una lucha sorda, de emboscadas, entre la dureza del que dirige el rebaño y la traviesa del que, cuando no puede romperlo, roe el redil. Vence la naturaleza al arte y mejor al artificio. La naturaleza, exuberante de vida, rebosa por todos los poros: el artificio del dómine reglamenta hasta las actitudes y los gestos. Es la hora de clase, que todos hemos llamado el siglo de sufrimientos. Entonces los más débiles en la lucha aprenden (¡triste aprendizaje!) á ser hipócritas: en cambio los más fuertes rompen contra todo valladar, y el grito de lo natural, perseguido por el formalismo escolástico, acentúa su lucha y la predisposición nativa se impone contra todo miramiento. Ovidio protesta contra su aversión á la jurisprudencia, porque su vena poética le arrastra y *quidquid tentabat dicere, versus erat*; Goethe se opone al formalismo jurídico y lo vence con su *Lust zu fabuliren*; Gambetta se salta un ojo para librarse de entrar en el seminario. Prescindid de lo natural, contrariadlo, pedagogos de todos los tiempos, que ello os vencerá siempre.

Inversamente, si el empeño del pedagogo cuenta con el factor invariable, fijo, de la espontaneidad del educando; si tiene en cuenta que es un organismo mental, y por tanto una *fuerza* que es preciso dirigir y no contrariar abiertamente, entonces el resultado es bien diferente. Si el organismo mental (la espontaneidad) del educando como factor que determina sus cambios en relación con el tiempo (edades), es cuidadosamente observado por el pedagogo en las formas y tendencias (ideas), dentro de las cuales aquél expresa y simboliza lo que tiene dentro; si el educador se convence de que toda idea tiende á realizarse (ideas-fuerzas de Fouillée) y á suscitar los movimientos apropiados á la acción, se convencerá, si quiere hacer eficaz su obra, que ha de llevar sus esfuerzos á modificar, no directamente los movimientos y tendencias resultantes de un determinismo inflexible (la necia presunción del que quiere infundir al niño la seriedad aparatosa del hombre grave), sino los móviles y excitantes de tales ideas y tendencias, encaminando su misión instructiva y educadora á los elementos variables de la personalidad. Si premeditadamente cambia los excitantes de la sensibilidad, si modifica, siempre contando con la ayuda eficaz del tiempo y huyendo de los falsos éxitos de precocidades destinadas á malograrse, las ideas del educando; si transforma el medio; sí, en una palabra, prepara la tierra, la labra y la abona, podrá recoger el fruto. Es, pues, ley de la educación, en vez de

*contra naturam*, el precepto *sequere naturam*, no para seguirla sin más y aun cohonestar sus descuidos y posibles desvíos, sino para mejorarla como ella misma es, de manera continua y rodeando la espontaneidad del educando de todas aquellas condiciones que deben constituir sustancias nutritivas que propiamente se asimila (1).

Cuentan de un naturalista que colocó en una misma vasija, separados por un vidrio transparente, sollos y pececitos de los que acostumbran comer los primeros. Los sollos se precipitaron durante algún tiempo contra el vidrio; convencidos de su impotencia, concluyeron por no intentar siquiera arrojarse sobre los pececillos. Quitó después el vidrio, y la buena armonía continuó reinando.

Alguna semejanza tiene con este procedimiento el propio del problema pedagógico; poner obstáculos á los malos hábitos, y después, una vez creado el hábito bueno, suprimir los obstáculos por inútiles, copiando así á la naturaleza, que se pretende modificar, pues sólo mandamos en ella, como dijo Bacon, en cuanto observamos sus leyes.

De este, que no de otro modo, la ingrata labor de la educación puede convertirse en obra amorosa y el educando encontrar su mejor amigo allí donde siempre halló el adusto dómine, enemigo de todas sus más legítimas inclinaciones.

---

(1) V. núm. III. *La Persona*.

Podrá la instrucción, si acaso, llevarse á cabo con la ceremoniosa apariencia de un respeto externo y de una enemiga interior; pero la educación requiere la amistad, corriente simpática que hace fructificar la semilla sembrada por el pedagogo en el campo laborable del educando.

Es la amistad, después del matrimonio, el vínculo personal más íntimo y el más fecundo en bellos frutos. Ambos, el amor juntando los opuestos sexos y la amistad uniendo los caracteres diferentes, suponen un nexo común que los concierne, la sociabilidad. Obedeciendo en su génesis la amistad y el amor á una fuerza instintiva, late y se agita en los dos un elemento intelectual, que, cuando no determina ó encauza, por lo menos aconseja y aun intenta dirigir la sensibilidad, depurándola de los extremos viciosos y del vértigo á que pudiera llevarla lo irreflexivo de la emoción.

El entusiasmo irreflexivo é inconsciente, que en la amistad lleva á una exageración vecina del hastío y en el amor al agotamiento de todo encanto, precursor de la muerte del sentimiento, revela un predominio exclusivo del elemento sensible sobre el intelectual, que conviene combatir ó por lo menos ponderar merced al esfuerzo reflexivo, si ambos afectos, el del amor y la amistad han de persistir como vínculos de concordia, y no como lazos cortados violentamente, que engendran discordias y enemigos. La significación etimológica de la palabra entusiasmo (*εν το θεο*, en

Dios) indica un estado íntimo, irreducible al análisis, precisamente porque la preponderancia del elemento sensible obscurece por completo la perspicuidad del juicio. El *Nihil mirari*, precepto de la sabiduría clásica, requiere un entusiasmo reflexivo, complicadísimo, en el cual el análisis, si no ahoga, por lo menos templa su exuberante manifestación.

Cuando llega el sentimiento al grado de exaltación que implica el entusiasmo, abandona la posición estática y contemplativa y tiende á lo dinámico, á la acción y al movimiento. Así el entusiasmo supone la creencia en la realización posible del ideal, creencia activa que se manifiesta por medio del esfuerzo y que revela que en el amor existe un elemento dinámico, merced al cual puede afirmarse (lo mismo que Aristóteles afirmaba del pensamiento, que pensar es obrar, acto puro) que el amor es acción, obra, fecundidad. El alma entusiasmada ha sentido la emoción fortísima de lo que la afecta, y con la emoción el acicate para realizarlo, ó por lo menos identificarse con ello. Es igualmente carácter del entusiasmo el de aparecer como exaltación del sentimiento provocado por estímulo ó acicate interior (ó por lo menos que, aun procedente de fuera, se le ha hecho íntimo el sér sensible). Se refería en la antigüedad á una acción directa de lo divino (*furor divinus*), y actualmente á una influencia del todo (ideas generales, sentimientos colectivos, etc.), sobre el individuo y su propia constitución. Con base orgá-

nica en la espontaneidad del individuo, en su fuerza almacenada, toca el entusiasmo á algo inefable que constituye el natural ó la idiosincrasia de cada uno (almas entusiastas, espíritus fríos ó indiferentes) que se traduce en la predisposición á convertir rápidamente las fuerzas de tensión en fuerzas vivas.

Anula en cierto modo el entusiasmo la individualidad, subyugada por la acción invasora de todo, que se concreta en la exaltación del sentimiento. Las sacerdotisas y las vestales, las pitonisas y las sibilas antiguas, los bonzos y los fakires, los derviches de la India y del Oriente, la bajada del Espíritu Santo en lenguas de fuego sobre los apóstoles, las visiones apocalípticas de San Juan, las iluminaciones de todos los inspirados y visionarios, los temblores de los cuákeros, los éxtasis de los convulsionarios, las visiones de los milenarios, las múltiples manifestaciones del histerismo moderno, toda obsesión, en una palabra, constituye condición abonada para que la espontaneidad del individuo se absorba, en cierto modo se diluya, en aspiración de alcance colectivo, que expresa por lo menos plásticamente la solidaridad social á que obedecen, aun en sus posibles desviaciones, los vínculos de la amistad y del amor.

Pero acentuadas las desviaciones merced al entusiasmo irreflexivo, el vínculo social se puede convertir en nudo que asfixie, y por elevar la individualidad es fácil llegar á su anulación, como

acontece al orgullo. En efecto, si se suprime del sentimiento de la propia dignidad el límite, dentro del cual se concreta el individuo, aparece el orgullo ó amor propio exaltado. La psicología convertida en geometría, la cualidad suplantada por la cantidad y la energía sustituida por la fuerza, sirven de base al orgullo, que no reconoce límite para la elevación y el engrandecimiento propios. Todo lo interno aspira á vaciarse en lo exterior. Y como no se puede ser orgulloso sin despreciar algo ó á alguien, mirando desde la fantástica pirámide de la propia exaltación lo pequeño que rodea al endiosado, acompaña como aureola (que no cierra porque carece de límites) á su silueta una sonrisa burlona y sarcástica, que es la mueca eterna del *musculus superbus*. La acumulación de energía psíquica, cuyo efecto inmediato es el *desequilibrio*, daría con el inflado de orgullo en el abismo del ridículo sin el límite infranqueable de las conveniencias sociales.

Como dice Mantegazza, las conveniencias sociales *cortan las uñas y liman los dientes* al orgulloso, obligándole á vestir la túnica de la hipocresía. Sin ella, en vez de la apoteosis del Capitolio se da con el despeñadero de la roca Tarpeya. La falsa apariencia de una mentida modestia (suele la modestia exajerada ser orgullo disimulado), oculta el veneno de las aspiraciones sin límites. Menudean el entusiasmo y la moda los golpes de incensario á las celebridades (sea un hombre de mérito, sea un ídolo de barro); pero han

de aparentar, en el acto de ceñírsela, que deben la corona que obtienen, más á la benevolencia ajena que al mérito propio.

Allá entre los salvajes, donde la condición humana sigue navegando en el mar inmenso de la animalidad, se ve únicamente las calles empedradas de hombres vivos para que pase por encima de ellos su amo y señor. Entre nosotros, cuando se ven aplaudidos y exaltados los poderosos, sienten la necesidad de responder con graves y majestuosas inclinaciones como signo de gratitud á una lisonja, casi siempre interesada y pocas veces sincera.

Si es ó no voluntaria la modestia, que acompaña á la apoteosis, cada cual en su conciencia, cuando marcha de la inmortalidad al alto asiento, lo sabrá. Lo que no puede ignorar es que, si no la tiene y no la siente voluntariamente, se le impone, porque el favor popular es viento que cambia rápidamente su dirección.

Aun impuesta y revelada sólo hipócritamente la modestia, tiene su razón de ser el criterio social. Se opone al necio desvanecimiento del engréido y le obliga á reconocer que la hipocresía de una buena cualidad es el *tributo pagado por el vicio á la virtud*.

Sirve de enseñanza en vivo para que el poseído ú obsesionado aprenda que vale, más que por privilegio personal, por lo que sirve á los fines á que se consagra.

Todo por las ideas, nada por las personas, pues

mientras las primeras ennoblecen todo intento, empequeñecen las segundas los más levantados propósitos, ya que la sensibilidad por sí sola es siempre criterio contradictorio.

Abandonado el entusiasmo á sí mismo, sin límite que le sirva de cortapisa, se agota y esteriliza (por la falta de ponderación del elemento intelectual), concluyendo por negar y contradecir el propio objeto de sus anhelos. Así, por ejemplo, es fácil observar que el entusiasmo religioso degenera en fanatismo (odio á los que no comulgan en la misma fe), el patriótico en egoismo (orgullo nacional, nosotros sólo somos los buenos), el filantrópico en misantropía *et sic de cæteris*.

Para evitar tales riesgos, es preciso convertir el entusiasmo en reflexivo (merced á la ponderación que puede prestarle el elemento intelectual, que vive lo mismo en la amistad que en el amor) sin que aminore su cualidad intensiva, pues, contra lo que supone una observación superficial, no es afortunadamente cierto que el espíritu de análisis y crítica ahogue en germen el entusiasmo y favorezca la indiferencia. Lo que acontece es que los objetos á que se refiere se transforman, como se transforma todo en la vida, y de ello ofrece ejemplos á granel la historia comparada de los sentimientos de la naturaleza, del hombre y de la divinidad. Guyau (1) ha hecho observaciones muy certeras en el juicio comparativo de estos

---

(1) V. *Les problèmes de l'Esthétique Contemporaine*.

afectos y sus manifestaciones á través del tiempo. Fácil sería también establecer la misma comparación entre las distintas fases del amor, desde el sensual de los antiguos, el místico de la Edad Media, el galante y caballeresco, el idealista de los románticos, el melancólico de Musset y otros al filosófico de Schopenhauer, que le apellida "meditación del genio de la especie., Lejos de combatir el entusiasmo, al reconocer sus posibles desviaciones, su evolución indica, como ley que lo perfecciona, *intelectualizar* la sensibilidad ó convertir el entusiasmo en reflexivo, concediendo la importancia que le es debida al elemento intelectual, que existe en los afectos humanos.

Si el entusiasmo irreflexivo puede hacer degenerar el amor en pasión perturbadora del orden y racionalidad de la vida, el carácter viciosamente constituido es susceptible de introducir desorden y discordia en los puros afectos, que son obligada consecuencia de la amistad. Lo desemejante en medio de la semejanza (verdadera aurora de la racionalidad) sirve de base al carácter y explica la recíproca coexistencia de los que son opuestos y aun su posible complemento en el comercio social de la amistad.

Pero el carácter (aparte la innegable influencia de la educación) es factor que no procede sólo del individuo; en él arraiga seguramente, pero se nutre del medio que le rodea, siendo, por tanto, obligado indicar (ya que precisar concretamente no sea posible) cuanta y cuan numerosa diversi-

dad de elementos se cruzan en este hervor de la vida, que sirve de cuna al carácter. De nexo y vínculo íntimos de unión social puede convertirse el carácter, si no es flexible, en germen de discordia. Cuando no lima la flexibilidad del carácter las asperezas con que cada individualidad quiere absorber los elementos reales (propiamente objetivos, del medio) en que la amistad se apoya, se anula este afecto como muere el amor, cuando su único móvil es el acicate de la concupiscencia, sin la finalidad que le es inherente. Pero si se procura que adquieran tales elementos cierta relativa superioridad sobre las pretensiones egoistas del individuo, la amistad debe de ser signo de concordia entre los hombres, tanto más, cuanto más consistencia tengan los caracteres que la crean. Así subsiste, que no de otro modo, la verdadera solidaridad humana, merced á la cual el individuo asocia á su iniciativa propia el concurso eficaz, que le presta el medio (1) al cual se

---

(1) Porque el medio es primeramente *interior*, es la realidad representada. Así como C. Bernard dice que sin el *medio interior* (sangre y líquidos blastemáticos) no es posible la vida, es lícito afirmar que sin la realidad, vista á través de la representación, no se concibe el principio originario de la personalidad individual, que ha de establecer con otra el nexo de la amistad. Ahondar en lo personal (que es el medio más el individuo), elaborar en el medio interior y en él, con ocasión del dato real que se contempla, hallar la nota genérica, el acorde común, el universal pensar y sentir, será disponerse favorablemente para hacer que resalte lo semejante en medio de la semejanza ó los caracteres opuestos, que se conciertan en el vínculo de la amistad.

adhiera con los vínculos que la amistad establece.

Importa, pues, observar que el limo y sedimento de la propia personalidad se forma en relación al medio, ó que la primera es respecto al segundo como la planta nutrida por el aire. Curiosas son por demás algunas de las observaciones relativas á este punto, recogidas por algunos grandes escritores. A través de notas incoherentes y nimias, revelan los toques del talento ó del genio, al evocar sus propios recuerdos, lo mismo que flor perfumada al mover sus hojas, lo más íntimo y consustancial de su sér, algo que surge del fondo é idiosincrasia propios al contacto con la realidad, choque en cierto modo semejante al del acero con el pedernal, de donde salta la chispa. Profundizar con la sonda de la reflexión y de la crítica en estas corrientes positivas y negativas, simpáticas y antipáticas, que son constantes entre la personalidad y el medio que la rodea; notar ahora la influencia benéfica, apuntar después la tendencia repulsiva, fijar más tarde el consorcio de la personalidad con el medio ó la divergencia de la primera respecto al segundo; es, en último término, reconocer la *grandeza de lo pequeño*, dando con ello testimonio preciso de que *todo está en todo*. Y es claro que la complexión, que pone de relieve la realidad en todos sus diversos y múltiples matices, se acentúa con tonos plásticos y vivos muy señaladamente en la inefable y divina conjunción de la personalidad con el medio como el punto de

empalme de la individualidad con su fin. *Omne individuum ineffabile*, ha dicho Schopenhauer.

Fijando en la serie indefinida de impresiones que de todos lados nos rodea como atmósfera que nos nutre, las que persisten al través del tiempo y se graban en nosotros, formando carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso, es como nos adiestramos en aquel arte sublime de *saber mirar y ver*, á que reducía Goethe la condición primordial del talento. Si á ese registro ó inventario unimos, en especie de corriente central, los eslabones restantes de esta cadena de oro, en que engarza la vida latente de nuestro carácter, observaremos cómo en él se sintetizan las influencias del medio con el impulso inicial y semigerminativo, que más tarde ha de fructificar en la personalidad. Cuando se malogra y esteriliza, lo mismo puede proceder el mal éxito de las influencias del medio (lo desfavorable de las circunstancias) que de la torpe dirección que dentro de ellas imprimimos á la propia personalidad. Impone el ritmo del tiempo su marcha inflexible á las conexiones de la persona con el medio y sirve de valla á lo extemporáneo, á lo que aparece sin razón, antes de su madurez (precocidades malogradas).

Demandan las enseñanzas de la experiencia, que el obligado decurso del tiempo sea la causa ocasional para que la racionalidad infiera la *previsión*. Necesita para ello la inteligencia elevarse á *las grandes síntesis*, condensar en sus perspecti-

vas la característica de su época y presentir las necesidades más urgentes de la venidera.

Reunía tales condiciones el gran poeta Goethe, personificación del genio de su raza, y hombre que con su amplísima cultura penetró el espíritu y la vida de las épocas pasadas. Denominaba su procedimiento de previsión "química mística y cabalística,,," poseía el instinto de la naturaleza y, haciendo gala de impersonalidad para identificarse con la realidad circundante, practicaba la regla de Montaigne "no enseño, ni invento, refiero ,,y atestiguo lo que veo y lo que presiento,,."

Marchamos, dice, (1) rodeados de misterios; ignoramos lo que pasa en la atmósfera que nos rodea, pero, en determinadas circunstancias, nuestra alma tiene más poder que los sentidos, y le es dado presentir y aun ver el porvenir más cercano. Se concluye por creer en algo *demoniaco* sin comprenderlo.

Es para Goethe lo demoniaco el enigma indescifrable del mundo y de la vida, el poder secreto y misterioso que todos sienten, que ningún filósofo explica y que el creyente procura dar por resuelto. Es lo insoluble para la inteligencia y para la razón; no forma parte de mí mismo, pero estoy sometido á ello, dice Goethe. Y añade "pensando mucho, sintiendo más y hablando poco,, sufro imposiciones (el *Deum passus est* de los inspirados) que sirven de indicio á mis presentimientos acer-

---

(1) V. *Conversaciones*.

ca del hombre, "laberintos sobre laberintos.,, Cuando publicó el *Werther*, hijo de su propia sangre, escrito de una manera inconsciente y al modo de un sonámbulo, afirmó haberse curado de una enfermedad bien grave (la servidumbre de las pasiones), que habría de llegar á ser mal que afectase á la colectividad. El *Wertherismo* ó enfermedad del suicidio, que siguió como cortejo fúnebre al éxito de la novela, prueba la certera previsión del poeta, que decía: "desgraciado de aquel que no encuentra en su vida un momento, en el cual crea que el *Werther* ha sido escrito para él solo.,,

En Septiembre de 1792 formaba Goethe parte del ejército aliado contra los Revolucionarios franceses. Observó que, después de la toma de Verdun, el comandante Beaurepaire se mató de un pistoletazo, y que un granadero disparó contra los conquistadores, esperando tranquilo su suerte. Llamó su atención tal exuberancia de patriotismo y dejó de prestar asentimiento á las descripciones de los emigrados, que pintaban la campaña de Francia como si hubiera de ser camino triunfal á París, y á conceder una gran importancia al gigantesco movimiento de la Revolución francesa que ninguno de los que le rodeaban presentía. Su independenciamiento de juicio entre los coligados, le valió ser considerado como republicano.

Después, cuando el ejército aliado se vió detenido por el revolucionario, y el fuego insistente

de la artillería del último imponía pavor en todos los ánimos, preguntaban á Goethe qué opinaba, y decía con tono profético: "En este lugar, y desde este día, comienza una nueva época en la historia del mundo y podréis decir: *yo estuve allí.*" Y en Mayo de 1793, durante el sitio y rendición de Maguncia, dice Goethe, me recordaron mis palabras, que se habían cumplido, no sólo en un sentido general, sino á la letra, porque desde aquel día los franceses habían cambiado su calendario.

Al oír por primera vez la *Marsellesa*, la apellidó Goethe *Tedeum revolucionario*, destinado á propagar, con sus entusiastas y patrióticos acordes, los nuevos principios del derecho, destino que se cumplió con las conquistas de Napoleón en Europa, y mejor con la implantación del principio revolucionario en todos los pueblos cultos.

Tenía Goethe, aun en su vejez y decrepitud, debilidades bien acentuadas por sus estudios y observaciones en las ciencias naturales, se dolía del desvío que le mostraba el mundo científico, abrigaba la convicción propia de que un *tipo universal*, que se perfecciona por metamorfosis, recorre todos los grados del organismo como expresión de la ley de Camper ó de la unidad de composición. Se atribuía como título de gloria su descubrimiento del hueso *inter-maxilar humano*, y mientras Europa rugía en luchas cruentas ante las audacias de Napoleón, seguía avaramente las discusiones entre Saint-Hilaire y Cuvier en la Academia de Ciencias de París. Extrañaba á sus

admiradores, entre ellos á Eckermann, que se olvidaba de su gloria como el primer poeta de su tiempo, y dolíase de que los sabios no se ocuparan de sus trabajos, aconsejándole seguir dedicándose á los versos. Y Goethe, previsor más que los mismos que le censuraban, seguía fiando uno de sus más valiosos títulos á la gloria en sus trabajos científicos.

“No hago mucho caso, decía en sus *Conversaciones*, de todo lo que he producido como poeta. Poetas excelentes han vivido en mi misma época, más grandes que yo han existido antes y los habrá iguales á mí. Pero de lo que estoy orgulloso es de haber sido en mi siglo de los pocos que se han consagrado con ahinco á los estudios científicos y á la observación de la naturaleza. De ello me envanezco y en ello fundo el sentimiento de mi superioridad sobre un gran número de gentes.,”

Si acertó ó no Goethe en sus presentimientos, lo dicen notabilidades científicas contemporáneas como Helmholtz, Bois-Rymond y Hœckel, que reconocen en él uno de los más ilustres precursores de la teoría de la descendencia y de las nuevas hipótesis, que tan hondamente han contribuído á los progresos de las ciencias naturales.

Las oscilaciones continuas de Goethe, durante su juventud, para fijar su vocación, titubeando si seguir su *Lust zu fabuliren*, haciéndose poeta, ó encaminar la flor de sus energías, consagrándose á la pintura, representan luchas silenciosas, pero persistentes, que le llevaban á cojer con

frecuencia el puñal del suicida, pero muestran también su especialísimo don de previsión. Efecto de él se anticipa á los deseos de Lavater y Mlle. Kletenberg, huyendo los propósitos de ambos, que anhelaban encerrar su genio en un pietismo romántico, y aun se niega al estudio, y más que al estudio á la profesión y ejercicio del derecho, según deseara su padre, para entregarse por completo á la ciencia y al arte. Cuando Goethe se ve envuelto en los grandes acontecimientos políticos, provocados por la Revolución francesa, nuevamente acentúa su *previsión profética*, declara que no siente exaltación de su patriotismo, que persigue algo más amplio, su célebre *ciudad ideal* y que, careciendo de la inspiración y del fuego de un Kœrner, no quiere ser caricatura grotesca de Tirteo y prefiere ser tachado de egoista á que desvíen influencias exteriores su propia vocación.

Acentuando el contraste, sin que le falte patriotismo, aunque sentido y entendido por él de un modo especial, Goethe se fuerza en engolfarse en sus estudios científicos y en sus trabajos de erudición para huir el estruendo de los grandes sucesos políticos. Cuando mira hacia ellos, los ve bien claros y aun presente que la soñada hegemonía de los Teutones no será viable interin no comience por reconocer de momento su derrota ante los triunfos de la revolución francesa y continúen trabajando por fundar la *ciudad ideal*, símbolo por él acariciado de la unidad alemana. Si

los hechos han confirmado ó no posteriormente sus previsiones, que lo digan cuantos siguen con interés la marcha general de la política europea.

¡Quién sabe si el genio de Goethe, una vez obtenida la hegemonia germánica, hubiera solicitado de sus contemporáneos ley y conducta para el vencido distinta de la que le impone la férrea mano de los emperadores alemanes!

De todas suertes, presentimientos y anticipaciones referidas por igual á su propia persona y aun á los sucesos que se avecinan, abundan en la vida de Goethe. Si su personalidad no se destacara tan precisa y clara, efecto de su autobiografía y de los estudios críticos á que han dado margen su obra y representación en la ciencia y en el arte, pasaría por *profética* é inspirada. A pesar de la crítica que parece que todo lo empequeñece, Goethe se muestra más grande cuanto más se le estudia y revela que sus condiciones personales exceden el límite de lo vulgar. Lo que en los demás es signo obligado de la propia racionalidad, la *previsión* para la vida, en Goethe toma relieve tan acentuado y práctico, que se convierte en un *don profético*. Aún quedan previsiones del gran poeta, que esperan confirmación de parte de los hechos (señaladamente en lo que toca al porvenir del arte y de sus posibles transformaciones). De los realizados hasta ahora, ninguno contradice, antes bien parece que prepara su cumplimiento. Fiemos en que el tiempo confirmará por modo cumplido todas aquellas anticipaciones que Goe-

the presentía acerca del *Realismo* en el arte, sin que para ello sea óbice que se malogren ó desvíen de sus propios cauces algunas de sus manifestaciones; puesto que el mismo daba por fallidos tales primeros intentos, cuando representaba en el hermoso símbolo de *Euphorion*, engendro malogrado, no bien hubo nacido, la aurora del arte moderno.

En observaciones, notas ó registros de esta índole, especie de saldo de la propia personalidad con las circunstancias que dentro del medio la rodean, es preciso que la crítica separe *el trigo de la cizaña*, es decir, del *subjetivismo presuntuoso*, que sólo enseña la flaqueza de la condición humana, cuando néciamente prendada de sí, aspira á subplantar la realidad de que se nutre, y dentro de la cual vive, con el orgullo de un Narciso enamorado de sí mismo.

En las notas y perspectivas del hombre que se estudia en su medio y dentro de esta compleción en el fin que ha perseguido, la realidad circundante es el término primero, es el acero contra el cual choca el pedernal para que salte la chispa. Y de este modo, con sinceridad y modestia, en el grado mismo en que pone de relieve el buen temple del acero, enaltece, aun sin quererlo, el pedernal que con él se pone en contacto.

Pudieran citarse á granel ejemplos de observaciones de carácter real y aun de transcendencia universalísima en muchas obras de los grandes escritores.

En ellas surge su propia personalidad y se destaca con un valor substantivo dentro del medio que la circunda, cual síntesis y cúpula de la propia existencia, ofreciendo de este modo enseñanzas, de obra y de palabra, para la formación del carácter y aun para la explicación justificativa de las imperfecciones que le son inherentes, pues el hombre perfecto, el *Caballero sin Tacha y sin Mancha*, es un héroe de melodrama, pero no un sér real y vivo.

Explican, por ejemplo, determinadas cualidades del carácter personal las *bromas serias* de Clarín, cuando refiere su primera entrada en la Universidad, los prestigios que se le desvanecen, los que toman más cuerpo que el que les había concedido en su imaginación, y otras *exquisiteces* propias del escritor que, como él, mira alto y cimenta hondo. Y si queremos seguirle en esta confesión de sus puntos (y quizás comas) pecaminosos, leed y leamos la descripción que hace de la primera vez que oyó y vió representar á Calvo, á aquel malogrado *tenor del verso*. Los acentos, entusiasmos y ternura del gran actor recordaban al crítico severo y sagaz su tierra, su madre, su infancia muerta y su pubertad naciente, y le hacían olvidar las condiciones artísticas y literarias de la obra que se representaba. En esa lectura, ¡cuánto y cuánto campo laborable hay para ejercitar el *saber mirar y ver*.

Sin salir de los contemporáneos, que deben inspirar más intenso *calor de humanidad*, leyendo

*Treinta años de París*, de A. Daudet, es imposible olvidar la descripción, aunque minuciosa, concisa, al estilo de Melo, de la noche de insomnio que pasa el novelista esperando ver su primer artículo publicado, y llega el momento semigene-siaco, el *Fiat* bíblico, y el atentado contra la vida de Napoleón impide que salga el periódico y todo el sueño de oro se disipa como nube de verano. Y después viene otro sueño y otro. Un primer frac, una primera entrada en el gran mundo, hambre que siente, poeta desconocido á quien toman por un príncipe de Valaquia, dispensándole un honor que se siente obligado á estimar como un insulto, una copa de exquisito licor que es agua clara; miedo á sí mismo y al ridículo, que de tropezón en tropezón á cual más prosaicos, obligan al poeta lírico y tildado á cometer la insigne torpeza de romper vasos, platos y demás servicio de mesa concluyendo por salir huído de aquella casa. Todos ellos son otros tantos episodios que en su pequeñez revisten la sublimidad de lo que es íntimo y propio, revelando el hermoso contraste que resulta de un medio dentro del cual no se halla aún adaptada la persona que se mueve en él. ¡Con qué fácil habilidad y posesión de sí se moverá actualmente Daudet en esos mismos círculos!... Aprende, antes de enseñar ó enseñando, Daudet, *docendo discitur*; así es que reconoce, en la fidelidad con que evoca y describe este y otros recuerdos, su predisposición á los detalles minuciosos, sus preferencias por lo íntimo y por lo

delicado, inclinaciones que en él se acentúan favorecidas por su miopía. ¡Cuan natural y espontánea es la aparición del carácter personal de este escritor, dado el medio y condiciones que le han rodeado!

En esta especie de meditaciones exteriorizadas de los grandes escritores, es necesario discernir el elemento exclusivamente subjetivo, que (aun cuando á veces sea el que merece las preferencias del escritor) es supérfluo y baladí, del personal é íntimo. Este es el elemento utilizable para concebir los *caracteres en vivo*, como son ó deben ser, dinámicos y no estáticos, pues su mismo aspecto permanente evoluciona y se transforma merced á su inmersión en el medio. A tan intensa labor excita todo escritor que sabe, aparentando sólo hablar de sí mismo, hablar de todas las cosas que con él se relacionan. Cuando llegue á nuestras manos libro de tal naturaleza (y la señal que lo caracteriza es bien patente) es preciso leer y meditar, pues en lo pequeño se halla lo grande y en lo cómico lo serio. A tales libros, hay que aplicar el conocido precepto: *Lege et labora*. Con su lectura, "no se navega sólo en lo insondable," como decía V. Hugo, ni se cruza por mares formados con *islas de islas*, como dice Clarín, sino que se afirma la existencia del medio interior, baluarte metafísico, residuo idealista que es factor esencial de estos dramas internos donde la semejanza y la desemejanza, la individualidad y el medio constituyen semilla, que ha de fructificar

en el carácter. Elaborándolo dentro de esta complejidad de vida, se prepara favorablemente el nacimiento y desarrollo de la amistad, produciendo conjunciones venturosas de los elementos más íntimos y personales con los objetivos y de alcance universal. Porque en este punto, en el de la semejanza combinada con la desemejanza reside el origen del sentimiento de la amistad, problema que ya fué examinado en su tiempo por los filósofos griegos.

Aristóteles (1) pregunta si la amistad descansa en la semejanza ó desemejanza de los caracteres y de las personas. Mientras unos invocan el principio de que lo semejante busca lo semejante, (2) otros aceptan el verso de Hesíodo de que lo semejante repugna lo semejante. Heráclito profesaba también la doctrina, que el contraste es sólo bueno y que la más bella armonía nace de las oposiciones, y en fin, que todo en el universo ha nacido de la disputa ó de la discordia. Platón expone las opiniones contrarias y refuta la una con el auxilio de la otra, recurriendo á mostrar la razón de la primera por la sinrazón de la segunda y vice-versa, y concluye que la amistad no se apoya en la semejanza sola, ni en el contraste exclusivo, sino en la combinación de la semejanza con la diferencia.

Igualmente se ha reconocido el sedimento mo-

---

(1) V. *Moral á Nicomaco*.

(2) V. JENOFONTE. *Memorabilia* y CICERÓN. *Lelius sive amicitia*.

ral de la amistad por Aristóteles que declara "la verdadera amistad es la de los hombres virtuosos,, por Cicerón que dice: "soy de parecer que no puede existir amistad sino entre los hombres de bien,, y en nuestros días por Voltaire, que afirma que "la amistad es unión del alma entre ,,dos hombres virtuosos, porque los malos sólo ,,tienen cómplices, los voluptuosos compañeros ,,de vicios, los interesados socios, los políticos ,,partidarios, los príncipes cortesanos; únicamente ,,te los hombres honrados tienen amigos.,, Persiste, en efecto, la amistad merced al reconocimiento mutuo del mérito entre los amigos (digno de ser amigo que se dice) y á la recíproca estima. De ella procede la identificación de nuestra personalidad (aunque no de los intereses que suelen perturbar la amistad, por lo cual dice el proverbio: "cuentas claras y amistades largas,,) con el amigo. "Al verdadero amigo, dice Cicerón, le ,,mira el otro como á una imagen de sí mismo.,, Montaigne, pagando tributo al recuerdo de La Boetie, decía: "Si me obligasen á explicar por ,,qué le amaba, sólo podría contestar, porque yo ,,era él y él era yo mismo.,, Dice Cicerón que en la fábula de Pacuvio ignoraba el rey quién era Orestes, y Pilades afirmaba que era él, para sufrir la muerte y evitarla á su amigo, mientras Orestes aseguraba muy de veras que era él. Aplaudían los espectadores, siendo fingido, y añade Cicerón: ¿qué harían si fuese cierto? La intimidad del afecto puede acentuar su grada-

ción, llegando al sacrificio de la propia personalidad, nota que con la del sedimento moral, inherente á la finalidad del amor, es también común á ambos vínculos sociales (la abnegación y el sacrificio).

No excluye la amistad (como el amor) la pluralidad de individuos á quien consagrar el afecto, y puede crecer su extensión, siquiera pierda en cualidad, degenerando en el superficial trato social. Así dice el sentido común: "conocidos muchos, amigos pocos," (1).

Cita Plutarco con elogio el parecer de Pitágoras, que aconseja no estrechar la mano á mucha gente, pero si los amigos son buenos y están bien elegidos, se puede afirmar que "á aquél que tiene mil amigos no le sobra ninguno, y el que tiene un enemigo lo encontrará por todas partes," porque si es desgraciadamente cierto que hay pocos buenos amigos, también lo es que no hay enemigo pequeño. Dada la complejidad de vínculos (por la complejidad del carácter) que en la amistad se reúnen y la facilidad con que se aprietan ó aflojan los lazos del afecto, parece prudente considerar al amigo como si alguna vez pudiera llegar á ser enemigo, y á la vez tratar al enemigo como si hubiera de convertirse en amigo.

Tiempo y sazón (y no sólo el instintivo movi-

---

(1) Las amistades típicas de los antiguos griegos son, entre dos solamente, como las de Tirteo y Piriteo, la de Aquiles y Patroclo, la de Orestes y Pilades, la de Damon y Plintias y la de Pelópidas y Epaminondas.

miento de atracción) requiere la amistad para fructificar, siendo preciso tratar al amigo para conocerle y llegar á identificarse con él, explicando hasta sus propias faltas (para lo cual ha de servir de norma lo que dejamos dicho de la ley de la tolerancia). "Las más antiguas amistades, dice Cicerón, son (como los vinos añejos) las más agradables, y es verdad el dicho común de que para ser perfectos amigos, es menester haber comido juntos muchos celemines de sal."

Libre la amistad de la pasión que engendra el amor, siquiera la complexión del carácter la rodee por todas partes, es un sentimiento tranquilo y un afecto igualitario, *Amicitia pares invenit vel facit*. Iguala al superior con el inferior, sin que respeto y consideración lleguen á lo íntimo de la amistad, hasta que se ha establecido la recíproca igualdad en el cambio y correspondencia de los afectos, que se traduce en el lenguaje familiar, prescindiendo los amigos de todo tratamiento y concluyendo por *tutearse*. La igualdad que implica el afecto amistoso se halla expresada en la significación propia de la palabra *simpatía* (sufrir con otro y por otro). Así se dice que los buenos amigos se conocen en la adversidad y en las enfermedades, sellando el dolor de modo imborrable el vínculo de la amistad, (desgracias sobrellevadas en común.)

Pero otra vez la sensibilidad se ofrece como criterio contradictorio, cuando no se *intelectualiza* ó hace reflexiva. Puede ser y es en efecto el do-

lor una prueba y contraprueba de la amistad. Mejor aún que el placer, la adversidad contrasta la eficacia del afecto. No es, sin embargo suficiente el dolor ni la simpatía que despierta en los demás (compasión) para afirmar el vínculo de la amistad; antes bien se requiere la reacción sobre el dolor mismo y la cooperación activa para librar de él al que siente sus efectos. La simpatía perezosa, como si el dolor tuviera en sí mismo una finalidad propia, equivale al sofisma perezoso que conserva todos nuestros errores (1).

Se ha observado y estudiado diligentemente el dolor, se ha personificado su acción en la vida (diablo) y se ha llegado á hacer de él una especie de divinidad. La escuela de la adversidad forma los grandes caracteres, se ha dicho. Y todo ello tiene su parte de verdad, que conviene consignar, pero añadiendo que la reacción implícita en la sensación dolorosa debe servir de indicio á la conducta que el hombre ha de seguir frente al dolor, rehaciendo sobre el propio y sobre el de los demás para anular sus perturbaciones y conseguir el equilibrio de la sensibilidad.

Siempre es peligroso precipitar la inducción, nunca es conveniente volar por regiones donde se

---

(1) Aún más grandes son las consecuencias del sofisma perezoso en Moral (especie de fatalismo árabe). Alguien le ha comparado en sus efectos terribles al *curare*. El sueño en la inercia del sentido moral despierta en las sombras del mal y del crimen.

necesita caminar con pies de plomo; pero en ningún asunto ofrece más riesgos la *síntesis prematura* que en la interpretación de los datos que á la observación presenta la sensibilidad. Ha intentado, por ejemplo, y en parte conseguido el análisis científico, determinar algunas de las condiciones del dolor como perturbación y desequilibrio de la sensibilidad en su relación con el medio ambiente; ha puesto de relieve su mayor riqueza expresiva comparada con la del placer; ha observado que la contrariedad acusa una petición inconsciente de auxilio y ayuda, que con el dolor se contrae la parte impresionada como si instintivamente se pretendiera mostrar menor superficie á la excitación desagradable, mientras que el placer dilata el órgano satisfactoriamente afectado. En seguida el arte, montado en el Pegaso de la imaginación, ha invadido el terreno de las conjeturas, y, dominado por la preocupación teleológica, ha interpretado semejantes datos, atribuyéndoles una finalidad transcendente, que implica por lo menos el olvido de la complejidad de lo real cuando no sirve de indicio para colegir que el vicio antropomórfico, concibiendo la realidad al modo de la nuestra, subyuga aun á las inteligencias más claras.

De largo abolengo es el empeño que atribuye una finalidad al dolor, con su virtud curativa, la influencia que se le reconoce en falsos métodos, de educación (la letra con sangre entra), y el alcance que se le concede para el destino ulterior

de la vida en determinadas doctrinas morales y religiosas (ascetismo).

La fruta del árbol prohibido del Paraíso, el pecado original, los tiempos fabulosos y heroicos de todos los pueblos, el talón de Aquiles, el fuego de Prometeo, etc., son otros tantos mitos de maldición y ensayos explicativos del dolor, tocados todos ellos de la radical impotencia con que el hombre blasfema contra lo inefable é inexplicable que le circunda. Representan *contestaciones* (que no lo son aunque lo parezcan) de la imaginación al eterno grito con que inquiere la criatura el enigma de la existencia: ¿por qué se sufre?

No cede, antes bien persiste, la inteligencia humana en este su incesante afán explicativo; y si se derrumban antiguas concepciones y desaparecen mitos, se reanuda de nuevo la obra, y siempre, constantemente, se están ensayando nuevas y más generales, cada vez también más comprensivas explicaciones del origen del dolor, en todo tiempo solicitadas por el instinto de la curiosidad, pero hoy vivamente exigidas como necesidad urgente ante el progresivo desarrollo alcanzado por el pesimismo. Es conveniente (nada huelga en la ruda labor del pensamiento) examinarlas y tenerlas en cuenta como otras tantas etapas que recorre el pensamiento humano á través de esta larga peregrinación, formando gradualmente conciencia de sí mismo y de cuantos objetos le afectan y solicitan. Pero impone la circunspección (ley propia de toda crítica) notar repetidas veces que

todo lo real es complejo, complejísimo, mucho más de lo que suponemos; y además que las hipótesis y conjeturas, en que expresa sus audacias la concepción humana, reducen casi siempre, por la tendencia unificadora del entendimiento, la realidad á términos simples y genéricos, como si estuviera hecha de una pieza ú obedeciera á plan preconcebido por nosotros mismos.

Influída y casi viciada por una precipitada tendencia unificadora se halla la teoría, sólo en parte verdadera, de Richet (1), cuando afirma que el dolor, como aviso de una perturbación ó desequilibrio, que exige ser rectificado, es *el centinela de la vida* ó la vanguardia que, en función saludable, nos obliga, mediante crueles advertencias, á cuidar de nuestra propia conservación.

Las experiencias parciales, que aduce en pro de su tesis el fisiólogo francés, tienen su parte de verdad, pero la transcendencia *teleológica* del dolor no aparece suficientemente comprobada, ni quedará como progreso definitivo del pensamiento ínterin los hechos observados no sean en mayor número, pierdan su aspecto contradictorio y autoricen justificadamente la inducción, que excede del orden de la realidad inmediata al de la exterior y transcendente, factor por lo menos tan importante como el primero en la serie de los fenómenos complejos de la sensibilidad. Mientras ignoremos en qué consiste el cambio físico-quí-

---

(1) V. *La Douleur Etude de Psychologie physiologique.*

mico de un nervio ó de una célula que sufre (base orgánica de todo dolor moral), sólo obtendremos definiciones descriptivas del dolor, sin percibir su índole propia, que no excede, para el análisis actual, de un estado subjetivo ó hecho de conciencia máxime si se observa que, á veces, únicamente *la intensidad de las sensaciones* separa el placer del dolor. Así, por ejemplo, se nota que no existe abismo alguno, ni línea divisoria bien acentuada entre el placer y el dolor, y que la delicadísima urdimbre de la sensibilidad se halla constituida por gradaciones y matices que pasan de lo placentero á lo doloroso en regiones intermedias ó *placeres-dolores* (los sabores agridulces, el ridículo, la melancolía, etc.)

Es necesario rechazar todo intento de personificación abstracto que pretendiera atribuir á la naturaleza la cualidad consciente; puesto que si el dolor se muestra como centinela de la vida, es á veces *traidor* á su consigna. Si males, por ejemplo, que no son graves, van acompañados de grandes dolores (los del parto normal, el dolor de muelas, etc.), otros de suma gravedad (males internos, casi todas las intoxicaciones) toman cuerpo y producen terribles efectos sin el aviso de un dolor correspondiente. Además, el consensus orgánico es tan complicado en su estructura y en ocasiones tan diferenciado en su funcionalismo, que ofrece motivo para que persistan errores de graves consecuencias en la localización del dolor (dolores de cabeza que son producidos por sucie-

dad de estómago, y aun desequilibrios de la sensibilidad moral, nostalgias), que no se refieren á su causa real.

Parece, por tanto, justificado reargüir contra toda pereza y abandono, exigiendo de la individualidad fisiológica y moral que provoque incessantemente las reacciones adecuadas, á fin de que el obscuro indicio que ofrece el aviso del dolor se convierta en consciente y previsor, y aún, en los casos en que falta su escrutadora intervención, se supla merced á experiencias repetidas, por la previsión consciente de nuestra racionalidad.

No será lícito que el análisis científico de un lado, ni la tendencia sintética de otro, conviertan precipitadamente á una inducción transcendental lo que sólo está justificado como inferencia inmediata. De mayor valor y alcance aparece la que venimos formulando, al declarar que es preciso intelectualizar la sensibilidad y convertirla en reflexiva aún en sus perturbaciones.

El *dolor por el dolor* es un sentimiento abstracto, que en parte contradice las tendencias positivas de la vida sensible. Contra las prescripciones del quietismo y de toda doctrina que aspira á un fin, rechazando los medios para su consecución, el verdadero remedio del sufrimiento consiste (así lo prueba la psicología del movimiento) (1) en aumentar la actividad del espíritu.

---

(1) V. núm. I, *El ideal de la vida*.

Obrar impide sufrir. De ahí procede la eficacia de la caridad para calmar el sufrimiento personal, que reviste un tinte algo egoísta, (también hay egoísmo del dolor). En este punto se inicia la función propia de la amistad en el dolor. El mejor medio de consolarse á sí mismo será consolar á los demás; la esperanza renace en el corazón de aquel que la infunde en el del prójimo. Los dolores se aminoran, (virtud curativa) cuando llegan á ser fecundos en bienes, porque toda fecundidad implica un apaciguamiento y un equilibrio. La compasión activa, no la simpatía perezosa, es la que convierte el dolor en sello de una sincera amistad.

Ni debe ser de otra suerte, pues vínculos tan íntimos y complejos requieren multitud de condiciones, de las cuales prescinden el lenguaje y el hábito social, usando y abusando con frecuencia de las palabras amor y amistad. Ya dijo el fabulista antiguo: *Vulgare amici nomen, sed rara est fides*. Construía el sabio antiguo casa muy pequeña (apenas si él cabía en ella) y cuando le censuraban contestaba: "Nunca la veré llena de verdaderos amigos,". La Fontaine dice: *Rien n'est plus commun que ce nom, rien n'est plus rare que la chose*. Con su humorismo profundo Schopenhauer compara la verdadera amistad "á las cosas que, „como la serpiente del mar se ignora si pertenece á la fábula ó existe en alguna parte.,". La verdad parcial, que se contiene en estas citas, se halla patentizada por la dura experiencia de la

vida. Nubes de verano, pasiones de momento, amistades al minuto, vínculos que se deshacen cual cruz en el agua, ofrece á granel el vértigo de la vida social; pero el amor legítimo y duradero y la amistad perdurable é íntima, ambos con su finalidad propia, son frutos que requieren sazón tan lenta, labor tan delicada que no basta lo superficial del trato y conocimientos sociales, fáciles, ligeros y abiertos y por lo mismo sin interesar la sensibilidad ni asociarla á la reflexión. Por de pronto, la persistencia de la amistad requiere bases objetivas, cierta comunidad de fines y aspiraciones y un nivel aproximado de cultura y educación. Puede, por tanto, estimarse dichoso, aun dentro del límite inherente á la propia condición, el que rinde culto á la familia y la amistad, porque ambas constituyen la religión eterna é imperecedera, *la comunión de los santos en la tierra* (1).

A pesar de las múltiples condiciones que la

---

(1) GUYAU. *L'Irreligion de l'Avenir*. «Creemos que el amor »del hombre á la mujer, del uno para el otro y de ambos para »sus hijos, multiplicado por el sentimiento creciente de la »igualdad, crea poco á poco *una especie de religión nueva y »no mística, la de la familia*. Si uno de los primeros cultos ha »sido el de los dioses lares, tal vez será el último: el hogar de »la familia tiene por sí mismo algo de sagrado, de *religioso*, »pues que une alrededor de un mismo centro seres tan diver- »sos por su origen y su sexo... El verdadero tipo del sacerdote »digan lo que quieran los protestantes, es el del hombre soli- »tario, misionero del cielo aquí abajo, dedicado exclusivamen- »te á Dios; el tipo del filósofo práctico y del sabio moderno es »el del hombre amante, pensador, laborioso, consagrado á los »suyos.»

amistad exige, no se puede prescindir de ella; porque el aislamiento y la falta de sociedad dan como resultado gentes hurañas, pueriles más que susceptibles, quebradizas hasta llegar á ser vidriosas. Si nuestro cuerpo, encerrado constantemente en una habitación, alcanza un extremo de sensibilidad, tanto más peligroso cuanto que ligera corriente de aire nos constipa; nuestro humor, ante un aislamiento prolongado, se convierte en excesivamente sensible y se ofende por el hecho más insignificante (nimiedades, palabras sin intención, faltas leves, etc.). Sensitivas de estufa, somos incapaces de hacer frente á la más pequeña contrariedad, carecemos en nuestro aislamiento de carácter y personificamos la menor cantidad imaginable de la condición humana en nuestra individualidad egoísta y atrofiada.

La carencia de todo trato social (especie de *autofagismo moral*) puede ser comparada con el frío, que sólo se combate confortando el individuo sus energías, ateridas en lo insociable, con el calor que presta el vínculo de la amistad.

Para resguardarse con su propio calor (dice Schopenhauer en un apólogo) de los efectos de la helada, se amontonaban y estrechaban, en crudo día de invierno, unos contra otros, los puerco-espines de un rebaño. Ante la molestia de las picaduras de sus propias puas, se alejaron los puerco-espines que estaban apiñados; pero el frío volvió á acometerlos, les obligó de nuevo á acercarse y otra vez apareció la misma dificultad. Si-

guieron acercándose y alejándose hasta que hallaron una distancia media que por igual evitaba el frío y las molestias de las picaduras. *De te fabula narratur*. Del mismo modo, el instinto de la sociabilidad, nacido del vacío y de la monotonía del aislamiento, inclina á los hombres á unirse; pero sus cualidades repulsivas y sus faltas intolerables los dispersan de nuevo. *La cortesía y las buenas maneras*, y dentro de ellas la mutua tolerancia, designan la distancia media que facilita la vida en común. Así aparece la amistad dentro de sus límites propios, como el calor mutuo que necesitamos para confortarnos del frío é indiferencia que engendra lo insociable, evitando con las distancias convenientes las molestias y picaduras que proceden de las flaquezas ajenas y aun de las propias. El hombre prudente y sociable se calienta sin acercar la mano, y el loco se quema y huye á la fría soledad.

Cuando la distancia de la cortesía y de las buenas maneras queda salvada merced á vínculos reales y objetivos, se anula el efecto de las puas que molestan ó se embotan en la mutua tolerancia que requiere la amistad. Aun para desatar el vínculo de la amistad, si existe, por causas complejas, necesidad imprescindible de ello, se ha de proceder poco á poco y, como decía Cato, no se ha de *rasgar*, sino que se ha de *des-coser*.

Implica, por tanto, la amistad (lo mismo que el amor) como vínculo social una *síntesis* de todas

nuestras energías (señaladamente afectos y pasiones) en el comercio con los demás, tan intensa y real, que á veces contradice los preceptos de la misma razón (nos ciega la amistad). Ya decía Bacon: "el ojo del entendimiento humano se halla „siempre humedecido por las pasiones y por la „voluntad, el hombre cree lo que prefiere.,” Y se observa que las amistades duraderas son las que se fundan en el acuerdo de voluntades. La analogía de inteligencias engendra sólo el espíritu de partido ó de secta, que no están reñidos á veces con una enemistad, rayana en el odio, pues siempre estorba más, el que se halla más cerca.

Lo complejo de los vínculos de la amistad y del amor ofrece su anverso y reverso. Consecuencia de la ceguedad por el amigo, de la abnegación que le acompaña y del placer que con su trato se siente es la conexión de la amistad (llevada á sus extremas manifestaciones) con el amor. Y de otro lado el amor, con sus excitantes, que á veces relajan y en ocasiones alteran el vínculo de la amistad, señaladamente entre individuos de sexo opuesto (1), ofrece obstáculos al tranquilo afecto de

---

(1) Se ha discutido mucho si es ó no posible la amistad entre individuos de sexo diferente. Sacrificada la mujer al amor y á la maternidad, enferma y sierva de su propia constitución luego que es mujer, no es capaz de grandes amistades. La suya con el hombre tiene además el peligro inminente de ser suplantada por el amor, sobre todo desde que comienza la pubertad (clavo histérico) hasta el amortiguamiento de las pasiones. Aun calmadas éstas, siempre luchará la amistad con las tendencias opuestas de cada uno de los sexos. Si la mujer se

los amigos. Pero aun así, debe de consignarse el parentesco inmediato de ambos vínculos, pues el obstáculo que el primero opone al tranquilo afecto de la amistad queda en parte destruído, cuando se reconoce con Proudhon que "en las almas escogidas el amor no tiene órganos," ó con el poeta que "la belleza (y por tanto la bondad) es un ángel que carece de sexo."

---

acerca, merced á una educación ficticia que la saque violentamente de su medio adecuado, á la condición del hombre (ejemplo las amistades de madame Roland ó la más moderna de Flaubert y J. Sand) ó si el hombre se asimila preferencias y gustos propios del sexo femenino, en ambos casos será la amistad difícil, quebradiza y vidriosa, señaladamente si ha de llegar á aquella intimidad de afectos, que se establece entre amigos verdaderos.

FIN

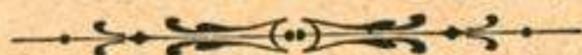
# ÍNDICE



	<u>Páginas.</u>
INTRODUCCIÓN.....	5
I.—El Ideal de la vida.....	27
II.—La Voluntad.....	71
III.—La Persona.....	93
IV.—Vínculos sociales: El amor y la amistad.....	153



# COLECCIÓN JUBERA



## TOMOS PUBLICADOS

- VOLUMEN I.—**Roberto Helmont**, (DIARIO DE UN SOLITARIO), por *A. Daudet*, que forma un volumen en 8.º con más de 110 fotograbados y 16 cromotipias. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.
- II.—**Treinta años de París**, (Á TRAVÉS DE MI VIDA Y DE MIS LIBROS), por *A. Daudet*, con 118 fotograbados tirados en diversos colores y una elegante cubierta al cromo. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.
- III.—**Recuerdos de un hombre de letras**, por *A. Daudet*, con 98 fotograbados tirados en diversos colores y cubierta al cromo. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.
- IV.—**La lucha por la existencia**, por *A. Daudet*. Un volumen en 8.º con 12 fotograbados tirados en color, 8 heliotipias, y cubierta al cromo. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.
- V.—**Mujeres de artistas**, por *A. Daudet*. Un tomo en 8.º con 100 fotograbados y una elegante cubierta al cromo. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.
- VI.—**Urania**, por *C. Flammarion*, que forma un tomo en 8.º con 91 fotograbados y cubierta al cromo. Precio: 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado en piel á la inglesa.
- VII.—**La Bella Nivernesa**, por *A. Daudet*. Un tomo en 8.º con 158 grabados y cubierta al cromo. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.
- VIII.—**Sor Filomena**, por *Edmundo y Julio de Goncourt*. Un tomo en 8.º con más de 90 fotograbados y una bonita cubierta al cromo. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado en piel á la inglesa.
- IX.—**Tartarín de Tarascón**, por *A. Daudet*. versión castellana. Un tomo en 8.º con más de 100 fotograbados y una elegante cubierta al cromo. Precio: 3,50 pesetas en rústica y 4,50 encuadernado en piel á la inglesa.
- X.—**Los hermanos Zemganno**, por *E. Goncourt*. Un tomo en 8.º ilustrado con fotograbados y cubierta al cromo. Precio: 4 pesetas en rústica y 5 encuadernado á la inglesa.
- XI.—**De mi cosecha**, por *A. Miralles*. Un tomo en 8.º ilustrado con fotograbados y cubierta al cromo. Precio: 5 pesetas en rústica y 6 encuadernado á la inglesa.

# Biblioteca Selecta Contemporánea.

## OBRAS PUBLICADAS

	<u>Pesetas.</u>
J. Claretie.—Los Millones; un tomo.....	2
A. Saulière.—La Pecadora; un tomo.....	2
J. Peyrebrune.—La señorita de Tremor; un tomo....	2
A. Ghislanzoni.—Emilia Redenti ( <i>Historia de una prima donna</i> ); un tomo.....	2
J. Mary.—Un casamiento á viva fuerza; un tomo.....	2
— Los amores en París; un tomo.....	2
— El Beso; un tomo.....	2
— Un casamiento extraño; un tomo.....	2
— La Charca de las Corzas; un tomo.....	2
— La Prórroga; un tomo.....	2
— Honor por Honor; un tomo.....	2
— Roger Laroque; un tomo.....	2
— Madre culpable; un tomo.....	2
— ¡A pesar de todo! un tomo.....	2
— El Secreto de Rouquin; un tomo.....	2
— ¡Yo te amo!.....	2
— El Crimen de una Madre; un tomo.....	2
— El Pasado; un tomo.....	2
— Premio y castigo; un tomo.....	2
C. Merouvel.—El Divorcio de la Condesa; un tomo...	2
— Teresa Valignat; un tomo.....	2
— La Rosa de los Mercados; un tomo....	2
— Corazón de Oro; un tomo.....	2
M. Lara.—El Señor de Pérez; un tomo.....	2
C. Coello.—Cuentos inverosímiles; un tomo.....	2
P. Loti.—La Novela de un Niño; un tomo.....	2
Guy de Maupassant.—Nuestro corazón; dos tomos. Cada uno.....	2
J. Ortega Munilla.—Panza-al-Trote; un tomo.....	2
— Cleopatra Pérez; un tomo.....	2
— Lucio Tréllez; un tomo.....	2
P. Bourget.—Un Corazón de Mujer; un tomo.....	2

## EDMUNDO DE AMICIS

(ÚLTIMA PUBLICADA)

**Dos dramas de Escuela**, versión española de *H. Giner de los Ríos*. Un grueso volumen 4 pesetas.

# Biblioteca Ilustrada

CIENTÍFICA Y LITERARIA



EDICIÓN ILUSTRADA CON PROFUSIÓN DE GRABADOS

## Obras publicadas

*Pesetas.*

A. Laurie.—Los Desterrados de la Tierra, cuatro cuadernos.....	4
A. Daudet.—Cuentos escogidos para la juventud, tres cuadernos.	3
H. Malot.—Román Kalbris, dos cuadernos.....	2
Benedict.—La Madona de Guido Reni, tres cuadernos.....	3
E. Legouvé.—Nuestros hijos, dos cuadernos.....	2
Stevenson.—La Isla del Tesoro, dos cuadernos.....	2
J. Sandeau.—La Roca de las Gaviotas, dos euadernos.....	2
A. Laurie.—De New-York á Brest en siete horas, dos cuadernos.	2
A. Daudet.—Roberto Helmont, dos cuadernos. ....	2
C. Dickens y W. Collins.—El Abismo, cuaderno único.....	1
A. Daudet.—Treinta años de París, dos cuadernos.....	2
— Recuerdos de un hombre de letras, dos cuadernos..	2
A. Dumas.—Historia de un Cascanueces, dos cuadernos.....	2
H. Malot.—Sin Familia, cuatro cuadernos.....	4
A. Laurie.—Memorias de un Colegial Ruso, dos cuadernos.....	2

VÉNDENSE SUELTOS LOS CUADEROS QUE SE DESEEN DE ESTAS OBRAS.

## JULIO VERNE

(ÚLTIMA PRODUCCIÓN)

## MISTRES BRADICAR

EDICIÓN ILUSTRADA

**Cuatro cuadernos, 4 pesetas.**

## OBRA IMPORTANTÍSIMA

COMPLEMENTO

al estudio de la Gramática Española

por

D. Manuel María Díaz Rubio y Carmena (El Misántropo).

Un grueso volumen en 4.º mayor, 8 pesetas.

*F. Ohnet.*

**ÚLTIMO AMOR**

Un tomo, 3,50 pesetas.

*Guy de Maupassant.*

**NUESTRO CORAZÓN**

Dos tomos; cada uno, 2 pesetas.

*M. Moya.*

**Oradores políticos.**

(PERFILES)

**EDICIÓN ILUSTRADA**

Un tomo, 5 pesetas.

*F. Borrill.*

**EL TANNHAÜSSEK**

DE RICARDO WAGNER

Un tomo, 2 pesetas.

*J. Verne.*

**CÉSAR CASCABEL**

Cuatro cuadernos, 4 pesetas.

*A. Elanco.*

**ROMANCIERO**

DE

**DON JAIME EL CONQUISTADOR**

PREMIADO

por la Real Academia Española.

Un tomo 3 pesetas.

*P. Loti.*

**LA NOVELA DE UN NIÑO**

Un tomo, 2 pesetas.

*N. Rey Díaz.*

**HIERRO Y FUEGO**

(POESÍAS)

Un tomo, 3 pesetas.

*P. Bourget.*

**CORAZON DE MUJER**

Un tomo, 2 pesetas.

*Campoamor y Valera.*

**La Metafisica y la Poesía.**

Un tomo, 3 pesetas.

**FRESCOS DE GOYA**

en la Iglesia de S. Antonio de la Florida

Grabados al agua fuerte por Galván. Obra premiada. Texto de D. J. Rada y Delgado. Un volumen folio, encuadernado en tela, 40 pesetas.

**LOS SECRETOS DE LA BELLEZA**

DE LA CARA Y DEL CUERPO

**DEL HOMBRE Y DE LA MUJER**

**TRATADO COMPLETO**

DE HIGIENE Y EMBELLECIMIENTO

Un volumen en 8.º, encuadernado á la inglesa, 3'50 pesetas.

**U. González Serrano.**

**ESTUDIOS PSICOLÓGICOS**

Un volumen, 2,50 pesetas.

**O. Feuillet.**

**HONOR DE ARTISTA**

Un tomo, 3 pesetas.

— — — —

U 30 N L

ST 10 IC

— — — —

ST 10 IC

PSI COL DO COS

— — — —

PI RE R

250

PI SE A

— — — —

1 83

— — — —

— — — —

— — — —

— — — —

— — — —

— — — —